

Universidad Autónoma de Entre Ríos
Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales
Licenciatura en Psicología

*Maternar con voz propia. Análisis de experiencias
maternantes a propósito del documental Malamadre.*

Autora: María Jimena Zeballos

Dirección: Dra. María Fernanda González

Paraná, 28 de Octubre de 2025



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

RIDA Repositorio Institucional
Digital Abierto



FHAyCS
Facultad de Humanidades,
Artes y Ciencias Sociales

UADER | FHaYCS

Licenciatura en Psicología



María Jimena Zeballos
27.006.358 - jimenazeballos13@gmail.com - (343) 4541851
Directora: Dra. María Fernanda González

Paraná, 28 de octubre de 2025

Dedicatorias

A Mamá.

A la Vero.

Al mujeraje que acompañé douleando, muchas de ellas, hoy, grandes amigas.

A Jano.

Agradecimientos

A la Universidad Pública en general y a nuestra UADER en particular.

A lxs maestrxs, de diversos espacios por los que circulé, sobre todo a lxs apasionadx y sensibles.

A Fernanda González, “la Dire”, por el sí y la disponibilidad.

A Viki Bautista, mi *doula* en este tif, pilar y amiga.

A Vane, Martín, Leroy y Tafi, familia amiga hermana, siempre disponible y dispuesta a hacer el aguante para que yo pueda retomar los estudios y acá seguimos.

A madre y a lxs que ayudaron con la compu.

A Jano, por las preguntas y la comprensión. Por las risas, la música compartida y los bailes alrededor. Por la gracia de conocerle y de conocerme en esta aventura de ser su madre.

Al Bololó por ser recreo.

A mis amigxs, por los buenos deseos, los abrazos, el sostén y por ser lo mejor del amor.

Resumen

El presente ensayo propone analizar las configuraciones simbólicas y discursivas en torno a la maternidad contemporánea, a partir del estudio del documental *Malamadre* (Amparo Aguilar, 2019). El trabajo parte del reconocimiento de un fenómeno social recurrente: la tensión entre el ideal normativo de la “buena madre” y las vivencias reales de las mujeres durante la gestación, el parto y la crianza. En la última década, esta tensión ha cobrado nuevas formas en espacios virtuales y mediáticos donde se enuncian identidades alternativas bajo la autodenominación de *malas madres*, que funcionan como dispositivos de resistencia frente al mandato moral del deber ser materno.

El **objetivo general** del estudio es analizar los significados sobre el propio ejercicio de la maternidad que emergen en las experiencias narradas en el documental *Malamadre*. Como **objetivos específicos**, se propone: describir los significados sobre ser una “buena madre” presentes en los relatos de las entrevistadas; examinar los significados asociados a la figura de la “mala madre”; y explorar la articulación entre maternidades y feminismos expresada en la pieza filmica.

El enfoque teórico se sustenta en los aportes de los **Estudios de Género** (Adrienne Rich, Shulamith Firestone, Luisa Muraro, entre otras) y del **psicoanálisis con perspectiva de género** (Ana María Fernández, Débora Tajer, Mabel Burin), que dialogan con marcos provenientes de las ciencias sociales y humanas. Metodológicamente, el ensayo desarrolla un análisis interpretativo de la obra audiovisual seleccionada, privilegiando las dimensiones narrativas, simbólicas y afectivas que atraviesan los discursos sobre maternidad.

La relevancia del estudio radica en su contribución a la comprensión crítica de los procesos contemporáneos de subjetivación materna, al visibilizar los modos en que los feminismos han resignificado los sentidos sociales de la maternidad y habilitado nuevas formas de narrar, pensar y experimentar el ser madre.

Palabras Claves: experiencia materna; maternidad y feminismos; malamadre.

Índice

Introducción.....	5
-Presentación del tema y justificación del trabajo.....	6
-Planteo del problema, objetivos y supuestos.....	9
Capítulo 1: Antecedentes sobre la problemática y propuesta conceptual.....	11
1.1. Estado de Debate de investigación o experiencias relevantes o significativas.....	12
1.2. De buenas y malas madres: perspectivas teóricas.....	15
1.2.1. Historizando la maternidad. Breve recorrido por las significaciones heredadas.....	16
1.2.2. Maternidad y Campo Psi.....	21
1.2.3. Maternidad y feminismos. El necesario aporte.....	28
1.2.4. Psicoanálisis con perspectiva de género.....	30
Capítulo 2: La “malamadre”	37
2.1. Del juzgamiento a la autodenominación.....	38
2.2. Contexto y texto de la película documental.....	41
2.3. Significados sobre la maternidad en el documental.....	42
2.3.1. Significados sobre ser una buena madre.....	42
2.3.2. Significados sobre ser una mala madre	45
2.3.3. Articulación maternidades y feminismos	46
Capítulo 3: Recogiendo recurrencias en las experiencias maternas del documental MALAMADRE.....	49
3.1. En torno al trabajo.....	50
3.2. En torno al parto.....	52
3.3. En torno a la soledad.....	55
3.4. En torno a la demanda.....	57
3.5. En torno a la violencia.....	59
3.6. En torno a la decisión (o si es lo mismo tener un hijo que ser madre).....	60
3.7. En torno a la culpa.....	62
3.8. En torno a la ambivalencia.....	62
3.8.1. En torno a la relación madre-hija.....	63
Consideraciones Finales.....	65
Bibliografía consultada.....	71

INTRODUCCIÓN

FAMILIA DESCUBRE CON ASOMBRO
QUE LAS MADRES TIENEN
SUS PROPIOS DESEOS
Y NECESIDADES



Dennis
Mann

Presentación del tema y justificación del trabajo

Durante los diez años en los que trabajé como doula¹ -acompañando gestaciones, partos, nacimientos y los inicios del primer vínculo madre-hijx²- en la ciudad de Paraná, entre los años 2011 y 2021 me he encontrado con algunas “invariables”. Denomino así a situaciones y expresiones que se repiten y/o aparecen como una constante en el ciento por ciento de los casos. Se trata de un emergente que llama mi atención, pues considero “sospechoso” cuando algo se repite mucho, más en un campo tan variado y diverso como es la experiencia subjetiva de las vivencias de lo materno; esto es, en la maternidad contada en primera persona por quienes ejercen el rol materno: las madres.

La invariable más oída es, en algún momento del acompañamiento, que las mujeres expresan el *temor, preocupación o miedo a no ser buena madre, o a ser mala madre*. ¿Cómo es posible semejante universalidad? ¿Cómo es posible que todas digan lo mismo, incluso casi con idénticas palabras?

Otra cosa que llamó mi atención es que al preguntarles o solicitarles que definan “¿*qué es/ sería ser mala o buena madre?*”, muy pocas han podido desplegar o enumerar argumentos. Solo aparecen dos o tres adjetivos y, otra vez, son cosas muy similares. Más se acrecienta mi sospecha. ¿Por qué no pueden argumentar? Algo aparece como en bloque, duro, cerrado, impenetrable, surgen algunas frases hechas tales como: “*No estar a la altura*”, “*no darles lo que necesitan*”, “*no comprenderlos*”, “*ser como mi vieja*”.

Ahí, enlazada, aparece la otra invariable: el conflicto de la relación madre-hija, la “mala relación” o el “no entendimiento” entre la mujer (embarazada, puerpera o ya avanzada en su ejercicio del rol materno) y su propia madre. Algo así como la identificación de la “mala madre” con la figura de la propia madre y la preocupación por no parecerse a ella. Esto, si bien consideramos que podría en sí mismo abrir otra línea de investigación, en virtud de la frecuencia con la que aparece en el relato y su importancia (conflicto relación madre-hija), entendemos que es relevante mencionarlo como un elemento cuya observación estará presente, aunque no nos ocuparemos en profundidad de su abordaje. La cuestión de las maternidades es lo que me interesa e interpela hace muchos años y en el marco del acompañamiento a mujeres, en mi labor de doula, he visto a muchas transformarse. Esa especie de ruptura, incluso identitaria, que se da con la llegada de un hijx, a veces pareciera que “el piso se abre”, otras que el mundo “se da vuelta”; en cualquier caso, lo seguro es que nada es lo que era y, además, el choque entre lo que *se imaginaba* que *iba a ser* con lo que efectivamente *es* -o más precisamente- con lo que *va siendo*, es enorme. Me inquieta la angustia con la que muchas atraviesan esta etapa, el sentimiento de incompreensión, de no encajar, de sentirse inadecuadas, solas, rozando la locura o sumergidas en ella. En los últimos años he visto aumentar considerablemente la cantidad de mujeres que han necesitado tratamiento psiquiátrico y medicación. Batallar con la “culpa” que sentimos las madres, es tarea cotidiana. ¡Quisiera poder desterrar del vocabulario a esa palabra, omnipresente en el léxico materno!

¹ Persona formada para brindar información y acompañamiento integral (físico y emocional) a la mujer gestante y/o la familia durante el periodo perinatal. Embarazo, parto, lactancia y puerperio o en alguno de estos momentos.

²Con el objetivo de no continuar abonando la idea del uso del masculino como universal y neutro, y subrayando la importancia de nombrar a las mujeres y diversidades sexuales, decidimos emplear lenguaje no sexista e inclusivo en el presente trabajo en concordancia con lo estipulado por Res 1871 C.D. de fecha 02/09/2019 de nuestra Facultad.

Claro que también he tenido la fortuna de ser testigo de ver florecer a las mujeres con la maternidad, de volverse más creativas, apasionadas, de volver a conectar con el juego de la mano de sus hijxs. Volver a cantar, bailar, retomar ese proyecto que yacía guardado, escondido o en pausa. De establecer una conexión con su propio cuerpo pero diferente: más gozosa y placentera. La posibilidad de revisar prejuicios, vergüenzas, pudores, conectadas con el gozo de lo que es, de lo que somos, aceptando lo bello y lo doloroso, integrando luces y sombras y sumando -¿por qué no?- otra gama de colores y texturas a la experiencia materna, que dista mucho de ser simple y homogénea. Por supuesto que hay enormidad de momentos hermosos, pero eso no genera problemas, porque no entra en conflicto con las expectativas propias ni ajenas de las madres, ni con el discurso hegemónico.

En este marco es que identifico un claro interés por seguir trabajando para rescatar las voces de las mujeres, e intentar realizar un aporte para menguar el *sufrimiento psíquico materno*. No hay dudas que la concepción de la maternidad que hemos heredado de la cultura patriarcal trae aparejado sufrimiento psíquico. Así las cosas y reconociendo que numerosas disciplinas, incluidos los discursos del denominado “Campo Psi”, han contribuido a cargar las mochilas de las madres, al ubicarla como la gran responsable del bienestar físico, psíquico y emocional de lxs hijxs, se hace imperioso describir y seguir reflexionando sobre la experiencia de la maternidad, teniendo en cuenta, esta vez, las vivencias de las propias madres.

Entendiendo -y atendiendo a- la urgente necesidad que, como sociedad en general y como profesionales de la salud mental, en particular, tenemos en pos de revisar los paradigmas, prejuicios y estereotipos heredados -iatrogénicos y vetustos- con el fin de aportar acompañamiento y alivio en este proceso vital, es que resulta ineludible enlazarlo con los trabajos pioneros³ en el cruce entre las Ciencias Sociales y las maternidades que, desde la década del ‘70, pusieron luz sobre un objeto de estudio hasta entonces prácticamente inexplorado. Desde allí, podemos considerar que es, en la actualidad, un tema en auge para las conceptualizaciones psicológicas, en su entrecruzamiento con las ciencias sociales, como la antropología y la sociología.

Asimismo, y porque adscribimos a los enfoques que entienden que para reflexionar sobre la experiencia materna es propicio hacerlo con lentes que aporten perspectiva de género, el presente trabajo pretende configurar un aporte al campo académico, indagando el necesario entrecruzamiento psicoanálisis-feminismos asumiendo, también, que investigar sobre las experiencias de las mujeres en la maternidad, implica reconocer su carácter político.

En este sentido, diversos registros y soportes han contribuido, en los últimos años, a catapultar las problematizaciones, preguntas y vivencias respecto de las maternidades desde la esfera doméstica y/o privada, hacia ámbitos de debate, deliberación y reflexión públicos o, al menos, colectivos. En este intersticio emergen foros virtuales, mediados por redes sociales, que han favorecido a que muchas madres plasmen sus testimonios, compartan sus vivencias respecto de la propia experiencia materna. Mujeres, madres que fueron creando espacios virtuales, comunidades⁴, que poco a poco fueron

³ Sobre ellos nos explayaremos en el apartado 1.2.3.

⁴ Durante la última década, han aparecido y proliferado blogs, foros, grupos privados de Facebook y, de manera más contemporánea, podcast.

nutriéndose con la llegada de muchas otras. “*Al fin alguien que dice las cosas como son*”, “*por fin nos contamos lo que nos pasa*”. Se habilitaba un espacio, un lugar donde expresar muchas cosas que el discurso hegemónico de lo que *una-buena-madre-debe-ser*, no admite. La “blogosfera maternal”⁵ fue convirtiéndose en un espacio mayormente catártico, donde se iban a vomitar las penas, el cansancio, la tristeza, la culpa, (siempre la culpa materna a la orden del día). Fue permitiendo que muchas mujeres se sintieran identificadas, acompañadas: “*nos pasa a todas lo mismo*”, esto genera alivio, colabora a no sentirse tan solas o inadecuadas. De allí deviene una “etiqueta colectiva”, autoimpuesta, por la que un gran número de mujeres se agrupan bajo el nombre de “mala madre” o *malamadre*, como una forma contestataria ante la exigencia de la “buena madre”, en tanto ideal de perfección, entrega absoluta y amor incondicional. Sin embargo, esta adjetivación, a priori, chocaba con aquella invariable del temor, preocupación o miedo a convertirse en -o ser- una mala madre, recogida en los acompañamientos como doula. Por otro lado, surge una incomodidad personal sobre el sentido de autodenominarnos con adjetivos que han sido usados para señalarnos y desacreditarnos, desde discursos patriarcales. Este trabajo se nutre, en buena medida, de la búsqueda por desentrañar estas inquietudes.

Así, los sentidos sobre ser “buena” o “mala” madre no sólo emergen en interacciones personales, sino que palabras de y sobre las experiencias de las mujeres en la maternidad, afloraron y se hicieron eco en una diversidad de productos culturales, como publicaciones gráficas, piezas musicales, teatrales y filmicas. Dentro de estas últimas, hay una que ha llamado nuestra atención particularmente, por la posibilidad de recoger de primera mano las voces menos escuchadas -hasta ahora- que son, paradójicamente, las de sus protagonistas. Nos referimos aquí al género documental que, a nuestro entender, contribuye a visibilizar experiencias singulares y también a tejer sentidos colectivos capaces de disputar las configuraciones hegemónicas y cristalizadas.

En esta línea se inscribe el documental “Malamadre” de la directora argentina Amparo Aguilar (2019). Se trata de una pieza basada en entrevistas a madres que relatan en primera persona su experiencia materna; en un interés coincidente con el de nuestro trabajo, rescatando sus voces, sus miradas y sus sentires. La figura de la madre está siendo repensada y la maternidad como experiencia, por ende, también. Y detrás de este esfuerzo particular, queremos destacar el trabajo de mujeres y mujeres-madres ideando, dirigiendo y produciendo; porque hacer cine siendo madres y en nuestro país es un logro destacable⁶. Allí también hay una intención y una apuesta: visibilizar a las mujeres en su rol de creadoras, haciendo y aportando a la cultura, pues vemos allí una esperanza, quizás como camino posible para dejar de reproducir discursos anacrónicos de una experiencia que nos pertenece.

⁵ *Blogosfera* se refiere a un término que describe las relaciones y conexiones entre blogs o blogueros, es decir son las comunidades específicas de los blogs como las redes sociales. Es un procedimiento virtual donde se fundan o agrupan las comunidades de weblogs que se dividen por temática de acuerdo a su interés. <https://paginasweb.tech/que-es-blogosfera/que-es-blogosfera/ejemplos-de-blogosfera/>

⁶ “En los números, en la última década se estrenaron 1622 películas argentinas, de las cuales solo 222 contaron con mujeres en la dirección, lo que significa el 13,68% de la cartelera total” extraído de <https://www.infobae.com/cultura/2018/01/24/director-as-de-cine-argentinas-el-prestigio-y-la-vanguardia-de-la-industria/>.

“La maternidad no es el único mandato para las mujeres: también tienen que ser buenas. A través de distintos relatos y testimonios, este documental traspasa el imaginario social para espiar el lado oculto de la maternidad”, dice su directora al presentarlo. Así, este documental se erige como una invitación a reunirnos, reflexionar, pensar -y pensarnos-. Allí aparecen mujeres tomando la palabra. Palabra sentida, compartida, donde también hay lugar para los silencios. En este marco, y si bien celebramos la emergencia de estos registros, observamos que aún no se ha descrito de manera sistemática cuáles son los significados de ser una “buena” o “mala” madre que tienen lugar en este material audiovisual. Es en esta vacancia en la que nos interesa realizar nuestro aporte con el presente trabajo. No pareciera ser, aún, momento de respuestas, más sí momento de cuestionar el mandato que nos encarna (¿o encarnamos?⁷), y eso no es poca cosa.

Implicada por la temática de la maternidad desde lo personal y lo laboral, a la vez que atravesada por los discursos psicoanalíticos en nuestra Facultad y por los movimientos feministas en la búsqueda de equidades, libertades y derechos, me he inclinado hacia la escritura de un ensayo. Considero que es la modalidad que más se ajusta a mis intereses, en tanto es un género subjetivo, conjetural, exploratorio, que no está detrás de verdades absolutas ni pretende agotar el tema, y que al decir de Mateucci (2013) ofrece -e intenta compartir- una mirada sobre el mundo. Ensayo como “prueba”, como habilitador de reflexiones y, quizás, posibilitador de perspectivas.

Planteo del problema, objetivos y supuestos

En este marco, la pregunta general que guía el presente estudio se articula en torno a dilucidar los significados sobre la propia experiencia del maternaje; interesa conocer qué dicen sobre la maternidad las personas que efectivamente maternan y son entrevistadas en el documental. ¿Cómo es que estas categorías se manifiestan en los testimonios de las protagonistas? De modo más explícito, la pregunta central es acerca de cuáles son, hoy en día, los significados que se están construyendo, o circulando sobre la maternidad en un documental que se recorta como un producto cultural. Enfocando aún más, aparece el siguiente interrogante: *¿qué significados respecto de su propia maternidad, relatan las mujeres entrevistadas en la película?*

Como objetivo general, nos proponemos analizar los significados sobre el propio ejercicio de la maternidad que aparecen en las experiencias maternas narradas en la película documental “Malamadre” de Amparo Aguilar (2019). Como objetivos específicos nos planteamos: describir los significados sobre ser una buena madre que narran las entrevistadas en el documental; de manera complementaria, hacer lo propio en torno a los significados sobre ser una mala madre; para finalizar explorando la articulación entre maternidades y feminismos narradas en la pieza fílmica escogida.

⁷ Esta apelación a la tercera persona del plural responde no sólo al carácter colectivo de construcción del conocimiento científico sino también a explicitar el propio punto de enunciación del que partimos al asumir la tarea de hacerlo. Ello se enmarca en las metodologías feministas que reivindican un conocimiento situado (Haraway, 1988) y corpóreo (Gebara, 2000). Particularmente, interesa decir que soy una mujer heterosexual, blanca, de clase media, latinoamericana, madre y feminista. Y desde estas múltiples identidades e intersecciones es que me aproximo al objeto aquí propuesto.

En relación a los supuestos que transversalizan este escrito, interesa decir que la maternidad como construcción psicosocial implica, por un lado, una transformación identitaria-subjetiva, al tiempo que se ve configurada por discursos sociales. Dentro de esa configuración juegan un papel central, en la actualidad, los discursos audiovisuales y las redes sociales. Atento a ello, entendemos que el movimiento de la blogosfera denominado “*mala madre*” puso de relieve e instaló significados que develan la dimensión del padecimiento y la culpa en la maternidad. Pero, aun así, consideramos también que ese discurso social no parece crear un universo de significados que ayude a las mujeres-madres a desprenderse de mandatos sociales de corte patriarcal que imponen una imagen idealizada de la maternidad. Por todo ello, el supuesto de este trabajo es que los discursos sociales de la maternidad que circulan en torno a la *mala madre* reafirman, por la negativa, una imagen estereotipada y binaria de la maternidad, donde o se es buena o se es mala, sin que se puedan construir, desde estos discursos, alternativas que ayuden a transitar la maternidad de modo realista, complejo y situado.

Hasta aquí hemos expuesto los pilares sobre los que se organiza este trabajo. A partir de ahora, presentaremos una serie de capítulos analíticos. El primero, está destinado a introducir el andamiaje teórico-conceptual sobre el que se asienta nuestro estudio -no sin antes hacer un racconto por trabajos predecesores-; momento en el que observaremos cómo se ha abordado la maternidad desde nuestra disciplina, poniendo especial atención a los abordajes feministas. El segundo capítulo gira en torno al documental escogido, y a su desagregación de acuerdo a los objetivos específicos ensayados. En el tercero, todos los emergentes registrados en el anterior, serán observados con detenimiento a la luz de sus recurrencias. Y, desde aquí, llegaremos a nuestras conclusiones finales, junto a las que dejaremos esbozados interrogantes que se abren como parte de este proceso.

CAPÍTULO 1

ANTECEDENTES SOBRE LA PROBLEMÁTICA



Y PROPUESTA CONCEPTUAL

Este capítulo iniciará con la necesaria exposición de aquellos trabajos que antecieron al presente en la búsqueda de indagar respecto de la maternidad, fundamentalmente desde nuestra disciplina; para luego ir incorporando otras aristas importantes, como la mirada de los feminismos al respecto. En un segundo momento, avanzaremos hacia la presentación del entramado conceptual sobre el que se asienta nuestra reflexión; dando aquí, nuevamente, un lugar primordial a los aportes feministas.

1.1. Estado de Debate de investigaciones y experiencias significativas para nuestro objeto

En la búsqueda de antecedentes que tengan a la experiencia de la maternidad como núcleo, consideramos la tesis de la Licenciatura en Psicología de nuestra Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER), denominada *El acompañamiento y sostén en la experiencia de convertirse en madre* (Carpio, 2013) la cual tuvo como objetivo indagar cómo experimentan las madres primerizas el despliegue de la función materna en el primer año de vida del niño a partir del acompañamiento que brinda el Hospital Pedro Suchón de San Carlos Centro (Santa Fe). De corte cualitativo, con trabajo de campo en el mencionado nosocomio, ha utilizado como herramientas de recolección de información la observación y entrevistas; y enmarcada en una perspectiva psicoanalítica, se interesó en pensar dispositivos de acompañamiento a las madres durante el embarazo y primer año de vida del niño. En el mencionado trabajo, la familia aparece como el primer escenario en donde se establecen las bases del desarrollo del niño y asevera que es la madre quien echa las bases de la salud mental del pequeño. Corrobora su supuesto respecto de los profesionales de la salud en tanto son considerados, por parte de las madres, como figuras significativas para el despliegue de la función materna. Corrobora asimismo la necesidad de acompañamiento a las madres.

Otro trabajo de la Licenciatura en psicología de la FHAYCS (UADER) es el denominado *Representaciones acerca de la maternidad y la familia* (Rodríguez, 2016). Se trata de una investigación enraizada en la Teoría Psicoanalítica, con enfoque cualitativo, descriptivo y de campo. Las técnicas utilizadas fueron la observación participante y entrevistas en profundidad, con el objetivo de describir y conocer las representaciones que tienen las adolescentes que se encuentran en la Fundación Hogar de la Esperanza de la Provincia de Santa Fe, acerca de la maternidad y la familia. Dicha Fundación es una residencia que alberga madres denominadas “solteras”. La investigación revisa el imaginario sobre la maternidad, hallando la presencia del supuesto que ubica como condición ideal de madre cuando están presentes determinadas características, tales como edad (adulta), capacidad de trabajar y ser independiente, maduración biológica y psicológica tal que permita concebir, parir, amamantar, cuidar y educar, tener pareja estable y familia constituida. La representación de *buena madre* por parte de las mujeres entrevistadas implica ser responsables, no gritar ni pegar, tener paciencia, amamantar, cuidar y jugar. No cumplir estas expectativas, las transforma en *malas madres*.

Atento a que para reflexionar la cuestión de la maternidad, son imprescindibles los aportes del movimiento feminista, retomamos el estudio de Inmaculada Alcalá García (2015), titulado *Feminismos y maternidades en el siglo XXI*. El artículo comienza planteando la infructuosa y

reduccionista oposición en la que mucho tiempo ha estado envuelto el movimiento feminista respecto de la maternidad: reivindicación o rechazo. Agrega, con mirada integrativa -con la que acordamos- que todas las olas del feminismo han contribuido con reivindicaciones imprescindibles para el momento en que se efectuaron y también necesarias para comprender nuestro actual contexto. Las pioneras que empezaron a iluminar un camino rumbo a la conciencia de género, al rechazar la maternidad entendida como un obstáculo para alcanzar la realización, tanto como las que años más tarde, a través de la recuperación de los procesos de embarazo y parto, que colaboraron con la inestimable vuelta sobre los derechos sobre nuestros cuerpos y deseos. Y esto, entendemos, no debiera ser terreno de oposiciones. Quedarse en el hogar a criar hijos es una elección tan válida como incorporarse a la fuerza laboral, apunta el feminismo individualista de Mimi Gladstein. Aún hoy, el ideal de la realización plena de la mujer, basado en la maternidad, está presente en todas las áreas y discursos. Es necesario liberar a la maternidad de esa carga y no generar insatisfacción o frustración en las mujeres que son madres y en las que no lo son. Concluye que se hace necesaria la construcción de nuevos modelos culturales y sociales, apostando que la salida es encontrar modelos alternativos en una *libre elección*. Concluye su trabajo, considerando que “(...) el siglo XXI no tiene, en este preciso momento, las respuestas para las mujeres respecto de la maternidad, pero habrá que seguir buscándolas” (Alcalá García, 2015. p. 79).

En esa búsqueda coincidimos y nos encontramos con una extensa y completa investigación del año 2004, denominada *Malas madres: la construcción social de la maternidad*, a cargo de Cristina Palomar Vereá (México), que apunta justamente a nuestro recorte. Entendiendo a la maternidad como experiencia subjetiva, a la vez que una práctica social, que es vivida desde la oscuridad de las tradiciones y las costumbres, y a su vez desde las profundidades del género que impone a las lógicas biológicas sus coordenadas. Este artículo propone volver sobre preguntas que quizás no se han siquiera formulado tales como: ¿qué se desea al desear un hijo? ¿Es lo mismo que desear ser madre? ¿Cómo se relacionan esas motivaciones con la manera en que se construye socialmente la maternidad? Señala, asimismo, la cuestión de género implicada y los mandatos y estereotipos que de allí se derivan. La mencionada autora define a las *malas madres* como “esas mujeres que no cumplen con las expectativas ideales de ese papel social y que son estigmatizadas, señaladas, penalizadas o diagnosticadas de diversas maneras y formas, dependiendo de la gravedad del incumplimiento” (p.17). Se propuso investigar el proceso de producción de los estereotipos de buena y mala madre, con metodología cualitativa, tratándose de un trabajo de campo en instituciones psiquiátricas y de reclusión penal, entrevistando a mujeres señaladas, diagnosticadas y disciplinadas, desde las leyes y los saberes, como *malas madres*; marco en el que también aportó al trabajo la discusión con expertos. El análisis de la información fue desde la interpretación psicoanalítica y desde la perspectiva de la antropología social, teniendo en cuenta la producción social de los significados. Sostiene, por supuesto, que la maternidad no puede ser evaluada a partir de categorías como *bueno* o *malo* y debe ser pensada como una tarea social de reproducción de los sujetos sociales y por tanto no debería estar solamente en manos de las mujeres, agregando además que, estas pueden tener o no aptitudes y

deseos para ejercerla. La sociedad toda y el Estado debieran garantizar las condiciones para que esta labor se realice de la mejor manera posible. Señala, enfáticamente, partiendo de aportes del movimiento feminista, una cuestión clave con la que acordamos, y es que para comprender el fenómeno de la maternidad, debemos insertarla en el marco del orden discursivo de género.

Acotando un poco más el tema que nos interesa investigar, recogemos un artículo llamado *El papel de la blogosfera en la construcción social de la maternidad: De la Virgen María a las #malasmadres*” (Visa Barbosa; Crespo Cabillo, 2015). Sus autoras efectuaron un recorrido histórico desde la época pre moderna hasta la actualidad, respecto de la representación de la figura de la madre, imagen creada por las instituciones y los medios de comunicación. Describen allí cómo, a partir del Siglo XX, los medios de comunicación masiva han redundado y amplificado el concepto de “madre perfecta”. Retoman una investigación anterior de ellas mismas, del año 2012, donde analizaron los blogs maternos, y en el presente lo continúan incluyendo, esta vez, testimonios de las madres en diferentes plataformas virtuales con el objetivo de ver si han servido para llenar de nuevos matices la figura de la madre o si, por el contrario, seguía imperando el ideal de maternidad como experiencia positiva y realizada con amor maternal vinculado a la mujer de manera instintiva. Concluyen que no se cuestionan allí ni las bases ni los ejes de la maternidad contruidos desde el poder y que no se logra salir del discurso binario (buenas y malas madres / anti y pro maternal).

El trabajo denominado *Mujeres, deseo de hijo/a y ejercicio de la maternidad. Conclusiones* (Reid, 2015) con perspectiva psicoanalítica, reflexiona acerca de los modos actuales del ejercicio de la maternidad por parte de mujeres profesionales, en proceso de análisis. Analiza pues, las tensiones con el mundo del trabajo y el ejercicio profesional y propone hacer conversar al psicoanálisis con los estudios de género, a los fines de poder comprender y dar cuenta de la dimensión política de la subjetividad femenina. Cuestión que consideramos clave y coincidente en interés con nuestro trabajo. El artículo señala el malestar y sufrimiento padecido por las mujeres, en la tarea de conciliar el *trabajo, la vida familiar/el cuidado de les hijes y el tiempo libre*. Tarea titánica, difícil de llevar adelante sin altos costos en términos de malestar. Esto no sucede con los hombres y remarca “el malestar en la cultura lleva marca genérica”(p.216). Otro punto que señala es que, a pesar de los avances o variaciones en los escenarios tanto económicos, políticos, sociales como también individuales, siguen persistiendo modelos y estructuras tradicionales y conservadoras respecto de las maternidades.

Maternidades en tensión. Entre la maternidad hegemónica, otras maternidades y no-maternidades (Bogino Larrambebere, M., (2020) es un trabajo que recoge los aportes de las autoras clásicas del feminismo que han analizado críticamente la “maternidad hegemónica” y los tensiona con estudios más contemporáneos respecto de experiencias de “otras maternidades” (adoptantes, tardías, en solitario, lesboparentales). Se constata a modo de conclusión la exaltación de la maternidad hegemónica, la invisibilización de otras maternidades y la desvalorización social de las no-maternidades, es decir de las mujeres que eligen otros proyectos y no convertirse en madres.

Por último, consideramos imprescindible el trabajo *Abanico de maternidades. Un estado del arte desde los aportes feministas* (Guzman, Tovar y Márquez, 2020) en el cual, a partir de estudios de género, contextualiza la maternidad como una construcción cultural multiforme. Realiza una revisión histórica para dar cuenta que los aportes de los feminismos han sido y siguen siendo fundamentales para comprender el fenómeno de la maternidad, observando cómo se han ido modificando las ideas respecto de la maternidad y las formas de ejercerla. Aquí también el concepto de género es considerado clave, y se incluyen estudios que sitúan a las madres en su propia biografía, punto coincidente con nuestras intenciones y decisiones en el presente trabajo, pues consideramos imprescindible rescatar las voces de las mujeres al momento de narrar la experiencia -la propia- de ejercer la tarea materna. Presenta investigaciones de las denominadas “maternidades diversas” o “nuevas maternidades”, justamente por salirse de los parámetros de la maternidad tradicional, las clasificadas como *malas madres*. Madres adolescentes, madres lesbianas, madres feministas, madres filicidas o mujeres que no quieren ser madres. Expresa que es muy escasa la producción que explora cómo viven su maternidad las madres que tienen una conciencia de género que rechaza las normas impuestas y realizan cambios desde su entorno próximo para inconformarse, refiriéndose especialmente a las madres feministas, quienes propugnan por una conciencia política, que las ubique como sujetos y no como objetos, señalando un camino más democrático e incluyente de habitar el mundo, concluyendo su trabajo con la siguiente pregunta, de la cual también hacemos eco: “¿De qué maneras nos enriquece como mujeres, como sociedad toda, reconocer la amplitud de las maternidades?” (p.163).

Habiendo expuesto los principales hallazgos en tanto trabajados predecesores, consideramos que estamos en condiciones de presentar el corpus teórico-conceptual que vertebrará nuestro abordaje. A continuación, presentaremos aquellas perspectivas teóricas que abonan al análisis del problema planteado.

1.2. De buenas y malas madres: perspectivas teóricas

Tanto la psicología como el psicoanálisis, a través de sus teorizaciones respecto del efecto de la relación materno-filial en la construcción del psiquismo, han puesto el foco en la familia, y en la madre fundamentalmente, ubicándola en un lugar de gran responsabilidad respecto de la salud física, psíquica y emocional de lxs hijxs y de su bienestar en términos integrales.

Teniendo en cuenta que los aportes de los feminismos han sido y siguen siendo fundamentales para comprender el fenómeno de la maternidad, nos proponemos nutrirnos de la rama académica de los mismos, los denominados Estudios de género, (Adrienne Rich, Firestone, Muraro, etc) como así también del psicoanálisis con perspectiva de género (Ana María Fernández, Débora Tajer, Mabel Burin, entre otras), que incluyen el diálogo con otras disciplinas sociales y humanas. La diversidad de

perspectivas tan necesaria, la transdisciplinariedad posibilitadora para pensar, por ejemplo,: “¿cómo es que la diferencia sexual devino desigualdad social?”⁸

Graciela Reid (2015), también propone el diálogo psicoanálisis/estudios de género, a los fines de poder comprender y dar cuenta de la dimensión política y social que tiene inherentemente todo acto de maternidad y crianza.

“(…) nos enfrentamos con el sufrimiento de las personas y por ende debemos estar atentos/as de no tomar el atajo de las interpretaciones “cliché” de modelos teóricos que no se ajustan a los/as sujetos actuales que consultan. Es nuestra labor corrernos de pensar que al deseo solo de hijo/a se lo ubique como el niño falo de la madre y por lo tanto incestuosa en su origen, y al padre como único operador de corte.(…) Despojarnos de los estereotipos pero también del reduccionismo ya que éstos no permiten develar conflictos que atraviesan las mujeres reales que enfrentan modos de vida actuales con todas las prerrogativas que esto conlleva e inauguran los diferentes modos de construcción de los deseos (p.217)”.

Ubicar a la maternidad en su diversidad, a la vez que en su singularidad, aceptar las múltiples formas de organizar, vivir y elegir ser madre, o no serlo.

Al decir de Hugo Zemelman, es preciso revisar y resignificar las teorías atento a las exigencias de las realidades históricas, muchas veces nuevas e imprevistas, “lo que no es una cuestión teórica sino más propia de lo que llamaría una forma epistémica de resolver el problema” (Zemelman, 2001, p.3).

No se trata de desechar al padre del psicoanálisis, muy por el contrario, revisar incesantemente la propia obra bien podría ser su legado. Lectura crítica, en vez de dogmática, pensamiento epistémico que posibilite hacer genealogía de los postulados de la teoría, no solo ante la necesidad de ubicar un clima de época en la cual surgió, lo cual es necesario, sino, también que visibilice la episteme subyacente, la *episteme de Lo Idéntico*⁹, al decir de Ana María Fernández (2021), que produce ciertos impensados. Lógicas patriarcales y heteronormativas naturalizadas en la teorización y también en el ejercicio de la disciplina.

1.2.1. Historizando la maternidad. Breve recorrido por las significaciones heredadas

“las mujeres son meras vasijas, recipientes del semen creador”

Aristóteles

Intentar una aproximación en la conceptualización de la maternidad a lo largo de la historia de Occidente es necesario, en principio, porque no tiene un sentido único ni unívoco y, además, porque ha significado diferentes cosas en distintos lugares y épocas.

La maternidad es una construcción social y cultural, en la cual intervienen factores políticos, religiosos, económicos, entre otros, y a partir de la cual se han derivado y- por supuesto, derivan, porque se encuentra en permanente “evolución”- modelos, ideas en torno a la mujer, a la procreación y

⁸ En la década del 70 en los inicios de los Estudios de Género, los activismos feministas lanzaron una fuerte pregunta que interpeló a la academia, particularmente en un principio a las ciencias sociales y humanas: ¿por qué la diferencia sexual deviene desigualdad social?”. Ana María Fernández (2021, p.90)

⁹ Desde la episteme de Lo Mismo, propia de la modernidad se teorizó en psicoanálisis, la diferencia sexual. Asumiendo lo masculino como norma y homologándolo a lo humano, y a partir de lo cual se organizan comparaciones jerarquizadas y oposiciones dicotómicas.

a la crianza (Molina, 2005). Supuestos, creencias, en definitiva, discursos que han tenido -y aún tienen- un enorme impacto en la definición de la mujer tanto frente a sí misma, como frente a la cultura.

Es innegable que existe una suerte de *equivalencia entre las categorías mujer y madre*, un “pegoteo” identitario mujer- madre que, claramente, no ocurre con hombre y padre. También ha colaborado en esta construcción, la noción de *instinto maternal*, pilar clave del modelo de maternidad, que supone que es “natural” que las mujeres nazcamos con ese deseo y capacidad para ejercer la maternidad e, incluso, que *debamos* ejercerla (Chodorow, 1978).

Existe un fuerte mandato a ser y/o a convertirnos en madres, del cual somos objeto las mujeres. La maternidad es así entendida como un lugar, una etapa a la que hemos de llegar, y gracias a la cual alcanzaríamos una suerte de plenitud (Beauvoir, 1949; Moreno Hernández, 2020). Esto no es sin consecuencias y configura, incluso hoy¹⁰, el estado de las cosas.

¿Cómo llegamos a esto? Podemos rastrearlo teniendo en cuenta las dos fuentes de nuestra cultura por excelencia: El pensamiento grecorromano y la tradición judeocristiana.

En la Grecia Antigua se elabora la idea que el verdadero progenitor es el padre (creador) y la madre es un instrumento de esa creación. La noción de madre como receptáculo ya está presente en Aristóteles en el Siglo IV a.C., quien expresó “*son tan inferiores que ni siquiera son capaces de reproducir a la especie, quienes engendran los hijos son los varones*” (Galeote, 2017). Y en la obra “Las Euménides” de Esquilo (458 a.C) se expresa esta misma idea en el momento que se está juzgando a Orestes por haber matado a su madre Clitemnestra, cuando interviene el Dios Apolo expresando: “del hijo no es la madre la engendradora, ella es tan solo la nodriza de la semilla que en ella se engendró. Quien la fecunda, ese es el engendrador. Puede haber padre, sin que exista madre” (p.163).

Otras fuentes consultadas, (Dominguez Mondedero 2019; Cid 2019), nos muestran varias similitudes en la conceptualización de la mujer en Grecia y Roma, y si bien eran consideradas algo más que meras vasijas, claramente, obtenían valor por el hecho de ser madres. En este contexto, la mujer era educada desde niña en labores de hilado, tejido y demás tareas domésticas, con el objetivo de convertirla en una buena futura esposa y la mejor madre posible. Alrededor de los doce o quince años, se casaba con el hombre que su padre elegía para ella, y a la vez era optada por el varón solo si era considerada la mejor opción entre otras, continuando su educación y domesticación en manos del esposo.

La niña o púber no elegía, era un acuerdo entre varones (padre y futuro esposo) y el objetivo era la unión matrimonial a los fines de crear descendencia.

Hija sumisa, esposa fiel y madre, constituían el deber y destino por excelencia de la mujer. Su prestigio crecería conforme su fertilidad, es decir *a mayor cantidad de hijos, mayor valía* para esa madre. En cuanto a esos hijos, era esperable que la mayoría de los recién nacidos no superasen el primer mes de vida y estaba bastante extendido, sobre todo en las clases acomodadas el uso de esclavas, nodrizas (lactancia mercenaria) y cuidadoras (Imaz 2010).

¹⁰ Mandato que empezó a ser cuestionado, y cada vez más abiertamente, pero aun sigue operando como discurso hegemónico.

La teología cristiana que hunde sus raíces en el judaísmo ha tenido profundas consecuencias y reverberancias en la historia de las mujeres. Si nos remitimos a la Biblia, observamos que Dios padre crea a Adán y luego Eva será extraída de éste. Como señala Tubert (1995) se invierten las capacidades reproductivas: una mujer nace de un hombre y el hombre no nace, sino que es producto de la mano y aliento de Dios. Divina Creación. Por otra parte, es importante mencionar que Eva es creada para salvarlo a él, de su soledad. Destinada a él.

Más adelante, Dios Padre, Jahvé, decidirá tener un hijo y para ese fin recurrirá a una mujer. Una vez más aparece la idea de que el verdadero padre, progenitor, es el varón y la mujer es una auxiliar. Pero aquí, tal como señala Imaz (2010), el cristianismo introduce un cambio importante ya que Jesús nacerá de una mujer que, como iremos viendo, se irá convirtiendo en el modelo prototípico e ideal de madre.

Las interpretaciones bíblicas y una fuerte moral emanada de los clérigos, constituye el centro que ordena a la sociedad medieval (siglos V a XV) configurando a este periodo como uno de los momentos históricos de mayor misoginia. La figura de Eva como portante de debilidad, quien cayó en la tentación al dejarse seducir por la serpiente, arrastrando a Adán a la desgracia, es culpable de casi todos los males. La culpa reclama castigo y ella será quien reciba múltiples maldiciones por parte de Yavhé. “Multiplicaré tus dolores en tus preñeces, con dolor parirás tus hijos y estarás bajo la potestad de tu marido y él te dominará” (Génesis 3:16), constituye una maldición que ha operado fuertemente a nivel social y cultural que ha hecho mella en la vida de las mujeres.

Paralelamente en la Edad Media, proliferan imágenes de la Virgen María, muchas de las cuales la muestran junto al bebe, quedando lo femenino enérgicamente asociado a lo maternal. “La figura de la Virgen María constituye una fuente primordial de identificación y revalorización de la mujer”, sostiene Molina (2025). Virgen, pero madre. La virginidad como virtud, la sexualidad como tabú y una concepción de maternidad que responde a lo exclusivamente fisiológico: *gestar, parir y amamantar*. La infertilidad o esterilidad eran vistas como condena y justo motivo de disolución conyugal.

Es propio destacar que tanto en la tradición judeocristiana como en la grecorromana, había unanimidad en considerar al cuerpo de la mujer como imperfecto, proyecto inacabado y defectuoso -en comparación con el del hombre- y su supuesta inferioridad no sólo lo sería en términos físicos, sino también en lo que respecta a la moral, lo cual explicaría la necesaria subordinación al varón.

Como hemos visto, la Religión constituyó discursos normativos respecto de la maternidad, lo mismo ocurrió con el Derecho. Las normas legales de alguna manera han marcado las formas en que debían comportarse las mujeres. El derecho romano es claro y contundente: cuando se ha ocupado de las mujeres lo ha hecho contemplando su rol materno pero no precisamente para defender sus derechos sino los del padre sobre su descendencia. Es la figura masculina, el padre, quien tiene la custodia del vientre femenino: Los hijos son del padre.

Pues bien, la Historia está escrita por hombres, en un mundo pensado por y para ellos y así las cosas no es de extrañar que abunde información respecto de la figura del padre, cuyo poder era absoluto tanto sobre su descendencia como sobre su esposa.

No ocurre lo mismo con la madre y la maternidad como fenómeno, de la cual apenas podemos ubicar unas pocas referencias en este periodo, de todas maneras va quedando claro que la mujer no ha tenido valor per se. Lo ha obtenido o bien a través del marido o por medio de lxs hijxs.

Imaz (2010) señala que es en el siglo XVI cuando aparece por primera vez en el Diccionario de Oxford la palabra *maternity* definida como dar a luz, allí podemos ubicar a la *maternidad* en términos fisiológicos, biológicos, en tanto proceso de gestar y parir, y la distingue del término *motherhood*, relacionada a las labores de cuidado, crianza y socialización, que en nuestro idioma englobamos con el neologismo *maternaje*. Es dable destacar que en este tiempo lxs niñxs eran considerados con cierta distancia o extrañeza, los castigos físicos formaban parte regular del disciplinamiento y la crianza, al igual que antes, no siempre estaba en manos de las madres, sí, a cargo de otras personas, mujeres por supuesto contratadas como nodrizas. A lo largo de la historia, podemos constatar que los oficios femeninos han estado vinculados siempre y por sobre cualquier otro a tareas de cuidado. Algunas cosas no han cambiado demasiado.

La “maternalización de la mujer”, proceso en que la mujer queda excluida de lo político y recluida en el ámbito de lo doméstico (Tahon,1995), podemos ubicarlo entre 1750 y 1950 y constituye el momento de la historia en el cual las mujeres pasan -pasamos- a ser definidas fundamentalmente como madres (Imaz, 2010, p.33) que, como hemos ido viendo, se viene cocinando a fuego lento desde mucho antes y la maternidad se irá definiendo con elementos que podemos incluso observar en la actualidad.

Es el momento en el que el Discurso científico se fortalece, y con respecto a las mujeres va a venir a reforzar lo que con anterioridad provenía de los discursos de la Religión y del Derecho. La idea de la mujer como cuerpo destinado a procrear se impone potenciando los esencialismos biológicos de antaño, como por ejemplo la maternidad como instintiva.

Un hito importante en esta época lo constituye, por su enorme difusión e impacto, la publicación en 1762 de *Emilio o de la educación* de J.J. Rousseau. Ensayo pedagógico escrito en forma novelada, contemporáneo de su “Contrato Social”, en el cual narra el crecimiento de un niño imaginario ideal (Emilio) al tiempo que va proponiendo la forma -también ideal- de educarlo, mediante recomendaciones e instrucciones.

“Es a ti a quien me dirijo, tierna y prudente madre (...)”, expresa el autor en su primera página, dejando bien claro quien deberá estar a cargo de la educación de los hijxs y qué cualidades debe portar. Y más adelante, cuando Emilio ya es un adulto, aparece Sofia, mujer, esposa, concebida como un complemento para la educación del ser humano, debidamente educada para servir y complacer.

Podemos señalar que tanto el acceso como el desarrollo de la educación se centraban en el varón (Emilio) y el objetivo de la misma era formar al hombre, entendido como sinónimo de ser humano¹¹. El autor no escatima en aclarar que no se educa igual a un niño que a una niña, tal como expresa en su capítulo V:

¹¹ Lo que Derrida (1994) conceptualiza bajo el acrónimo *falocentrismo*, uniendo los términos logocentrismo y falocentrismo para señalar tales características del pensamiento de la modernidad.

“Generalmente, las niñas son más dóciles que los muchachos y también debe hacerse mayor uso de la autoridad con ellas (...). Acostumbrad a las niñas a que se vean interrumpidas en sus juegos y a que las llamen para otras ocupaciones sin que murmuren (...) porque toda la vida han de ser esclavas de la más continua y severa sujeción (...) Es preciso acostumbrarlas a la sujeción cuanto antes (y como sea), con el fin de que nunca les resulte violenta; hay que acostumbrarlas a resistir todos sus antojos, para someterlas a las voluntades ajenas” (Rousseau, 1979,p.515).

Cabe destacar que Rousseau es considerado un referente histórico en la defensa de la igualdad social. Los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, propios de la Revolución Francesa ya estaban presentes en sus escritos. En la propuesta educativa del Emilio, también realizó un novedoso aporte¹² para la época. No obstante, en lo que respecta a la mujer, mantuvo una postura altamente conservadora. Sujeción, sumisión, incluso violencia contra las mujeres se configura como norma y, así, se irá delineando el rol femenino centrado en el hogar y la maternidad, en los cimientos del Estado Moderno. Asimismo, en este contexto primó un marcado interés por el crecimiento de la población, considerado signo de potencia, evolución y jerarquía de una nación, de modo tal que la maternidad se fue convirtiendo en un tema no solo del orden de la “naturaleza” femenina, sino también en un asunto del que tratarán médicos, filósofos y políticos, quienes se ocuparán de establecer las disposiciones y condiciones sobre su ejercicio.

Las altísimas tasas de mortalidad infantil previas al siglo XVIII dejarán de considerarse naturales, avatares del destino, fatalidad y/o designio divino. A partir de este momento “la mortalidad infantil tendrá unos culpables directos que serán la falta de atención materna y las malas costumbres de crianza” (Imaz, 2010, p.37).

La importancia y el valor con el que la maternidad será investida a partir de este momento es consecuencia directa de la valía que se le empieza a otorgar a la infancia, como una etapa fundamental en la formación del ser humano. La “invención de la infancia” al decir de Phillipe Ariès (1987), como construcción cultural que se afirma en la Modernidad es concomitante a la invención del “instinto maternal” (Badinter,1991) en el seno de la “moderna familia sentimental” (Shorter, 1977).

Según Imaz (2010), es en este momento histórico que se termina de consolidar el modelo de maternidad hegemónico en Occidente, mediante la naturalización de la función materna (Mathieu, 1991a) asociada a la individualización de las labores de cuidado (Stolcke, 1984) que tal como hemos mencionado anteriormente eran compartidas o delegadas por completo, restituyéndose a las madres -y solo a las madres- el cuidado directo de sus hijxs. Asimismo, se pretende y promueve la exclusividad en la dedicación femenina a las labores maternas (Badinter, 1991), es decir que el ejercicio del rol materno sea priorizado frente a cualquier otra actividad.

A su vez, se asienta una fuerte moralización de las prácticas de crianza, siendo las madres las encargadas de la “noble” tarea de criar a los futuros ciudadanos, y la maternidad dadora de cierto status social ponderado por contribuir al bienestar social futuro (Hays,1998). Las madres como un bien

¹² La importancia del contacto con la Naturaleza; el movimiento, el juego y la diversión como condición para que aprendan; la necesidad de fomentar la exploración, la curiosidad y la autonomía. Todas cuestiones que aún hoy -tres siglos más tarde- forman parte de los postulados de las pedagogías denominadas “alternativas” o “vivas”.

de la Patria, puestas al servicio del Estado para gestar, parir y criar quedarán de este modo excluidas de la vida pública (Tahon,1995), recluidas en sus hogares, en el ámbito privado de lo doméstico, a cargo de las tareas concomitantes, crianza y cuidados de salud de la familia en general.

Quedará así definido el modelo patriarcal y hegemónico que no solo implica un “empuje” a la mujer a ser madre, sino que imprime unas características específicas para cumplir con el mandato de ser una *buena madre*.

Garay (2008) señala que este ideal maternal agrupa valores, deseos, prescripciones y proscripciones que desembocan en una imagen unívoca para todas las mujeres. Se impondrá la ternura, la obligatoriedad del amor y la incondicionalidad. La *buena madre* será definida como alguien sumisa, sufriente, obediente, que no tiene vida propia, ni deseos propios, un ser para otro, con la Virgen María como modelo, figura perfecta, inimitable que configura un ideal claramente irrealizable (Freixas, 2017; Visa Barbosa, 2015).

Sobre finales del siglo XIX y principios del XX, con la autoridad de la razón, la soberanía del método científico y el poderío de la medicina, las cosas cambian un poco y la maternidad como destino biológico de las mujeres y el tan mentado instinto maternal parecen ya no ser suficiente. A las mujeres habrá que prepararlas, formarlas e instruir las para que puedan criar y educar correctamente a su descendencia y ya no solo en lo que a la moral respecta, sino que se les exigirá capacitación y dedicación para atender su desarrollo integral.

1.2.2. Maternidad y Campo Psi

“Hay evidentemente un discurso previo sobre la madre que la hace objeto vital por excelencia: el polo de las primeras emociones sensuales, la figura que cautiva la nostalgia esencial del hablante-ser, el símbolo mismo del amor. Los ecos vuelven, ciertamente, en los dichos de los analizantes, pero por lo esencial, ellos acentúan otra cosa: la angustia y el reproche”
Colette Soler

Ya hemos mencionado algunas características de la modernidad y como quedó establecida la relación mujer-naturaleza, en contraposición a hombre-cultura, mundo de lo privado versus lo público, ligada a la emoción y el hombre a la razón y, por supuesto, a cargo del trabajo reproductivo y los cuidados, mientras el varón se ocupa de la política y el trabajo productivo.

Ana María Fernández (1986) recoge ya en sus primeros escritos, cómo la medicina en Occidente, a partir del siglo XVIII, fue construyendo un discurso autorizado sobre lo femenino y unas prácticas concomitantes con profundos efectos en la vida de las mujeres. Existen, entonces, sobre las mujeres, unas ideas de *fragilidad*, de *sexualidad pasiva* y de *maternidad* como destino, con supuestas bases biológicas y evidencia científica que las respaldarían. La medicina, operando como un dispositivo de disciplinamiento a través de la medicalización del cuerpo de las mujeres y nuevas pautas de crianza, va a continuar colaborando con el ordenamiento jerárquico -y desigual- de hombres y mujeres.

Podemos decir que el psicoanálisis también ha hecho su aporte para reforzar este estado de situación. Consideramos necesario mencionar algunos conceptos e ideas centrales que la teoría psicoanalítica ha

desarrollado en relación a la mujer y a la figura de la madre. En este sentido resulta imposible no mencionar al mítico Complejo de Edipo freudiano atento su impacto y difusión, que entendemos abarca mucho más allá del campo disciplinar, alcanzando al lego y la cultura en general.

En su texto referido a la organización genital infantil de 1923, Freud plantea, en virtud de la etapa fálica del desarrollo psicosexual, la existencia de una premisa lógica que organiza el pensamiento y las representaciones imaginarias en el ser hablante. Esta premisa lógica es previa a la percepción en el varón y en la mujer de la diferencia sexual anatómica, y a través de ella es que el niño atribuye la presencia del pene a todos los seres vivos e inanimados. La posterior percepción por parte de los niños de que algunos seres humanos no poseen pene, lo lleva a la conclusión de que hay seres que han sido castrados y ellos son las mujeres.

“El carácter principal de esta organización genital infantil es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, solo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto no hay un primado genital sino un primado del falo. Por desdicha, sólo podemos describir estas constelaciones respecto del varoncito, carecemos de una intelección de los procesos correspondientes en la niña pequeña” (Freud, 1923, p.112).

El primado del falo es un momento en el que el pene es tomado como referencia y punto de comparación, y a partir de ahí es algo que se tiene o no se tiene (fálico/castrado). Este es el escenario donde va a jugarse el Complejo de Edipo¹³ mediante el cual, entre otras cosas, Freud intentó explicar el proceso de dependencia y separación de los niños con sus padres. Allí, coexisten deseos amorosos y hostiles (ambivalentes) por parte del niño hacia sus progenitores. Vale señalar, que para ambos -niño y niña- la madre es considerada el primer objeto de amor por excelencia, en tanto portadora de la capacidad de satisfacer las necesidades básicas, a través de la lactancia, el contacto y los cuidados (Freud, 1905). Este es el punto de partida del Complejo de Edipo que presentará diferencias sustanciales según lo atraviese el niño o la niña ya que ambos entran y salen en el Edipo de manera distinta, diferencias que están articuladas a la amenaza de castración.

El niño varón entra en virtud de fantasías inconscientes hacia su madre tomada como objeto de amor y su padre en tanto rival y sale para protegerse de la amenaza de castración por parte del padre. La madre queda prohibida en tanto objeto de amor para conservar su pene, constituyéndose la instancia del súper yo como una amenaza interiorizada de castración. Se identifica con los ideales del padre, quien lo habilita a la Cultura, asumiendo la Ley (Edipo - Castración - Súper Yo).

La niña, en cambio, al descubrir que no tiene pene (castración consumada, no hay amenaza), culpa a la madre por haberla traído al mundo fallada, envidia al pene y abandona a su madre como objeto de amor para dirigirse ahora al padre, que sí tiene, ingresando así al Complejo de Edipo. La salida está ligada a la esperanza del resarcimiento por parte del padre a la castración que sufrió por culpa de la madre. La salida de la mujer bajo los ideales paternos por la identificación al padre conserva la fantasía inconsciente anudada a la expectativa amorosa -que puede no culminar y extenderse a lo largo de toda la vida- de recibir un hijo de él. Y respecto del súper yo, que si bien es una defensa

¹³ A partir de su atravesamiento se interioriza la autoridad, dando lugar al super yo. Se asumen las leyes de prohibición del incesto y parricidio, permitiendo el ingreso a la Cultura y entre otras cosas, se definiría la elección de objeto. Freud lo considera una vivencia central de todo infante, de gran impacto en la vida adulta y núcleo de las neurosis.

contra la castración en ambos sexos, en el caso de la niña que no tiene pene ni teme perderlo, al hallarse ya consumada la castración, según Freud, es más lábil que en los varones (Castración- Edipo nunca abolido por completo - Súper Yo lábil).

Como hemos visto, el camino que atraviesa la niña en el Edipo es más sinuoso y complejo que el del varón. Debe cambiar de objeto libidinal, es decir pasar a amar al padre, para luego renunciar a él y reorientarse a vínculos exogámicos y para lograr la feminidad “plena” debe cambiar de zona erógena, abandonar al clítoris como zona privilegiada entendida como masculina dada su equivalencia al pene, para darle lugar a la vagina, considerada la zona genital netamente femenina (Freud, 1925 y 1933).

La maternidad entonces, en Freud (1931), es una compensación fálica, la mujer puede compensar simbólicamente la supuesta falta de pene porque -parafraseando a Lacan- si no lo tiene, no es. Y el niño es un objeto privilegiado de la serie fálica porque le permite compensar lo que ella no es porque no tiene. Ella no es un ser fálico como el hombre pero puede reemplazar con el tener un hijo su falta en ser.

El Complejo de Edipo freudiano pasa a ser transformado por Lacan (1958) en una estructura significativa de cuatro elementos, lo que conocemos como metáfora paterna. Una operación de una doble sustitución entre el Nombre del Padre, el Deseo de la Madre y el Deseo de la Madre y el falo. El significativo del Nombre del Padre sustituye el Deseo de la madre, pudiendo efectuarse la separación madre/hijo, introduciendo la ley, permitiendo el ingreso a la Cultura y al orden simbólico.

Coincide con Freud con respecto a la entrada de la niña en el Edipo, y esto es, por su rivalidad con la madre, acusándola de haberla hecho castrada y compensatoriamente buscando el falo como el don del padre (Lacan, 1957) con la expectativa que le dé un hijo. Pero retoma esta dimensión del falo, como imaginario -en tanto el niño supone la falta de un órgano que tendría que estar allí- y le otorga un estatuto significativo. El falo en tanto significativo de la falta en el Otro, que en su función simbólica, ordena y simboliza la diferencia anatómica de los sexos.

La castración, entonces, para Lacan va a ser colocada en el lugar del Otro simbólico, del Otro materno. La privación real de la mujer consueña entonces con la castración en el Otro, ya que el único significativo que hay en el Otro para representar lo que puede faltar es el falo. Así entonces, el Otro queda castrado simbólicamente del símbolo que pudiera representar a la mujer, y la mujer queda privada en lo real de algo que pudiera representarla en el campo del Otro. A partir de esto queda ubicada en relación al falo, al Edipo y a la castración de una determinada manera donde la expectativa de la mujer va a ser compensar en el campo de lo imaginario aquello que ha quedado anotado en lo simbólico como castración y que ella vive como privación real.

En Freud, la mujer y la madre se superponen, queda esto claro con la salida esencialmente femenina que corresponde a la maternidad como “la más intensa meta femenina” (Freud, 1933) Lacan, las separa y en virtud que en toda madre hay detrás una mujer que la habita, y en el mejor de los casos ese hijo no la colma por completo o no de forma duradera, va a buscar un más allá, una satisfacción en otro lugar. Esa es la finalidad de la operatoria de la metáfora paterna, capturar el deseo materno impidiendo su fijación con el niño (Lacan 1992, 1995, 2014; Recalcati, 2018).

El padre, aquel que es nombrado por la madre, el padre que la divide en términos de que entonces ella no es todo para el hijo. El padre en tanto agente de la separación entre la madre y el niño, aquel que se interpone entre ambos y en un mismo acto priva a la madre del niño y empuja al niño a la castración, a dejar de ser el falo materno.

Jacques Alan Miller (2005) retoma lo que Lacan plantea en su escrito sobre la significación del falo (1988) expresando que no basta con que la madre se ordene (se separe del hijo) por la función del padre sino que hace falta que busque el significante de su deseo como mujer en el cuerpo de un hombre. Miller sostiene que para Lacan no alcanzaría que la madre haga referencia al padre, sino que se espera algo más para que sea *suficientemente buena*, parafraseando al concepto winnicottiano. Importa lo que el padre puede hacer, no solo para separar al niño de la madre, sino como el padre interviene en dividir a la madre entre madre y mujer y que sostenga su deseo como mujer más allá del niño.

“la madre sólo es suficientemente buena si no lo es demasiado, sólo lo es a condición de que los cuidados que prodiga al niño no la disuadan de desear como mujer. (...) no basta con la función del padre. Todavía es preciso que la madre no se vea disuadida de encontrar el significante de su deseo en el cuerpo de un hombre” (Miller, 2005, p.3).

Con el objetivo de seguir ilustrando el lugar que ha tenido la madre en nuestra disciplina, consideramos pertinente también, señalar los aportes realizados por Klein, Bowlby y Winnicott. La madre como figura decisiva en la construcción del psiquismo del infante, responsable de la salud física, psíquica, emocional y del bienestar en términos integrales de lxs hijxs. La madre, figura clave para el sano y buen desarrollo de la descendencia.

Melanie Klein (1882-1960) psicoanalista austriaca de fines del XIX, discípula de Freud, extiende los postulados del psicoanálisis al psicoanálisis con niñxs y asienta su teoría sobre las buenas relaciones tempranas del niñx con la madre. El enriquecimiento de la personalidad se hace por medio de la superación de las etapas de la niñez que pueden repetirse sus conflictos en la vida adulta. Si las huellas de las relaciones tempranas son buenas para el sujeto, el podrá defenderse mejor de sus conflictos en la adultez. Su teoría se basa en lo que se llamó las *relaciones objetales*.

Donad Winnicott fue un pediatra y psicoanalista kleiniano postfreudiano que vivió entre 1896 y 1971. Se dedicó al psicoanálisis infantil y es otro referente para el entendimiento del vínculo madre-hijx, que consideraba una unidad indisoluble. A él le debemos la extendida noción de *madre suficientemente buena*, a través del cual denota como el desempeño de la madre influye en el posterior desarrollo emocional del bebé y su adecuada maduración.

Las primeras etapas de vida del bebé se caracterizan por una incapacidad de éste para diferenciarse de su madre. El vínculo emocional es sumamente estrecho y el niño es completamente dependiente de los cuidados de esta. Para el infante no existe separación entre él y su mamá, por lo que las conductas de esta han de ir encaminadas a detectar y satisfacer las necesidades del pequeño.

Para que el niño se desarrolle adecuadamente, la madre ha de cumplir una función de sostén físico (brindar alimento, limpiarlo, vestirlo y protegerlo, facilitando el contacto estrecho). Brindar y demostrar amor al bebé a través del lenguaje corporal. Al identificar sus necesidades y satisfacerlas, al

estar presente para él, le ayuda a evitar la angustia. Por otra parte, es imprescindible que la madre proporcione contención emocional. Es decir, ha de mostrarse abierta y disponible a recibir todas las manifestaciones emocionales del pequeño, darle lugar y devolvérselas de un modo más tolerable (sonrisas, juegos, llantos, angustias). A través del soporte ofrecido por la madre, el niño conoce el bienestar, el amor y la comprensión; aprende a sentirse seguro. Si este proceso ha tenido lugar apropiadamente, el infante podrá afrontar la transición de paulatina separación de la madre, a través de la cual se establecerá como un ser independiente y diferenciado de ella (Winnicott, 1960).

Por supuesto que la madre no es perfecta, solo, *suficientemente buena*, con lo cual se admiten hasta cierto punto las fallas maternas y solo son consideradas perjudiciales cuando se falla de forma consistente/constante y la madre no puede o no sabe ni atender ni sostener al niño. Este amor maternal, salvador, se aleja de la concepción de Freud, tanto en las características de ese amor materno como en la salida normalizadora de la relación con la madre.

La Teoría del Apego desarrollada por John Bowlby a partir de los años 60, de enorme difusión, describe el vínculo como un instinto biológico destinado a garantizar la supervivencia de los bebés. El vínculo es el lazo que se establece entre el recién nacido y su madre y cumple la función biológica de promover la protección, la supervivencia y en última instancia la replicación.

El sistema de apego funciona con el fin de mantener la proximidad física con la instintiva esperanza de que la figura de apego evitará los estresores. Cuando no hay discomfort ni peligro el sistema del apego funciona continuamente monitorizando la presencia y la disponibilidad física y psicológica de la figura de apego. La separación desencadena una respuesta. Hay una serie de programas innatos que funcionan en los bebés para mantener la proximidad de la madre y para desencadenar una respuesta (protesta/llanto) siempre que haya una separación. A diferencia de los trabajos psicoanalíticos anteriores donde la relación con la madre o sustituto materno era más bien nutricia -madre como fuente de alimento- Bowlby señala la importancia de este Sistema de Apego como un hecho clave para la supervivencia de la especie. Esta teoría destaca la importancia de las primeras interacciones del infante con el adulto responsable -general y habitualmente, la madre- para las futuras relaciones afectivas que tendrá en la edad adulta.

Así las cosas, un adultx consideradx sanx, con relaciones y respuestas afectivas también consideradas positivas, buenas y saludables serían la consecuencia de una buena calidad de cuidado materno en términos de capacidad de respuesta sensible, de alivio de la angustia, de estimulación moderada, calidez, sincronía interaccional e involucramiento. Y, por el contrario, desórdenes psicológicos y los males de la sociedad se deberán a las malas prácticas maternas y la madre será considerada culpable por ello (Hays, 1998).

“En torno de la madre se construyó toda una mística. Repentinamente se descubrió que se la podía responsabilizar de todo, o de casi todo. En todos los expedientes de niños difíciles, en todos los casos de adultos neuróticos, psicópatas, esquizofrénicos, personas con ideación suicida, alcohólicos, homosexuales, hombres impotentes, mujeres frías o atormentadas, en los asmáticos y en los ulcerosos, siempre encontrábamos a la madre. Siempre había en los orígenes una mujer desdichada, insatisfecha... una esposa exigente que perseguía a su marido, una madre dominante, asfixiante o indiferente”. (Badinter, 1981, p.68.)

Es preciso puntualizar que desde el Psicoanálisis se habla de madre o *función materna*. Función que se encarga de cumplir un rol que reconforta, cuida, aporta presencia corporal continua en los primeros años. Contiene, acoge, acompaña. Dicha función es considerada esencial para la estructuración del psiquismo del infante. Es interacción en sintonía relacional, que colabora a ir configurando poco a poco un encuentro con el afuera que pase de ser extraño y ajeno a amable. Genera las primeras representaciones psíquicas que darán lugar a producir los inicios de cualquier simbolización posible. Como función no necesariamente está ligada a una persona en particular, ni a un sexo determinado ni siquiera requiere que haya lazo sanguíneo. Como función simbólica se despega de la persona que la encarna, no obstante lo cual, es una función que mayoritariamente es desempeñada por las madres y eso es lo que se espera, incluso dada su denominación. Claro está que desde aquí se reproducen también criterios de buena y mala madre, con una demanda de presencia constante por parte de ella, con estándares altos de cumplimiento de las tareas no casualmente llamadas *maternas* a todo nivel y de manera exclusiva, siendo el padre una figura de la que poco se espera en este sentido.

Lo anterior constituye, a mi entender, una breve muestra del lugar que la figura materna ha ocupado en distintas teorizaciones del campo Psi.

Creemos pertinente efectuar algunas consideraciones a partir de lo anteriormente comentado: es relevante destacar que en los Historiales de la obra freudiana -los cuales son prácticamente la columna vertebral de las materias psicoanalíticas, incluida la Clínica de dicha orientación- podemos observar que la figura de la madre es casi inexistente (Rutemberg, 2019). A la madre se la nombra poco y cuando se la menciona generalmente es presentada negativamente. Como alguien de poca monta, apenas inteligente y abocada a las tareas de la casa, como la madre de Dora, o de excesiva presencia y ternura, por lo tanto peligrosa, como la de Hans. El padre, en cambio, tanto en Freud como en Lacan, suele ser la figura central en sus teorizaciones.

La mujer ha sido definida por Freud (1926) como *continente negro, misterio, enigma*, aludiendo a la imposibilidad (la suya, probablemente) de comprender la sexualidad femenina. Existen, dentro de su obra, escritos sobre la sexualidad femenina, pero no los hay sobre sexualidad masculina, la cual se presenta como modelo. La sexualidad de las mujeres, en el psicoanálisis, es teorizada a partir del modelo masculino y repite, tal como hemos visto en los siglos anteriores, la idea del cuerpo de la mujer como cuerpo *fallado*. La mujer está castrada, y esa castración consumada conlleva implícita una inferioridad que habremos de asumir y que nos presenta como frustradas y envidiosas, con las implicancias subjetivas y culturales que esto tiene.

Hemos visto cómo desde una perspectiva freudiana, se postuló una feminidad equiparada a la maternidad, en tanto, una de las salidas, -*la esperable*- del Complejo de Edipo es trocando deseo de pene por deseo de hijo. Feminidad que queda así abrochada a lo reproductivo y la maternidad a su vez, entendida como algo que vendría a restaurar una falta originaria colmando un deseo insatisfecho. Esta manera de concebir a la mujer como alguien que alcanzaría la plenitud, la ansiada completud al recibirse de madre, tampoco es novedosa, sigue los lineamientos epocales a la vez que los refuerza. Diferencias biológicas que fueron transformadas en jerarquías donde las características y

particularidades femeninas fueron valoradas como inferiores (Maffia, Fernández, 2021). La primacía es de la masculinidad y las mujeres, hemos sido políticamente construidas como ciudadanas de segunda.

Algo interesante, a la vez que paradójico a señalar, es que tal como hemos podido observar a lo largo de la historia e incluso hasta nuestros días, la crianza y los cuidados también tienen marca genérica: las mujeres y las madres han sido especialmente elegidas para realizar las tareas de cuidado. No solo a lxs hijxs propios, sino a otrxs niñxs, ancianxs, enfermxxs, conocidxs o desconocidxs. El psicoanálisis pareciera no opinar lo mismo respecto, específicamente, de los cuidados maternos. El deseo materno, término utilizado por Lacan, a la altura del Seminario V, como uno de los términos que componen su metáfora paterna, va a quedar barrado, tachado, por la operatoria del significante del nombre del padre, y va a quedar tachado como incestuoso¹⁴, como problemático. Como si la madre solo pudiera tomar a ese hijx como falo que la completa y capturarlo, y como si el niñx vendría a suturar una falta en la madre, a completarla imaginariamente. Un deseo de madre que precisa ser interdicto, tachado por el nombre del padre, que es sinónimo de separación y orden. Madre que librada a su instinto maternal, incluso a su raciocinio, pareciera ser peligrosa, causante de severas patologías, con un deseo insaciable y devorador, que puede dañar su hijx, impidiendo su buen desarrollo y/o coartando su autonomía como sujeto separado de ella, Y allí vendría el significante del nombre del padre, a poner un coto, a liberar y salvar al niñx. A habilitarlo a cuestiones enormes e importantes, como el orden simbólico y la cultura. Al decir de Tort (2008) la solución paterna del psicoanálisis lacaniano como el monopolio de la función simbólica en lo masculino, solidaria de la hegemonía patriarcal.

Que la madre *solo* sea un lugar de captura, no solo es desconocer que un hijx suele ser profundamente castratorio, y para esto solo basta conversar un poco con una madre, también es desconocer el linaje de esa madre, que por supuesto otorga un estatuto simbólico, amén que es justamente la madre, el primer gran Otro por excelencia.

Hay una posibilidad del buen cuidar, que al leer el Complejo de Edipo o la metáfora paterna pareciera desvanecerse como posibilidad y la noción de cuidado (materno) queda diluida entre el cuidado excesivo o el descuido. Y solo se ordenaría vía figura paterna, como función, como significante.

En tiempos donde la vida recién inicia, de invalidez infantil, allí donde hay dependencia absoluta de sus mayores, los cuidados implican un reconocimiento del otro en tanto que otro, implican empatía y miramiento¹⁵, en los términos planteados por Fernando Ulloa (1998), al hablar de la ternura parental como instancia psíquica fundadora de la condición humana. Interesa retomar esta noción de Ulloa ya que reivindica un cuidado no solo esperable, sino que posible, y no solo por parte de la madre o quien ejerza dicha función, sino de lxs adultxs a cargo.

¹⁴ Una posición incestuosa en la teoría lacaniana está relacionada con la captura imaginaria en el campo del Otro, con responder a la demanda del Otro, siendo exactamente lo que el Otro quiere que sea: “soy el falo de mi madre”, por ejemplo. En Freud, en cambio, la cuestión del incesto está más ligada al campo deseante, al campo libidinal, desde el punto de vista del infantil sujeto que tiene deseos libidinales (incestuosos) hacia los objetos parentales.

¹⁵ Ambas son habilidades propias de la ternura parental. La empatía garantiza el suministro adecuado (calor, alimento, arrullo, palabra) y el miramiento implica la capacidad de mirar con amoroso interés a quien se reconoce como sujeto ajeno y distinto de unx mismx. Es germen inicial y garantía de autonomía futura del infante. (Ulloa 1998).

La posición incestuosa, estragante, los denominados *cuidados* excesivos, irían más de lado del apoderamiento, del control, y consideramos enfáticamente necesario diferenciarlos de los cuidados maternos y/o parentales per se. Lo cual de ninguna manera implica negar su existencia, pero sí establecer una diferencia.

1.2.3. Maternidad y Feminismos. El necesario aporte

“La historia de la maternidad se ocupa de la manera en que las mujeres piensan y hacen la maternidad y de la manera en que la sociedad las trata y las piensa en cuanto que madres”
Elixabete Imaz

La maternidad ha sido naturalizada, idealizada y pobremente problematizada. “*La gran desconocida*” al decir de Elisabeth Badinter (2017) sobre la que ha primado una mirada naturalista, esencialista e incluso sagrada. Durante mucho tiempo se encontró poco o pobremente conceptualizada. Avanzado el siglo XX, la maternidad como experiencia empezó a ser problematizada, constituyéndose en un debate crucial entre las pensadoras feministas. La maternidad definida como aquello que las madres dicen y que las madres hacen es una construcción cultural (Stolcke, 2003; Imaz, 2010). Esto que parece una verdad de Perogrullo, es lo que justamente vino a mostrar el feminismo.

Una pionera y pilar fundamental ha sido Simone de Beauvoir con su revolucionario libro *El Segundo Sexo. La experiencia vivida* (1949). Allí reflexiona respecto del lugar de las mujeres en el pasado, señalando que habían sido históricamente consideradas como seres unidimensionales, fijadas a su rol de madre. Advirtió y cuestionó a la maternidad entendida como destino femenino por excelencia y vocación natural. Constató algo evidente e innegable que sin embargo por estar tan interiorizado y naturalizado causó revuelo y rechazo en los sectores más conservadores y su libro llegó a estar prohibido por la Iglesia Católica. Puso en cuestión la argumentación biologicista dominante, contribuyendo así a visibilizar que “*la ecuación mujer=madre no responde a ninguna esencia sino que, lejos de ello, es una representación -o conjunto de representaciones- producida por la cultura*”, en palabras de Silvia Tubert (Tubert, 1996, p.7).

Como representante del denominado feminismo de la igualdad, Beauvoir señaló que las mujeres al asumir este rol inculcado aceptaron la *sumisión*, y la maternidad fue la causa, considerando que allí justamente radica el principal escollo que ha impedido que las mujeres sean consideradas iguales sujetos de derechos que los hombres. Propone una maternidad voluntaria, subraya y nos recuerda la posibilidad de decidir. *Maternidad elegida* y no por imposición. Años más tarde, algo de este orden sería posible con la llegada de las pastillas anticonceptivas.

Shulamit Firestone (1970), en la misma línea de Beauvoir, concibe a la maternidad como forma de opresión y alienación, diseñada para obturar cualquier proyecto vital de la mujer y reforzando roles de género, señalando que el núcleo de la opresión femenina hay que buscarlo en sus funciones procreadoras y de crianza. También es quien comienza a evidenciar la ausencia de la maternidad como *tema* en la agenda feminista.

En el año 1963, Betty Friedan publica *La mística de la feminidad*, best seller que sirvió para consolidar el movimiento feminista urbano de clase media. El mensaje de la época era claro: la felicidad estaba en el hogar: impoluto, lleno de electrodomésticos, las mujeres dentro de él, a cargo de sus hijxs y felizmente casadas. Sin embargo Friedan da cuenta de un estado generalizado de descontento y amargura por parte de las mujeres norteamericanas, ella incluida y señala la pérdida colectiva de identidad de las mujeres de su generación por estar recluidas en el ámbito de lo doméstico.

Estas exponentes de la Segunda Ola del Feminismo¹⁶ -Beauvoir a la cabeza- fueron clave como cuestionadoras del rol de esposas y madres de las mujeres dentro de los hogares.

Elizabeth Badinter (1980) ha sido esencial para impugnar los constructos de instinto y amor maternal, conclusión a la que arriba tras un análisis histórico de los siglos XVII a XX. El amor maternal, según Badinter es un comportamiento histórico y social que va variando según las épocas y costumbres. Sostener que no existe el instinto maternal y plantearlo como un hecho cultural ha sido -y en muchos casos sigue siendo- difícil de admitir.

Nancy Chodorov (1978) hace dialogar al psicoanálisis con los estudios de género, analizando la relación entre madres e hijas, sosteniendo que somos las mismas mujeres quienes transmitimos ese destino femenino. Las mujeres, en tanto que madres, producen hijas con capacidad y deseos de ejercer la maternidad.

Sharon Hays (1996) subraya respecto de las crianzas y los cuidados que las concepciones que se han establecido de las mujeres en tanto que madres, hacen que pongamos en primer lugar la vida del bebé, del hijx y luego, muy por detrás, la propia vida de la madre. *Los niños primero*. Analiza la maternidad intensiva y la carga materna que implica.

El aporte feminista en torno a la maternidad ha sido sumamente relevante al señalar el ocultamiento de las relaciones de poder, de género y los intereses patriarcales que han convertido a las mujeres en únicas y exclusivas responsables de la crianza, lo cual permite abrir el camino para que emerjan otras voces que den cuenta de la multiplicidad de experiencias maternas.

A Adrienne Rich (1979) le debemos la fundamental distinción que hizo al analizar la maternidad como *institución*, (institución social que ha oprimido a las mujeres y los “*medios con los que el poder se mantiene y transfiere*”, así como un sistema de sanciones destinado a aquellas que se resisten a seguir el camino que la naturaleza habría dispuesto para ellas) y maternidad como *experiencia*, de especial interés en el presente trabajo, definida como la relación potencial de cualquier mujer con sus poderes reproductivos y con lxs hijxs. Esta perspectiva propone construir conocimientos que partan de las experiencias de las mujeres superando los discursos patriarcales, recuperando la maternidad como experiencia de poder, saber, placer femenino y conexión con el propio cuerpo, poniendo especial énfasis en la necesidad de transmisión de las experiencias maternas entre mujeres.

Señala la importancia de encontrarnos, escucharnos y compartir. Permite revalorizar a las mujeres en su singularidad, con sus especificidades, sus diferencias, su diversidad y poderío. Contribuye a pensar

¹⁶ Recordemos que la Primer Ola feminista -la Sufragista- estuvo representada por mujeres que lucharon por sus derechos civiles, concretamente por el voto, el acceso a la educación y al empleo.

la maternidad como espacio de poder femenino, conectado con el conocimiento y el redescubrimiento del propio cuerpo.

Está la institución maternidad con sus prescripciones y proscripciones patriarcales, mirada coincidente con la línea de Beauvoir y luego está la experiencia que desborda con lo propio, singular, diferente y situado. En palabras de la autora:

“La institución de la maternidad no es idéntica a gestar, parir y criar niños/as, así como la institución de la heterosexualidad no es idéntica a la intimidad y el amor sexual. Ambas crean las prescripciones y las condiciones dentro de las cuales se toman o se bloquean las decisiones. No son la realidad pero han moldeado las circunstancias de nuestras vidas (...) Sin embargo, cualquier institución que se exprese de manera tan universal termina afectando tan profundamente nuestra experiencia, incluso el lenguaje que usamos para describirla”(Rich, 1986, p.42).

Luisa Muraro (1994) retoma a Rich respecto de la maternidad y la relación con la descendencia como forma de poder. Esta filósofa italiana forma parte del denominado feminismo de la diferencia o pensamiento de la diferencia sexual. Señala como la filosofía, la ciencia y la religión, en tanto cómplices del patriarcado, se han apropiado de la capacidad simbólica de la madre, silenciándola y atribuyéndosela como propia. Según ella, para que las mujeres seamos libres, ya no emancipadas, es necesario restituir el orden simbólico de la madre, de la de carne y hueso y reapropiarnos de ese orden.

1.2.4. Psicoanálisis con perspectiva de género

Históricamente, fueron hombres quienes han escrito sobre las mujeres y el psicoanálisis no es una excepción. Hemos sido nombradas y definidas por varones. Incluso nosotras, durante mucho tiempo, hemos hablado de nosotras mismas, siendo en realidad habladas por el discurso hegemónico y no con propia voz.

Los Estudios de Género¹⁷ como campo interdisciplinario, constituyen la rama académica que se desprendió de la Segunda Ola del Feminismo, fundamentalmente, a partir de los desafíos que presentó la filósofa Simone de Beauvoir, quien fue la primer pensadora en plantear la cuestión de lo femenino como un tema de la cultura, desarraigado de la naturaleza. Los estudios de género comenzaron a interrogar a diferentes disciplinas, incluido el Psicoanálisis, en relación a cómo se estaba pensando y teorizando respecto de lo *femenino*, señalando el evidente sesgo sexista de las ciencias, interesándose profundamente en traer las voces de las mujeres y sus experiencias, ausentes hasta entonces.

El cuestionamiento dirigido al psicoanálisis (o a los psicoanálisis) está en relación con las marcas patriarcales y la heteronormatividad¹⁸, -a veces explícita y otras implícita- que habita en sus teorizaciones y que constituye la matriz del pensamiento moderno. Es un cuestionamiento pero aún más, es una invitación a revisarlo y a esa tarea se abocó el psicoanálisis con perspectiva en el género. No es novedad que durante mucho tiempo las premisas psicoanalíticas -freudianas y/o lacanianas- se mantuvieron a modo de verdades no interrogables ni cuestionables, al estilo de un dogma religioso.

¹⁷ Se considera género al conjunto de ordenamientos simbólicos respecto de lo que significa ser hombre o mujer en una sociedad y tiempo determinado, que opera tanto en lo subjetivo como en lo colectivo.

¹⁸ Marcas que se ven en el monopolio de la función simbólica del padre; en las teorías acerca de la feminidad *normal* y *lograda* homologada a la maternidad; en la concepción binaria de la sexualidad que sólo admite dos posiciones y sostenidas en la desigualdad jerárquica de un género sobre otro, etc. Algunas de ellas ya mencionadas al final del apartado 1.2.2.

Coincidimos que es preciso hacer una lectura crítica de los maestros, que son referencia y punto de partida, pero no la verdad completa, acabada e incuestionable. Hace falta dar cuenta de la historicidad de los conceptos, a la vez que revisar las herramientas de intervención, procurando estar vigente, a la altura de los cambios en el histórico social y ni más ni menos, ser sujetos de época. Hacía falta frenar, detenerse, repensar y desvelar los implícitos terribles y misóginos que subyacen a algunas conceptualizaciones centrales del psicoanálisis, que siguen operando e imposibilitan la escucha de lo diferente, lo diverso o intentan encorsetarlo en sus premisas, impidiendo alojar el sufrimiento humano e incluso lo profundizan.

“Un efecto de “cerrar filas” repitiendo lo desarrollado clásicamente por algunos maestros; dando como resultado que muchos analizantes -tanto hombres como mujeres- no hayan podido ser escuchadxs en sus sufrimientos producidos por las vicisitudes del ajuste a los patrones de género hegemónicos” (Tajer, 2022, p.18).

A partir del diálogo Psicoanálisis y Estudios de Género surgieron dos líneas: Una anglosajona que articula el psicoanálisis de las relaciones objetales (Klein, Fairbairn, Winnicott) con el feminismo de la igualdad y otra línea francesa, en la cual dialoga el psicoanálisis -fundamentalmente lacaniano- con el feminismo de la diferencia, cuyos exponentes son Nancy Chodorow y Luce Irigaray, respectivamente. En nuestro país, de fuerte tradición psicoanalítica, promediando la década del 70, un grupo de mujeres -Eva Giberti, Ana María Fernández, Martha Rosenberg, Irene Meler, Mabel Burin, entre otras- comenzaron a trabajar algunos textos traducidos a la sombra de la Dictadura cívico militar, momento en que aún se los denominaba *Estudios de la Mujer*; para continuar con producciones propias, hasta nuestros días. A estas iniciadoras, se le han sumado otrxs, en estos casi cincuenta años, siendo la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires pionera en este enfoque en Latinoamérica¹⁹. La interlocución psicoanálisis y género ha dado lugar a grupos de estudio, materias de grado, seminarios de posgrado, foros, programas de actualización en plataformas virtuales e incluso la creación de la Escuela Argentina de Psicoanálisis y Género (que se nutre de las dos líneas), denotando el interés creciente en la temática.

Débora Tajer (2022) menciona que desde la época de Freud se han forjado discusiones y disidencias a raíz de los planteos en torno a la feminidad, desde el interior del psicoanálisis mismo, desde los feminismos de la época y más tarde de la mano de las feministas de la Segunda Ola, como Beauvoir y Friedan, no obstante señala que los debates suscitados prácticamente no incluyeron como tema la constitución del psiquismo femenino y su relación con el estatus social de las mujeres en ese periodo histórico, a excepción de una reflexión que el mismo Freud (1908) establece respecto del efecto neurotizante en las mujeres por el deber de ajustarse a las normas impuestas por el modelo social que la cultura les asigna. Advierte, asimismo que esa interesante reflexión freudiana ha quedado aislada de su producción teórica global acerca de las mujeres y sus malestares, no siendo articulada a su obra, ni continuada por los postfreudianos.

¹⁹ Centro de estudios de la Mujer fundado en 1979, coordinado por Gloria Bonder. Seminarios de Postgrado (1985); Carrera Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer (1987); Cátedra de Introducción a los Estudios de la Mujer (1987) siendo la primer asignatura de grado en género del país y Latinoamérica.

En este mismo sentido, Ana María Fernández, pionera de esta mirada, ha advertido que el psicoanálisis no se ha planteado como uno de sus objetos de reflexión la articulación entre formaciones del inconsciente y formaciones histórico sociales. Los feminismos, en cambio, sí sostienen dicha relación y es a partir de allí que se produce una indagación crítica hacia la teoría psicoanalítica. Lxs psicoanalistas con perspectiva de género se abocaron al análisis de las marcas de la sociedad patriarcal en el interior de la teoría misma. Un ejemplo concreto, claro y de grandes efectos es la teoría de la sexuación, que conlleva un implícito de difícil deconstrucción, pues naturaliza el patriarcado y ofrece causas psíquicas para aquello que constituye un complejo precipitado de la inferiorización política de un género sexual (Fernández 1992, 2009). La autora señala que es necesario indagar los efectos intrasubjetivos de vivir en una sociedad patriarcal, es decir relacionar el estatus subordinado de las mujeres en el sistema patriarcal y las formas del malestar femenino: el vínculo entre lo histórico social y los padecimientos subjetivos. Como hemos visto, la psiquis femenina ha sido pensada en tanto efecto de la diferencia sexual anatómica (Freud, 1925) y en este sentido, la interlocución Psicoanálisis y Feminismo académico se ha abocado a sacar a la feminidad del campo de la esencia y de la determinación biológica de la psicología -consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica- para darle un estatus de construcción social que constituye psiquismo. Para luego ver cómo, de qué manera se constituye la feminidad de cada mujer -como modo particular de singularización- en relación con un social histórico en el cual las mujeres somos ciudadanas de segunda. La categoría fundamental que comenzaron a trabajar fue la *desigualdad de poder entre varones y mujeres*. Comprender cómo esa jerarquía desigual de poderes económicos, simbólicos, eróticos, sexuales, etc., tiene impacto en el psiquismo, en las maneras de transitar la vida, en los vínculos y en las formas que adquieren los malestares (Tajer, 2022). El estatus subordinado de las mujeres en nuestra sociedad patriarcal redundaba en un malestar específico y en plus. Podríamos decir que el malestar en la cultura es de todxs, pero también hay un malestar “sobrante”, un plus de malestar a raíz de la asimetría social y eso es importante verlo, reconocerlo y hacer algo para cambiar ese estado de situación.

La construcción de la subjetividad de las mujeres en el contexto de nuestra cultura patriarcal, implica la pertenencia a un género devaluado, subalternizado, inferiorizado, *salvo cuando es glorificado en el ejercicio de la maternidad*. Existe una desigual distribución de áreas de poder: para el género masculino hegemónico, el poder racional y el poder económico, además del despliegue de la fuerza física y del recurso de la libertad de movimientos (expresado en el ámbito público) y para el género femenino, el poder de los afectos para ser desplegado al interior de las vidas familiares y domésticas (ámbito privado). Esto ha condicionado una autopercepción de vulnerabilidad -social y subjetiva- y los riesgos de sufrir el ejercicio de violencia, fundamentalmente cuando en tanto género devaluado trata de salir al ámbito público, pero no solamente (Burin, 1987; 1990).

Nuestra cultura al imponer la equivalencia mujer-madre, le ha asignado un lugar y un papel social determinado, fundamentalmente, a partir de la modernidad, momento en el que se fueron configurando una serie de prescripciones en torno a la *moral familiar y maternal* que suponía subjetividades

femeninas con características emocionales de receptividad, de capacidad de contención, de nutrición, no solo de lxs niñxs, sino también de los maridos (que volvían a sus hogares luego del trabajo cotidiano en el ámbito extradoméstico). En ese mundo doméstico donde las emociones prevalecientes eran -o debían ser- la amorosidad, la generosidad, el altruismo, la entrega afectiva, lideradas y sostenidas por las mujeres, se fueron configurando ciertos roles de género específicamente femeninos: *el rol maternal, el de esposa y el de ama de casa*. Roles que suponían condiciones afectivas específicas para ser desempeñados con eficacia. Para el rol maternal: la amorosidad, el altruismo, y la capacidad de contención emocional; Para el rol de esposa: la docilidad, la comprensión, la generosidad y para el rol de ama de casa, la disposición sumisa para servir, la receptividad y ciertos modos inhibidos, controlables, aceptables de agresividad y de dominación para el manejo de la vida doméstica.

Esta centración en el poder de los afectos, les representó a las mujeres un recurso y un espacio de poder muy específico -dentro del ámbito doméstico- como poseedoras del control y la regulación de las emociones que circulaban dentro de la familia, lo cual ha sido considerado incluso como garante de su salud mental²⁰. Sin embargo, el ejercicio de este poder también les significó modos específicos de enfermar y de expresar su malestar. Ha corrido agua bajo el puente, pasaron muchas décadas y fundamentalmente han ocurrido cambios sociales y económicos que modificaron los modos de vivir²¹, múltiples factores que hicieron que los roles de género femeninos *tradicionales*, dejaran de tener el valor y el sentido social que se les había asignado anteriormente y lo que alguna vez, ofició de garante de salud mental, proporcionó en cambio, gran cantidad de condiciones de malestar psíquico, que de hecho ponían en riesgo la salud mental de las mujeres. Esta crisis en los sentidos tradicionales sobre los roles de género implicó también una puesta en crisis de la subjetividad femenina tal como se venía construyendo hasta entonces. Las mujeres empezaron a sentir que su poder afectivo iba perdiendo significación histórica y social, especialmente a medida que numerosas teorías y prácticas psicológicas/psicoanalíticas lo cuestionaban, dando cuenta de fallas, de abusos, de incumplimiento de las mujeres en el ejercicio de este poder. Surgieron variedad de hipótesis que adjudicaban a esas madres denominadas patógenas, trastornos varios de la salud mental de sus hijxs, denominándolas madres esquizofrenizantes, madres abandonicas, madres simbiotizantes, etc. (Burin, 1987; 1990).

Hay algunos factores de riesgo para la salud mental de las mujeres, que son un conjunto de situaciones que ofrecen una probabilidad mayor al promedio de provocar estados de malestar. Interesa aclarar que el concepto de *malestar*, refiere a un sentimiento de incomodidad, que no remite a las clásicas posiciones dicotómicas sanx/enfermx o normal/patológico (propio del enfoque tradicional de salud mental), sino que es un tercer término, una noción transicional, tanto subjetiva como objetiva, externa

²⁰ Desde un enfoque de la *salud mental tradicional*, basada en nociones de normatización y adaptabilidad y con una clara dicotomía normal/patológico. En nuestro país, este enfoque tradicional ha ligado la salud mental de las mujeres con su salud reproductiva, es decir ligada a las vicisitudes de su aparato reproductor o a problemáticas específicamente femeninas (menstruación, embarazo, parto, puerperio, climaterio) (Burin, 1990).

²¹ Escuelas y otros espacios educativos y recreativos para lxs niñxs fuera del hogar, nuevas tecnologías que invisibilizaron la producción doméstica como fruto del esfuerzo personal de las mujeres, anticonceptivos que otorgaron mayor libertad respecto de su sexualidad y también mujeres ganando su propio dinero en retribución de trabajos fuera de los hogares.

e interna a la vez que involucra un registro que es subjetivamente extrañado y disconforme (Burín 1987; 1990)²².

Factores tales como la edad, el nivel ocupacional, el número y edad de lxs hijxs, el estado civil, las situaciones de duelo, especialmente la pérdida de un hijx, o de la madre, los fenómenos de la violencia, son algunos de los fenómenos considerados con más frecuencia como riesgosos para la salud mental de las mujeres. Entre los roles de género más estudiados figuran el *rol maternal*, el *conyugal* y el *de ama de casa*, pero existe un factor de riesgo que se denuncia en forma constante que es la expectativa social, pero también subjetiva de las mujeres de maternizar todos sus roles, más allá del rol maternal específico, incluyendo el trabajo de amar y de cuidar, y en esto consiste la *maternalización de todos los roles femeninos*. Tenemos que destacar que no podemos individualizar un factor único, como agente o factor de malestar, y si en cambio, un conjunto de factores riesgosos para la salud mental de las mujeres, sin embargo hay una condición común y compartida, suficientemente destacable entre los roles de género femenino que se organiza alrededor del concepto de *maternidad tradicional*²³ (Burín, 1987; 1990).

El *modo de subjetivación* como constructo conceptual se refiere a la relación entre las formas de representación que cada sociedad instituye para la conformación de los sujetxs aptos para desplegarse en su interior y las maneras en las cuales cada sujetx constituye su singularidad. (Tajer, 2022, p.28). En este sentido, nos interesaba detenernos con cierto detalle en lo que ha sido denominado por Irene Meler (1994) como modo *tradicional* de subjetivación del género femenino, porque no hay dudas de los efectos que ha tenido y sigue teniendo en nosotras la vida estructurada en torno a la maternidad y la conyugalidad, la división asimétrica de roles y poderes entre otros aspectos ya mencionados. Este modelo de mujer doméstica y sentimentalizada, más allá de que se corresponda o no con la realidad vivenciada, ha sido una representación hegemónica que ha tenido un fuerte impacto en la conformación del ideal²⁴ de las mujeres. Una característica que interesa destacar es respecto de la expresión de la *hostilidad*, ya que desde la primera infancia los mandatos han estado ligados al sometimiento, configurando el conocido “calladita te ves más bonita” (buenita, obediente, complaciente, sin protestar) como atributos de la feminidad, inhibiendo por tanto el despliegue de la pulsión hostil. Esto a lo largo de la vida genera diversos problemas, tales como la expresión del enojo en forma diferida con respecto a la situación que la produjo y en forma explosiva, después de haberlo acumulado. Esta forma *indirecta y diferida* genera perplejidad en el entorno y es percibida, también por ellas, como desborde e incapacidad para el manejo de los afectos y las emociones. Otro punto nodal es en relación a los *ideales*, que como ya mencionamos en varias oportunidades, se emplazan en torno a la maternidad y conyugalidad, basada en valores de fidelidad y honra femenina, y las

²² Desde una perspectiva de *salud mental participativa*, centrada en un proyecto de concientización y transformación de las condiciones de vida de las mujeres, las de su vida cotidiana, así como también de aquellos factores opresivos que constituyen modos de vida enfermantos.

²³ También denominado rol maternal, función materna, ideales maternos, deseos maternos, experiencias maternas, etc.

²⁴ *Narcisismo de género* es un concepto propuesto por Emilce Dio Bleichmar (1984) mediante el cual explica cómo nos queremos a nosotrxs mismxs de acuerdo a los ideales de género. En este caso, Ideales de género tradicionales que han sido introyectados en términos de narcisismo.

realizaciones personales por fuera de estas temáticas ocupan un lugar muy secundario, cuando no inexistente. Por lo tanto, lo que podemos denominar la valía de sí, o autoestima, está basada en el buen desempeño del rol maternal y de ama de casa.

Alrededor de las décadas del '40 y '60, promediando el siglo XX, se produjeron importantes cambios ligados a la entrada masiva, aunque gradual de las mujeres al mercado laboral asalariado, así como también el ingreso a diferentes niveles de educación formal, dando lugar a un nuevo modo de subjetivación femenino denominado *transicional*. Mujeres que arribaron al mundo público, vedado hasta entonces, pero conservando aún, desde la exigencia social y también singular, el modelo de mujer=madre del modelo tradicional. La famosa y nunca bien ponderada “doble jornada laboral”. En estas mujeres se conserva cierta expectativa de que sea el varón el mayor proveedor, con lo cual generalmente se pone en valor la carrera profesional y laboral de él. Los sentimientos *hostiles* aparecen via rencor y envidia, dirigidos privilegiadamente hacia la pareja, por la cercanía y como “efecto retaliativo de la asimetría de poder con los varones, aun cuando estos sentimientos pueden aparecer ‘travestidos’ de celos, quejas y reclamos” (Tajer, 2022, p.33). Se suelen sentir atraídas por los varones dominantes, aún cuando desde el ideal no los elijan, debido a la persistencia del modelo de la asimetría de poder entre varones y mujeres en la constitución de su psiquismo, como efecto de tener interiorizado el patriarcado y su modelo de heterosexualidad de dominio aún vigente.

El sistema de *ideales* también está basado en la maternidad y en la conyugalidad como valores fundamentales, pero combinado con expectativas puestas en el mundo público, aunque las realizaciones personales se encuentren en un segundo plano. Suelen entrar al mundo público con la lógica de lo privado, afectivizando las relaciones laborales, y tienen mayormente limitaciones para establecer honorarios y retribución por su trabajo, esperando que sean lxs otrxs quienes definan por ellas. Presentan rasgos de que “lo pueden todo” e “ideales justicieros”, con obstáculos para delegar tareas y funciones (Tajer, 2022).

El modo de subjetivación del género femenino *innovador*, podemos identificarlo a partir del cambio de siglo, del significativo 2001 en adelante. Su principal característica es la diversidad, incluyendo diferentes modalidades de construcción subjetiva. Aquí, por primera vez la maternidad y la conyugalidad se presentan como una opción y no como mandato. Y el trabajo asalariado -sea cual fuere la forma que adopte- es condición para el auto sustento, más allá de si vive sola, con amigxs, en pareja o con su familia de origen. Respecto de su *hostilidad*, pueden exponer de manera más adecuada y con lógica lo que las enoja y ante quienes son fuente de esos sentimientos. Basan su autoestima en el ideal del trabajo que coexiste codo a codo con el de la maternidad, siendo cada vez más las mujeres que posponen ese proyecto luego de haber adquirido desarrollo profesional, como así también quienes deciden no ser madres, o serlo “solas”, sin pareja. Comparada con las mujeres subjetivadas en los modos tradicional y transicional, presentan un *sistema de ideales* más complejos y a veces antagónicos. Frecuentemente padecen o sufren al sostener dos o más ideales fuertemente demandantes, por ejemplo: ser buenas madres, excelentes trabajadoras y maravillosas parejas, resistiéndose a abandonar alguno o a bajar el grado de exigencia. Lo antes mencionado está en el

marco de nuestra realidad, en la cual la distribución de las responsabilidades de crianza no es equitativa; lo que redundaría en una sobreexigencia que muchas veces conduce a una sensación de fracaso en mujeres de “altos logros”. Aún así, su estima de sí es más elevada, pues tienen más poder en el mundo público y en la pareja (Tajer, 2022).

Estos modos de subjetivación del género femenino que intentamos aproximar, esbozan entonces la articulación existente entre lo macrosocial patriarcal y la construcción de subjetividades generizadas que se han ido sucediendo a lo largo del tiempo y claro está, no son modelos rígidos. Podemos observar que actualmente coexisten corrientes tradicionales, transicionales e innovadoras en nuestro interior, en diferentes grados y proporciones en cada quien, siendo configuraciones en constante cambio y por tanto, dinámicas. Tajer (2022) expresa que en la actualidad, una gran fuente de malestar está dado, precisamente por la coexistencia de ideales tradicionales con otros innovadores, habiendo mutado las modalidades vinculares, laborales, amistosas, pero manteniéndose aún, la matriz de la asimetría jerárquica entre los géneros. Asimismo, Irene Meler, en su libro *Géneros y deseos en el siglo XXI* (2023) va dando cuenta de qué cambios se han suscitado y cuáles cuestiones han permanecido en lo que respecta a las mujeres de hoy. Allí, observa, en tanto cambio, un *reacomodamiento* en el ideal organizador del psiquismo femenino, el cual anteriormente y de forma prevalente ha estado ligado a la maternidad como eje central, a la vez que señala la persistencia de dicho ideal. Es decir, se han ampliado los ideales, hay otros, pero el ideal de la maternidad sigue existiendo y operando.

Con estas líneas finalizamos el capítulo dedicado a explicitar las lentes conceptuales con las que observaremos nuestro objeto de indagación. A partir de ahora, nos adentraremos en el abordaje del documental escogido. Inicialmente para describir su contexto de producción así como las características principales de dicha obra; para pasar, luego, a desentrañar los aportes de las madres allí entrevistadas a la luz de nuestros objetivos específicos, esto es: recopilar los significados sobre ser una buena y mala madre, para finalizar explorando la articulación entre maternidades y feminismos.

CAPÍTULO 2



“Las distintas formas de subordinación desde las cuales se ha ejercido la maternidad, siempre vigilada con cierto recelo bien por la autoridad del marido, de la religión, del Estado o de la ciencia”.

Teresita Carmen Patiño Vera

Este capítulo, que elegimos nombrar como el documental de nuestro interés, versa sobre el deslizamiento del adjetivo “mala” para la figura materna; que pasa de ser utilizado para señalar faltas y emitir condenas, a transformarse si no en bandera, al menos en una imagen jocosa y contestataria frente a un ideal que nunca deviene en posible. Uno de los datos más singulares, quizás, es que es una etiqueta autoimpuesta que emerge en un contexto de auge de comunidades virtuales. Es por eso que nuestra observación comenzará con un rastro anterior a la película; para luego sí adentrarnos en ella.

2.1. Del juzgamiento a la autodenominación

Lo que nos hace, a ojos del patriarcado buenas mujeres, es lo mismo que nos hace buenas madres, por lo tanto una mujer desobediente, sexuada y autónoma, libre, con intereses y deseos propios, será juzgada como una mujer/madre egoísta, que descuida a sus hijxs.

La figura de la mala madre, es propicio recordar, se ha ido configurando como la contracara de la buena madre y en tanto tal, fueron así consideradas aquellas que no se ajustaban a la norma por su edad (demasiado jóvenes o demasiado mayores); clase (madres pobres); estado civil (madres solteras); capacidades físicas o mentales (madres diversas funcionalmente o deprimidas), orientación sexual (madres lesbianas) o la ración de amor prescrita para sus hijxs (madre desnaturalizada) (Moreno Hernández, 2020). Garay (2008), señala que el ideal maternal agrupa valores, deseos, prescripciones y proscripciones que desembocan en una imagen unívoca para todas las mujeres y en donde no hay lugar para las diferencias, deseos ni disidencias -que, de haberlas, serán expulsadas, invisibilizadas o bien patologizadas-, lo que acarreará sentimientos de inadecuación y culpa. La existencia de un ideal de madre -por definición inalcanzable-, atañe fuertemente a la construcción de la subjetividad en la maternidad, e irremediamente, todas las madres que no quieran o no puedan cumplir con los requisitos de estabilidad económica, emocional, contexto social adecuado o, en definitiva, quienes no pongan al niño en el centro de sus vidas, serán consideradas malas madres (Imaz, 2010).

Como mencionáramos en la presentación de este trabajo, en la última década, florecieron espacios donde las mujeres -las *devenidas* madres- comenzaron a compartir sus experiencias y reflexiones en torno al ejercicio de su maternaje, fundamentalmente lo que se denomina el *lado b* de la maternidad. Aquellos aspectos ocultos, silenciados o invisibilizados detrás del mandato de la buena madre, la todopoderosa, abnegada, incondicional y perfecta. Foros virtuales, mediados por redes sociales, que permitieron que muchas mujeres se sintieran identificadas y acompañadas, lo cual trajo alivio y colaboró a menguar la sensación de soledad e inadecuación. Se fue creando una comunidad de madres agrupadas bajo la autodenominación “mala madre”.

Una de las primeras publicaciones rastreadas que iban en este sentido, data en agosto de 2012, bajo el título “*Soy una mala madre*”, de Walewska²⁵. Fue una publicación que, de alguna manera, denunció una problemática muy actual: madres agotadas por no cumplir el mandato de, por ejemplo, darles comida orgánica, o hacer colecho, o ser las exclusivas cuidadoras. Aquel concepto definido por Hays (1998) de *maternidad intensiva*, que implica un modelo de crianza que exige a las mujeres entrega total y disposición full-time, y si bien pretende incluir al padre, es de alguna manera como auxiliar, de quien se espera mayor implicación afectiva y apenas colaborativa que antaño. Es conducida y difundida mayormente por expertxs en crianza (puericultorxs, pediatras) promotores del apego, colecho, lactancia a demanda y prolongada.

De manera complementaria, pudimos observar una temática frecuentemente comentada, atento la evidente tensión existente entre lo que se espera de la mujer como madre: que se dedique plenamente a la crianza de su descendencia, que su entrega sea absoluta y que se sienta encantada con ello, a la par que se le exige que sea una mujer autónoma, con empleo estable, competitiva y que aporte a la economía del hogar; lo cual, evidentemente redundando en sobre exigencias, sentimiento de culpa, inadecuación, frustración y sufrimiento psíquico.

Algo que nos interpela y consideramos interesante observar es esa suerte de modificación en la conceptualización de la mala madre que ocurrió en estas nuevas comunidades #malamadre: ya no son jueces, expertxs, o voces externas que nombran de esa forma descalificativa y punitiva, sino que viene de las mujeres mismas, como una forma contestataria ante la exigencia del ideal de la buena madre -que en tanto tal es imposible- y se encuentra relacionado con poder expresar que se sienten agotadas, que se enojan, que tienen necesidad de estar solas (o de ir al baño solas), que se sienten tristes, que lloran por los rincones de la casa cuando están solas con su bebé en brazos, que por otra parte es mucho más tiempo del que quisieran.

Algunos de estos blogs, han ido transformándose, perdiendo -a nuestro criterio- su raíz contestataria, dando paso a formas más paródicas, nombrando los malestares de forma graciosa o irónica. Otros, se han convertido en espacios de “consejos” para madres y padres, tales como recetas nutritivas y remedios caseros. Algunxs emprendedorxs han visto ahí una posibilidad de promocionar sus marcas de productos infantiles a cambio de sorteos. Muchos de los blogs malamadre, o grupos privados de Facebook, por ejemplo; “*Soy una mala mamá*”, “*la mala madre y la mala hija*”, hoy se dedican a la venta de ropa maternal, juguetes estilo Montessori y libros, habiendo quedado atrás y sin desarrollo el original espacio de reflexiones y compartires del inicio.

En lo que respecta a nuestro país, en octubre de 2018, desde “Las Casildas”²⁶ lanzaron a través de su canal de Youtube -con aproximadamente 4 millones de vistas a la fecha- y de su cuenta de Facebook, un spot de salutación por el Día de la Madre. En el video, pasaban imágenes de mujeres diversas y una voz en off que decía:

²⁵<http://www.mamisybebes.com/2012/08/soy-una-mala-madre/?fbclid=IwAR0oZcAK1PAkpEyg6akJI6S2CV6IwxKFPm70LIMqAFIqYIOZe01QozUOMOw> (22-08-2012)

²⁶ Agrupación dedicada a difundir información sobre los derechos en torno a la gestación, parto, crianza y temáticas afines vinculadas a los feminismos. Enlace video: <https://www.facebook.com/share/v/17Z4SEFAZw/>

*Vos que te sentís mala madre porque no pudiste tener el parto natural soñado...
 o preferiste agendar la cesárea...
 Padeciste tu embarazo...
 No pudiste dar la teta...
 Le diste el celu a tu bebé cuando habías jurado no hacerlo nunca...
 Te quedaste dormida amamantando y tu hijo rodó al piso...
 Cuando lo miraste por primera vez no pensaste: “es el más lindo del mundo”...
 Vos que no estás más en pareja...
 Que no sabés quién es el padre...
 Que te enamoraste de otra persona de tu mismo sexo...
 Porque sos madre soltera...
 Madre adolescente...
 Tenés la libido por el piso...
 No le das comida orgánica y lo vestís con ropa de los primos...
 Elegiste un vientre sustituto...
 Ya pasaron seis meses y tu cuerpo no volvió a ser el mismo: “que no estoy embarazada, estoy gorda”
 Vos que fuiste por un aborto o te parece que un perro y un sobrino es suficiente amor maternal...
 Preferiste la adopción a pesar de que podés tener tus propios hijos y te divorciaste a los treinta...
 Naciste padre y ahora sos madre...
 Querés a tu profesión como a un hijo...
 Tuviste a tu primer hijo después de los cuarenta...
 Los crias en el feminismo...
 Te mirás al espejo y no te reconoces...
 Tus hijos tienen necesidades especiales...
 Abriste Tinder y Happen al mismo tiempo...
 Elegiste no ser madre...
 Querés dormir, estás extenuada, cansada, agotada...
 Y a pesar de que hoy es tu día, parece que nadie se dio cuenta
 Porque la tele y las redes hablan de perfección y de imposibles...
 Y vos sos el lado B, ese muy humano, el que lo hace como mejor le sale y como puede...
 Así que feliz día para vos, gran mujer, madre, más que merecido.*

En la Descripción del contenido, en Youtube, expresan:

“En este video le hablamos a las mujeres, a las madres que no encuentran identificación en las publicidades que vemos todos los días. Que se sienten afuera de lo establecido por la sociedad. Que creen que son las únicas que no encajan en los estereotipos. Porque el Lado B y las MALAS MADRES somos todxs. Y porque celebramos que el hecho de ser mujeres, aunque podamos gestar, no siempre significa que tengamos que elegirlo. Y eso también está bien. ¡Que tengas un Feliz Día Mala Madre!”.

A partir de este spot, en nuestro país y fundamentalmente en cierta población vinculada a los movimientos feministas, comenzó a instalarse este concepto y definición de “mala madre”. Se afianzó la nominación y de alguna manera invitó a más mujeres a pensarse e identificarse.

Hasta hace pocos años, las únicas emociones posibles ante la maternidad parecían ser la alegría y la felicidad. Poco a poco, pero sin pausa, fueron apareciendo voces y no sólo para nombrar el cansancio y la soledad, también emergieron diferentes nominaciones para dar cuenta de la vasta diversidad del mundo materno. Madres adoptivas, madres lesbianas, madres feministas, madres arrepentidas y las que no quieren ser madres, entre otras. Todas estas experiencias que desde el discurso hegemónico entrarían dentro de la clasificación *mala madre*.

¿Hacía falta este espacio? Si, por supuesto. Hacía falta nombrar, dar lugar, mostrar esta otra cara enmudecida y políticamente incorrecta. Que la emergencia de estas voces eran necesarias también queda demostrado en el crecimiento exponencial que han tenido, en la última década, los foros maternos y, actualmente, podcast relativos a la temática -y lo celebramos-. Celebramos, fundamentalmente, porque las protagonistas son las mujeres, fueron ellas las impulsoras y creadoras de estos espacios, los habitan y moldean y allí se expresan sus voces, las nuestras, las eternamente silenciadas.

2.2. Contexto y Texto de la película documental

En los últimos años se han publicado enorme cantidad de novelas, cuentos, poesías, en fin, literatura²⁷ escrita por mujeres, que pone en el centro a la maternidad como tema y en clave autobiográfica, donde se habilitan otras emociones, dando lugar al dolor, la contradicción, la ambivalencia y el arrepentimiento. Aparecen los grises, diversas caras y dobleces en torno a la experiencia de matinar. Asimismo, han aparecido cursos y talleres, tanto gratuitos como arancelados, del estilo: “cómo desterrar la culpa materna”, y se han multiplicado las notas en los diarios y suplementos. La maternidad “lado b” no ha quedado exenta de aparecer en series, obras de teatro, películas y cortos, todas ellas ideadas, producidas y dirigidas por mujeres, madres, lo cual consideramos indispensable pues de esta manera se están amplificando nuestras voces, nuestras experiencias y nuestra diversidad.

La figura de la madre está siendo repensada y la maternidad como experiencia, por ende, también. Así es que llegamos, siguiendo la pista “mala madre” al 2019, cuando se estrena una película documental llamada “malamadre”, de la directora argentina Amparo Aguilar²⁸. En su descripción, sostiene: “*La maternidad no es el único mandato para las mujeres: también tienen que ser buenas. A través de distintos relatos y testimonios, este documental traspasa el imaginario social para espiar el lado oculto de la maternidad*”.

Me acerqué al documental con cierta desconfianza, un poco a regañadientes por su nombre -con el que no acuerdo-. A la vez, empezando a entender que posiblemente ya opere como “gancho” para que más personas puedan acercarse a la temática, que denuncia de manera provocativa lo irreal del ideal de buena madre, colaborando así a mostrar aspectos de una maternidad más realista. Si había algo que estaba muy claro desde el inicio del presente trabajo, era la intencionalidad y propósito de rescatar las voces de las mujeres. Y esto lo hace el documental, que dice en una hora, mucho de lo que he visto y escuchado en estos diez años acompañando madres. Esa capacidad de síntesis es invaluable.

Se ofrece para dar voz a quienes menos la tienen: las madres. De distintas generaciones y clases sociales, con hijxs de diferentes edades, solas, en pareja, heterosexuales, lesbianas, adoptantes. Diversas. Entrevistadas en forma individual, en un ambiente neutro, fuera del ámbito doméstico.

²⁷ Sólo por mencionar algunos: “¿Dónde está mi tribu?” de Carolina Del Olmo (2013), “Maternidades Subversivas” de María Llopis (2016); “Maternidad intratable” de Luisina Bourband (2017); “Mamá desobediente” (2019); “Bebe vampiro” de Nadine Lifschitz (2020); “Palabra de madre” de Ibone Olza (2021).

²⁸ Escrita por Amparo Aguilar y Agostina Bryk. Coproducción de Ah! Cine de Argentina y U films de Uruguay.

Filmada con primeros planos en blanco y negro, aparecen sus rostros, sus cuerpos, sus marcas, sin filtros. Allí, las madres relatan, en primera persona, su tarea, sus dolores, sus sentires, sus reflexiones en torno a la propia experiencia de matinar. Es íntima, cálida, parece brindar escucha y mirada atenta, donde hay tiempo para pensar las respuestas, reflexionar, es capaz de sostener los silencios y las emociones que aparecen. Es simple en su forma. Paralelamente a los fragmentos de las entrevistas, hay sombras chinescas y animaciones vivaces y coloridas, con una voz en off -la de la directora- que dice lo que por mandato está silenciado, representando de alguna manera la figura de la mala madre, al compartir episodios y momentos de su propia maternidad.

Como no hay maternaje sin hijxs, también hay lugar para ellxs, el hijo y la hija de la directora, que aportan su mirada y reflexión respecto de lo que es y hace una madre, en este caso, la suya propia; y con ellxs aparecen los colores. El humor también tiene su lugar, conjugando una película profunda y por momentos también divertida, a la vez que posibilita identificaciones, abre preguntas, invita a la reflexión e interpela.

2.3. Significados sobre la maternidad en el documental

Atentas a los objetivos que guían el presente trabajo, pasaremos ahora a analizar las intervenciones volcadas en el documental a la luz de cada uno de los objetivos específicos construidos. En este sentido, iniciaremos por describir y analizar aquellos emergentes que se vinculan con la idea de ser una “buena madre”; para continuar por los que refieren a su contracara, es decir, ser “mala madre”; finalizando con las confluencias entre maternidad y feminismos que allí se ensayan. A los fines de respetar el orden dado por la directora a los testimonios que componen el documental, en los subapartados que siguen, las voces de las mujeres -referenciadas con números para distinguir su diversidad- serán repuestas respetando este orden de aparición en la película.

2.3.1. Significados sobre ser una buena madre

Directora (voz en off): *“en realidad cuando quedé embarazada, creía que ser una buena mamá era querer al pibe, entendés?. Y ahora pienso lo mismo. en el medio, me enrosqué”.*

La película inicia con un primer plano de una señora mayor, es una de las pocas mujeres entrevistadas de la cual sabemos su nombre (Blanca) y su edad (90 años). Es la primera entrevistada y la denominaremos mujer 1.

Directora: *“Bueno Blanca, bienvenida, te voy a preguntar qué es para vos ser una buena madre”.*

Mujer 1: Mira para abajo, cierra los ojos, se acaricia el brazo, la cara, la frente, se toma el cuello. No dice nada. Suspira.

Mujer 2 : *“Difícil respuesta. (visible emoción) Ser una buena madre...ay...no sé, no sé qué responder. Es muy difícil (lágrimas en sus ojos) ¿qué es ser buena madre? Estar con tus hijos, criarlos, cuidarlos,*

mimarlos, amarlos, educarlos... (llanto difícilmente contenido). Es lo que intento ser todos los días... una buena madre”.

El no saber qué decir ante esta pregunta es tan frecuente como el silencio y acá vuelve a suceder. Esta entrevistada está visible -y notablemente- tomada por la emoción, apenas puede contener las lágrimas (de hecho, absolutamente todas las veces que la vi, lloré con ella). Intenta encontrar palabras y aparecen verbos conformando una lista de aquello que hemos aprendido que es o hace una madre.

Mujer 3: *“Una madre que sepa entender lo que es el deseo de su hijo y pueda guiarlo en eso. Poder entender qué es lo que quiere, supongo que eso me imaginaba de una buena madre. Si bien mi hijo es muy chico todavía porque tiene un año y tres meses, pienso que a futuro yo voy a tener, o quiero, o voy a intentar tener la mirada muy atenta a esto y creo que por ahí mi madre no la ha tenido”.*

Esta madre se expresa marcando la importancia del respeto por la individualidad del hijx, al intentar “suponer” lo que una buena madre hace, en tanto otorga un lugar diferenciado, como ser separado, y se coloca en tanto madre guía, que acompaña y asiste. Es lo que todo psicoanalista espera escuchar, una madre que no tome el hijo “para sí”, que no esté a la espera de ser “completada” por él. Aquello que Ulloa (1998) describió como *miramiento*, definido como la capacidad de mirar con amoroso interés a quien se reconoce como sujeto ajeno y distinto de unx mismx. Y que junto con la empatía conforman habilidades propias de la ternura parental.

Por otra parte, es interesante la diferencia que marca respecto de lo que pensaba *antes* de ser madre y cuando se ubica en tiempo presente pareciera que lo hace “bajando pretensiones”: voy a tener - quiero - voy a intentar. Si bien su hijo es chico, la realidad ya está operando y puede reconocer que no es como creía antes de convertirse en madre. Aparece aquí también la diferencia con la propia madre, coincidente con lo escuchado en mi labor, en tantas oportunidades. La madre en el lugar de la mala madre y el intento de diferenciarse de ella: hacer lo que no hizo mi madre, no hacer lo que hizo mi madre. Al momento de convertirnos en madres, aparecen -por primera vez o se reavivan- los cuestionamientos o reclamos a nuestra propia madre. En otros casos se produce cierto acercamiento y se logra empatizar. En la relación madre hija la ambivalencia adquiere un modo casi paradigmático. Será abordado en el capítulo 3.

Directora: *¿y que sentís hacia tu mamá ahora?*

Mujer 3: (Piensa un poco, aprieta sus labios, mueve la boca para un lado, para el otro) *“bueno, creo que hizo lo que pudo y que hay cosas que las hizo muy bien y ... (se interrumpe) Amor, yo por mi mamá siento mucho amor, mucho cariño, igual que antes”.*

“Hizo lo que pudo”, es una frase hecha bastante utilizada en la actualidad, hay cosas que hizo bien, y cuando va a decir que otras no, se interrumpe y contesta la pregunta inicial sobre su sentir: amor, mucho e igual que antes (que antes que ser madre). Sus brazos están cruzados, su boca con movimientos de lado a lado, casi haciendo un esfuerzo por no decir.

Mujer 4: *Y calculo que buena madre tiene que ver con los estereotipos ahora de una madre dedicada, que me cuesta un poco, pero pongámoslo así*". Cuando intenta definir a una buena madre lo hace desde el mandato (estereotipos) no habla de sí, incluso aclara que le cuesta, denotando allí una distancia con ese "deber ser". (continúa)... *"Como pautas que hay que seguir y que tenes que hacer, y no ponerles la tele y darle la teta y no sé, miles de cosas de lo que hay que hacer, y el tiempo y la calidad del tiempo...son muchos...te bombardean de información de lo que hay que hacer y de que esas cosas que haces son buenas, que después en la práctica es tan idealizado que te sentís un horror, si le pusiste la tele, o si no le pudiste dar la teta. Yo no pude darle teta, o elegí no, no se, se dieron ambas cosas, muy poco. La semana mundial de la lactancia materna, te sentís como la peor basura del mundo y mi hija está bien y, nada, fue una decisión medio de las dos aunque ella era chiquita"*.

A través del discurso de esta entrevistada podemos observar que tiene muy claro que la buena madre constituye un estereotipo, y lo refiere como "madre dedicada", haciendo alusión lo que Sharon Hays (1998) definió como *maternidad intensiva*, modelo de crianza que exige a las mujeres disposición full-time y entrega absoluta. Una idea de dedicación en exclusividad al cuidado de lxs hijxs, que claramente se ancla en la idea de maternidad entendida como eje de la identidad femenina, y por tanto prácticas como la lactancia exclusiva, prolongada y a demanda, el apego, el colecho y la denominada crianza respetuosa, van de suyo con este modelo que lleva implícita una enorme renuncia por parte de la madre de todo aquello que no esté centrado en el cuidado integral de su descendencia. La distancia con la que ella (la entrevistada) se siente respecto de este ideal puede resumirse en *"te sentís un horror, te sentís la peor basura del mundo"*. Según Pilar Medina, Mónica Figueras y Lorena Gómez (2013), este pensamiento constituye el eje del imaginario actual de maternidad que representa un enorme desgaste físico, moral, mental y emocional, además de una gran inversión económica y un vasto saber de innumerables disciplinas que van desde la psicología hasta la nutrición. Esta construcción relativamente reciente en términos históricos, renueva los votos con la abnegación tradicional demandada a las figuras maternas y deja, por supuesto a la culpa ante los fallos, a la orden del día. Lo interesante de esta entrevistada es que de alguna manera reconoce este estado de situación, (dio la teta poco tiempo y en la semana mundial de la lactancia materna se debería o siente fatal) pero se separa, reafirma su postura de madre humana, posible; concluyendo *"y mi hija está bien"*.

Volviendo a la película, ya sobre el final, la directora propone cambiar de roles : *"te invito a cambiar. andá a donde estaba yo. Te invito a que me preguntes a mi lo que quieras"*

Entrevistada ahora entrevistadora: "Amparo, vos sos mamá?"

Directora: "yo soy mamá".

Entrevistadora: "¿Y qué es ser buena madre?"

Directora: "Creo que ser lo más ehm..."

Fín de la película.

La película inicia y termina con la pregunta sobre qué es ser buena madre. Ni la primera entrevistada, ni la directora, al final, pueden responder esa pregunta. Esto fue algo que me conmovió, justamente, porque es coincidente con lo que yo me he encontrado en los acompañamientos. Lo primero: el

silencio. ¿Cuál es el lugar del silencio?, ¿cómo lo significamos? Luego una emoción atragantada, acompañada por intentos de articular alguna palabra, intentos de decir algo, alguna palabra suelta, balbuceos. Muchas veces con palabras que enuncian casi en piloto automático lo que por mandato hemos interiorizado. Varias veces me he encontrado con ese pensamiento: “estamos en pañales” en esto de hablar con propia voz respecto del ejercicio -el nuestro- de materner, estamos apenas balbuceando.

La buena madre, cuyo prototipo es la Virgen María, configura un ideal, y en tanto tal ya ni siquiera es buena, sino perfecta. Es un mandato, y por lo tanto no es una figura con la que podamos identificarnos, incluso al estar tan idealizada no es descriptiva sino que es prescriptiva, es *lo que debe ser*. A lo mejor por eso aparecen muchas veces esos listados de verbos conjugados de maneras impersonales y con cierta distancia. Como modelo es inimitable, ni las mujeres, ni las madres llegamos a encarnar este ideal, ergo, culpa garantizada.

2.3.2. Significados sobre ser una mala madre

Mujer 3 : *“Como madres que no pueden controlar a sus hijos, como: “¿qué estás haciendo con ese pibe?”, está tirado en el medio de la calle, haciendo un escándalo...algo estás haciendo mal...*

directora: *¿y qué pensás que estaba haciendo mal?*

Mujer 3: *“No sé, qué se yo, tal vez dejarlo gritar o tal vez pensar que, no sé, que por ahí el pibe estaba haciendo ese escándalo porque no le daban bola... o porque estaba queriendo llamar la atención”...Hace una pausa y empieza a hablar de su propio hijx: “Ahora está empezando, bah, ya hace tiempo que camina, pero ahora está empezando a querer caminar solo por la calle, y no quiere que yo le de la mano, quiere ir solo. Entonces yo lo obligo a que me de la mano, y él grita y se tira al piso” (se ríe, se da cuenta...). “Como esas mujeres que veía antes...ehm, si. Si, ahora yo soy una de esas”.*

Esto es algo que, acompañando madres, escuché mucho, y también lo pude observar en mí. Hay ideas previas de lo que es ser una madre, fantasías respecto de cómo una misma sería, qué cosas haría o no. El ideal que nos habita. Y ciertamente hay mucha distancia entre esas nociones previas y lo que ocurre en el real ejercicio del maternaje. Son altamente frecuentes los comentarios al estilo de esta entrevistada: “Sí, ahora soy una de esas”, “Hice lo que me juré que no iba a hacer”.

Mujer 2: *“Cómo reacciono, cómo no me gustaría reaccionar, ante el agotamiento muchas veces, Con amigas decimos que empiezan a salir los pelos, sale el monstruo más temido. Es difícil ser calmo, tener paciencia cuando a veces uno está agotado en esta rutina de criar a hijos, que tiene cosas muy bellas, la verdad, tiene más cosas bellas que malas, pero a veces pasa, aparece ese monstruo, que no, que no es nada grato”.*

Este relato, desde el inicio estuvo acompañado por mucha emoción (angustia), voz entrecortada, lágrimas, podemos observar cierta vergüenza y culpa. Reconocer la propia violencia hacia lxs hijxs, el estallido, esto sí es más nuevo. La temática de la ira y la violencia será trabajada en el siguiente

capítulo. En este relato, aparece mayor distancia en la enunciación, esto pasa en varias de las entrevistadas (“es difícil *ser calmo, uno* está agotado”). Además, usa el genérico masculino “uno”, no dice “una”, tampoco “yo” o “para mí”. En este mismo sentido otras hablan en tercera persona, para luego sí, implicarse, denotando cierta distancia e incluso escisión, con un estilo más despersonalizado, probablemente indicando algún mecanismo que colabore a no conectar con lo incómodo y doloroso.

Mujer 3: “Y, una madre que abandona a su hijo, para mi, es algo que a mi me cuesta entender; o sea, ponerme en la cabeza de una persona que abandona a su hijo...no. No...”

La madre que abandona: clásica y rápidamente identificable como mala madre. Resulta inentendible e imperdonable. Esto es bien diferente a lo que acontece con un padre. Un padre que abandona y en algún momento regresa y retoma el contacto -esto también lo he visto muchas veces acompañando- incluso se le agradece mucho. Pero a una madre que abandona no se la perdona, me atrevería a decir que, jamás. La psicoanalista francesa Christiane Olivier (1984) en su libro “Los hijos de Yocasta”, comenta en relación a la figura del padre que éste siempre es alguien que amenaza con ausentarse, lo cual le otorga un gran poder y a él hay que obedecerle, e incluso seducirle. A la madre, en cambio, se la evalúa y valora por el hecho de que siempre está ahí, siempre disponible. Por supuesto que hay más padres que abandonan y es raro que se los condene. Ahí parece que no está tan mal.

Abandonar a su hijo, no, continúa: “Levantarme e irme, alejarme unos metros, si. No irme, irme....aunque a veces sí pienso en hacer una valija e irme (se sonríe) pero es parte de la cuestión. Porque criar un hijo es algo muy duro, es muy difícil. Es algo agri dulce, digamos, es muy lindo por momentos, pero por otros, no tanto”. La entrevistada sigue, revisa, recalcula. Irse, no, para siempre no; pero un rato, si. Fantasear con irse, si, claro. Decir “me quiero ir”, si. Decirlo para no hacerlo. Criar es difícil, es hermoso y es duro también, agri dulce dice ella. Ambivalente, recordamos nosotras.

2.3.3. Articulación maternidad y feminismos (en el documental)

El documental está escrito y dirigido por una mujer, madre, argentina y feminista. Esto queda claro ya con el nombre elegido para la película. Pero no solamente. “*De golpe reconozco la potencia del patriarcado sobre nosotras. El poder de mi hijita bebida chiquita. Entiendo que aun siendo la norma, blanca, clase media, heterosexual, tengo mucho por qué pelear. Por las noches mis dedos castigan con furia el teclado de la computadora. Escribo enojada con mis hermanas feministas: ¿es que no vamos a pensar en las madres con deseos?*”, para continuar expresando su necesidad de irse, de estar sola, sin nadie a cargo más que ella misma. Por ser una de las grandes recurrencias ubicadas en el audiovisual, en los acompañamientos y en la propia experiencia (la necesidad de soledad) será retomada en el siguiente capítulo.

¿Es que no vamos a pensar en las madres con deseos?, se implica e incluye en el reclamo como feminista y madre que es: pensemos juntas - hagamos juntas. La maternidad no estaba en la agenda feminista, expresa Marta Dillon (mujer 5), idea con la que concordamos, y agrega: “*Me parece que la maternidad es una tarea más que una identidad*” y destaca, allí, algo que también hemos mencionado en el presente trabajo y es justamente la importancia vital que han tenido las feministas académicas al

desmontar la naturalización de la madre en nosotras, las mujeres; y que ser mujeres no implica a modo de sinónimo *ser* madre. Es un rol, una tarea, y que tampoco es para con el mundo sino para con quienes maternamos, en tal caso, nuestros hijxs. Cuando se trata de deseos -también entendido como anhelos, proyectos, intereses, gustos- pareciese que existe un monopolio desiderativo en el caso de las mujeres (más aún si ya son madres) y es el deseo maternal que se impone por sobre cualquier otro. Mabel Burín (1987) menciona en este sentido que el deseo maternal al configurarse como deseo femenino por excelencia, deviene normalización, y resulta en una particular forma de opresión hacia las mujeres, ya que actúa de manera tal que deja por fuera otros deseos posibles que son desestimados como legítimos, a la par que se generan escollos que obstaculizan la realización de los mismos.

En este sentido, confirmando a Burín, la directora mediante voz en off, comenta en un momento de la película *“me parecía que tener deseos propios, imaginar una vida con cierta libertad y frescura e independencia, fundamentalmente era incompatible con poder ejercer una buena maternidad”*. Ideas de libertad e independencia, como hemos visto, están alineadas bajo el polo mala madre. Además, aún hoy, resuenan las voces denunciantes de la opresión causada por la maternidad, propio de la segunda ola del feminismo, que leídas a modo extremo, lamentablemente, se comprenden como “antimaternal”. Dillon (mujer 5) tiende una mano al recordar que *“el feminismo lo que hace es darte herramientas para pensarte en tanto mujer, en tanto feminista, en tanto lesbiana si querés. Con deseos propios, con un núcleo duro de egoísmo que todas las personas tenemos que sostener para seguir siendo quienes somos, más allá de que tengas hijos o no tengas hijos”*.

Según Badinter (2011), las mujeres actuales de nuestra sociedad, postmoderna y capitalista tienen tres posibilidades de enfrentarse a la maternidad: *adherirse, negarse o negociar*, dependiendo si prioriza sus intereses personales o su función maternal. Cuanto más intensa es esta última, incluso exclusiva, más posibilidad tiene de entrar en conflicto con otras reivindicaciones y más difícil deviene la negociación entre la mujer y la madre.

Vamos de nuevo: Maternidad como tarea, decíamos, con deseos propios, variados, otros. Posibles, realizables. La directora, nos comparte la definición desde “su” feminismo, movimiento en el que se encuentra profundamente implicada. *“Para el feminismo la maternidad es una tarea, no una identidad. Para mi feminismo, la maternidad es una trinchera²⁹”*.

Si bien esto es más incipiente, trabajos, como *¿Dónde está mi tribu?* de Carolina Del Olmo (2013), apuntan a esta parte largamente desatendida por los feminismos, poniendo en valor la diversidad de las experiencias maternas y los modos de crianzas, recuperando y señalando la necesidad de la tribu solidaria y colaboradora para no criar solas y poder ser madres a la vez que otras cosas. Apuntando asimismo, a una reivindicación de una maternidad no patriarcal, de una madre con mayor agencialidad y donde el vínculo madre-bebé resiste a las formas de opresión del patriarcado y el capitalismo, que

²⁹ Trinchera; lucha, palabras que enlazan a los feminismos con un léxico guerrero y beligerante. Señalando lugares de opresión, de sumisión y por supuesto constituyendo críticas al poder y a las hegemonías. Trinchera desde donde resistir, lucha como insistencia de visibilización, desnaturalizando lugares devaluados y reclamo de unas existencias vivibles, dignas y deseantes.

configuran una amenaza para el reconocimiento social de la vulnerabilidad e interdependencia de todos.

CAPÍTULO 3

RECOGIENDO RECURRENCIAS EN LAS EXPERIENCIAS MATERNAS DEL DOCUMENTAL MALAMADRE

TODA MALAMADRE SUEÑA
CON UN RATITO DE SOLEDAD...



signs of the island being brought back to life anyway, I h

Este capítulo concentra lo que entendemos es nuestro principal aporte en el marco del trabajo emprendido. Aquí revisaremos los hallazgos obtenidos a la luz de los objetivos específicos propuestos, para desagregar analíticamente los emergentes recogidos. En este sentido, ordenaremos nuestra exposición en algunos ejes que han sido transversales en las voces de las mujeres entrevistadas en el documental; con el agregado de pensarlos en tanto puntos de convergencia de las experiencias maternantes, pero no como un corpus homogéneo, dado que no hay una única forma de aproximarse a ellos y porque alojan, incluso, aparentes contradicciones.

3.1. En torno al trabajo

La relación mujer-madre/trabajo es un eje bastante explorado desde las ciencias sociales y también desde los feminismos. De acuerdo con Federici (2010), la transición del sistema feudal al capitalismo en Europa implicó simultáneamente la apropiación de las tierras comunales y la relegación de las mujeres al espacio doméstico, procesos ambos fundamentales para el desarrollo de la acumulación originaria del capitalismo (véase el apartado 1.2.1, pp. 17-21). En este sentido, la expropiación de los saberes femeninos sobre el control de los nacimientos y la persecución de toda práctica abortiva convirtió a la maternidad en una especie de trabajo forzado. La mujer habría sido definida como un *no trabajador*, según Federici (2010), circunscrita exclusivamente al ámbito doméstico y a las labores vinculadas con la reproducción social de la vida, que devinieron en una suerte de bien común o recurso de la naturaleza implícito en la condición femenina y, por lo tanto, fuera de las relaciones de mercado.

Ahora bien, teniendo en cuenta las expresiones vertidas por las mujeres entrevistadas en el documental, dada su condición de madres, se abre el juego, al menos, hacia dos polos: trabajo de cuidado doméstico, (invisibilizado y sin remuneración) y trabajo remunerado fuera de casa. No desconocemos que mayormente ocurren los dos a la vez, es decir, doble jornada por un solo sueldo con todo lo que eso implica. Sin riesgo a exagerar, podríamos decir que todas las mujeres que han devenido madres, incluso de diferentes generaciones, tienen -tenemos- introyectado el ideal de género que indica que a los hijxs no hay quien los cuide y crie nadie mejor que nosotras³⁰. Esta es la base desde la que partimos. Para algunas entonces, por mandato, por deseo, por ganas, o por culpa, aunque quisieran quedarse con sus hijxs, les tienen que dejar para ir a trabajar. El trabajo como necesidad, obligación y sustento. No hay opción. En la película esta posición la vemos reflejada en la mujer 10 quien expresa: *“Yo pienso que a toda madre nos gustaría estar la mayoría del tiempo con sus hijos. Pero como está la situación ahora, somos miles de mujeres que salimos a trabajar, (...) ella tenía un mes y yo ya salí a trabajar. Y estaba trabajando, y los pechos me chorreaban de leche, y yo sentía que mi hija me necesitaba a mí, porque sentía que ella estaba llorando”*. La directora le pregunta: *¿Y cuando volvías como estaba?*, *“Llorando pobrecita, mi bebé, como que me extrañaba y se calmaba”*, contesta la entrevistada. La directora, agrega a contrapunto, *“y a la vez cuando yo me quedaba, cuando*

³⁰ Incluso las que estamos atravesadas por discursos feministas, lo cual agrega mayor complejidad y conflicto.

me quedé más tiempo con mis hijos, sentí que me iba a volver medio loca, que me pasaba la vida cambiando pañales, chorreando leche, que cuando me daba vuelta estaba vomitada”.

En este ida y vuelta, observamos que el trabajo también puede convertirse en eso que ayuda a “descansar” de la omnipresencia de la tarea materna, a irse por unas horas, a cansarse pero de otras cosas. La tarea doméstica, mucho más que décadas pasadas, deviene en un rol poco prestigioso, y al no producir bienes objetivos en nuestra cultura, muchas veces entra en contradicción con ese amplio sector de la población femenina que ha desarrollado expectativas educativas y laborales, más allá del trabajo doméstico (Burín, 1987). Este dilema, irse con culpa a trabajar y/o quedarse al cuidado de lxs hijxs y agotarse en la tarea, en el documental está representado en dos mujeres diferentes, pero muchas veces ocurre lo mismo en una sola persona, sobre todo cuando se trata en un puerperio temprano, los primeros meses de vida del recién nacidx. Hay ambivalencia, resuelva lo que resuelva. Hay días, hay momentos, las noches no son siempre las mismas, nosotras tampoco. Por otra parte, las licencias por maternidad -en caso de tener un trabajo formal- terminan entre los cuarenta y cinco días del bebé y en el mejor de los casos a los tres meses. La voz en off de la directora expresa, *“vuelvo a trabajar. Tengo que actuar todo el tiempo como si no fuera madre. Nadie debe notar la diferencia, Esto no es una pipa. Esto no es una teta. Esto no es un bebé”.*

Podemos suponer cierta pugna entre diferentes modalidades de construcción subjetiva, al decir de Tajer (2022) que confluyen en la misma persona, donde el ideal del trabajo coexiste con el de la maternidad. Estos sistemas de ideales, en un punto, antagónicos, implican cierto malestar al intentar sostener ambos. La alianza capitalismo patriarcado y sus efectos en nuestras vidas, entre otras cosas implica que al igual que en la esfera privada de lo doméstico, las exigencias en la esfera pública sean altas. Hay que producir, igual que antes, en realidad bastante más que antes, (la brecha salarial en la maternidad se profundiza), debido a que la temprana infancia es una etapa larga en la cual o cuidamos nosotras o pagamos a otras para que lo hagan. La cuestión de clase en esto es determinante/condicionante, además de cruel. La “mujer 8” -madre adoptante de Lucas- es clara y sensible al respecto:

“¿Qué estamos haciendo? Saliendo a producir qué, para quién, dejando a tu hijo con quien, que a su vez deja a su hijo con... Se me eriza la piel, mirá, a mí me cuida a Lucas, Daiana, que a su vez tiene tres hijos que los cría sola, que los deja con su mamá, entonces todas dejamos a los hijos en cadena, digamos. ¿Qué está pasando? ¿Por qué Daiana no puede criar a sus hijos y yo no puedo criar al mío y nos dejamos de joder, no? Cuanto más tengo que trabajar para pagarle un poco más a Daiana para que pueda bancar a sus hijos? Osea, es un sistema infame”. El comentado trabajo de Del Olmo (2013), señala este punto de discordancia entre quienes sostienen la necesidad como madres de ejercer los cuidados, en este sistema capitalista que lo obstaculiza.

Compaginar maternidad y empleo es una tarea difícil, una más a resolver. Según Murillo de la Vega (como se cita en Fernández Pujana, 2014), “cualquiera de las decisiones que tome, en un sentido o en otro, dará origen a un conflicto de lealtades, como madre o como persona autónoma, activa” (p.35).

En lo anteriormente comentado, se evidencia que es un tema espinoso y que cada mujer maternante hará lo que “buenamente” pueda o decida, cuando hay margen para decidir. El discurso hegemónico del ideal de la buena madre indica que la madre es la que mejor cuida y que debiera hacerlo encantada y sintiéndose plena y feliz. El de la madre moderna y más aún postmoderna, agrega que una buena madre es también trabajadora, y por supuesto exitosa en el desempeño de ambos roles. Los discursos *malamadre* habilitan expresar que esto no es sin conflicto, no es sin ambivalencia y no es sin agotamiento. El discurso que me interesa es aquel que nos habilite a sentir y expresarnos en este mismo sentido, pero sin nombrarnos de ese modo.

Otro tópico bastante explorado por parte de los feminismos académicos y también en los trabajos integradores finales de nuestra casa de estudios es lo relativo a los partos, fundamentalmente para referirse a las situaciones de violencia obstétrica y vulneración de derechos. En virtud de lo antes dicho, intentaremos realizar una reflexión global de lo que las entrevistadas refieren respecto de esta temática, ineludible cuando de maternidad se trata.

3.2. En torno al parto

Las tres entrevistadas que cuentan sus experiencias de parto, refieren a situaciones que enmarcan en lo estipulado en el Artículo 6, Inciso e) de la Ley N° 26.485/09³¹, que define a la violencia obstétrica como aquella que ejerce el personal de salud sobre el cuerpo y los procesos reproductivos de las mujeres, expresada en un *trato deshumanizado*, un *abuso de medicalización* y *patologización de los procesos naturales*, de conformidad con la Ley 25.929/04.

La “mujer 5” refiere “*no tenía en ese mismo momento la consciencia de lo que significa que te aten las piernas y otra vez me volvieron a acostar, que era lo que yo no quería, (...) me la dieron un ratito (a su hija), pero muy cortito y me encajaron un rivotril porque evidentemente no me aguantaban más y me dormí, lo cual es una violencia espantosa, sobre todo para la recién nacida, que te anulen así, o sea, nos separaron toda la noche*”. Consideramos que estos relatos de partos que refieren abusos, vejaciones, crueldad, trato deshumanizado, medicalización excesiva e innecesaria, en fin, violencia obstétrica, son la inmensa mayoría. Casi todas las mujeres la han padecido en alguna medida, más allá de reparar en ello, en el momento o no, como lo expresa la “mujer 6”: “*cuando empecé a acordarme de lo que había sido el parto ese (refiriéndose al primer parto), empecé a ver que no había estado tan bueno, en realidad, aunque yo lo haya vivido bien*”. Esto sucede mucho, debido a la desinformación con la que muchas veces se llega al primer parto y asimismo a la naturalización del maltrato cuando viene de la mano de los agentes de salud, a quienes se les supone un saber.

El parto requiere ciertas condiciones de intimidad, confianza, que la mujer se sienta segura, en un entorno cálido, con luces bajas y las palabras justas, para que en tanto proceso fisiológico que es, se desarrolle sin obstáculos. Este proceso es comandado por hormonas y estas a su vez están dirigidas por una zona de nuestro cerebro -la más arcaica - que compartimos con otras mamíferas. Es importante

³¹ Ley de Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales.

que no sentimos frío, ni miedo. Nosotras, humanas, además tenemos el neocórtex cerebral desarrollado, nuestro cerebro “intelectual”, el cual debe estar lo más en reposo posible (al neocórtex lo activa por ejemplo, las preguntas, -el lenguaje- y las luces). Como seres de la cultura, hemos crecido escuchando relatos de partos, probablemente el de nuestra madre, el nuestro propio y de muchas personas desconocidas, por supuesto también hemos visto películas que lo representan y en general lo que abunda tiene que ver con situaciones de dolor, sufrimiento y miedo.

Durante la caza de brujas, (siglos XV-XVII) se persiguieron y asesinaron a muchas mujeres, entre ellas parteras, curanderas, herbolarias, precisamente debido a su conocimiento y sabiduría respecto del cuerpo, el placer y la sexualidad femenina, la fertilidad, la anticoncepción, etc. Federici (2004) manifiesta que la erradicación de las parteras y curanderas fue esencial para imponer la autoridad masculina sobre el cuerpo de las mujeres y para medicalizar la reproducción. Vandana Shiva (1988) agrega que la ciencia moderna se fundó sobre la destrucción de los saberes tradicionales, muchos de ellos sostenidos por mujeres. La caza de brujas en Europa fue la antesala de la colonización epistémica del cuerpo y la naturaleza. Así es que en el contexto de surgimiento de la ciencia moderna, *la medicalización de la vida social*, implicó entre otras cosas, que valores y parámetros propios de la medicina intervengan y controlen aspectos y procesos de la vida de las personas, con la concomitante institucionalización de los partos. Podemos constatar que el embarazo y el parto son, actualmente y desde hace muchos años, dos eventos muy intervenidos por la cultura y por la medicina, tratados casi a modo de “enfermedad” a pesar de ser procesos del orden de la salud “normal” -a falta de mejor palabra- y del orden de nuestra sexualidad, hecho que vale recordar porque se ha hecho mucho para invisibilizar y negar esto, a tal punto que nuestro útero pareciese no ser parte de nuestro cuerpo, debido a que se ha tornado un espacio “público”, plagado de opiniones, juicios y debates.

Davis Floyd (2001) distingue tres modelos de atención de los cuidados sanitarios que afectan particularmente a las sociedades occidentales: el tecnocrático, el humanista y el holístico.

“El modelo tecnocrático subraya la separación entre mente y cuerpo y ve el cuerpo como una máquina; el modelo humanista subraya la conexión entre mente y cuerpo y define el cuerpo como un organismo; el modelo holístico insiste en la unidad de cuerpo, mente y espíritu y define el cuerpo como un campo de energía en interacción constante con otros campos de energía” (p.1).

La atención al parto que aparece en los relatos de las entrevistadas, claramente, podemos ubicarla en el modelo tecnocrático (Floyd, 2001) que concibe al cuerpo como una máquina, dejando por fuera fenómenos como la emocionalidad, la propia biografía, el contexto social, y todo lo que hace humana a la persona en cuestión, además que por supuesto mantiene la escisión mente-cuerpo. Así las cosas, el hospital se convirtió en la fábrica, el cuerpo materno en la máquina y el bebé en el producto de fabricación industrial. Así las cosas, la parturienta deviene paciente, como paciente es considerada un objeto/máquina, sus opiniones y sentires no son válidos, no considerada apta para participar de las conversaciones ni decisiones que le incumben, pues es la protagonista, o debiera serlo. Lo importante es el producto, sacar un bebe con vida, en lo posible sano, no importa a qué costos para la subjetividad materna. “Bajo el patriarcado es característico que la vida del hijo se prefiera a la de la madre” (Rich, 1976, p.230). En los casos como los que comentan las entrevistadas, suele haber uso y abuso de

tecnología, a los fines de “controlar” desde afuera lo que sucede dentro de un cuerpo/máquina considerado como defectuoso, puesto que es femenino. El cuerpo materno y el del recién nacido son generalmente expuestos a rutinas³² y protocolos, mayormente desaconsejados por innecesarios y iatrogénicos.

Mujer 7: *“En ese momento me dicen que me van a llevar al quirófano porque como tenía una cesárea previa, cualquier cosa que pasara me la sacaban por arriba, me decían. (...) cuando llego al quirófano, estaba toda la cesárea preparada ya”. Embarazada con dilatación completa, con una cesárea previa, donde lo aconsejado con sobrada evidencia científica es intentar un parto vaginal y le arrebatán esa posibilidad a último momento, sin motivos, continúa, “me empezaron a agarrar a la fuerza, para decirme que sí, que la cesárea era para mí, que no iba a tener un parto natural, me ataron para poder darme la epidural (...) Hasta ese momento no estaba Dani, mi compañero ni Silvia, la partera que yo había pedido que ellos dos estuvieran conmigo. Ahí lo hacen entrar a Dani y me empiezan a hacer la cesárea. Sale Amanda, me la ponen conmigo, se la llevan y empiezan todos, mucho alboroto y empiezan a decir “llamen a un urólogo de urgencia, llamen a un urólogo de urgencia!”, quedé ahí, sola, en el quirófano. Mucho frío y mucho miedo porque nadie me había dicho que era lo que me había pasado, si tenía solución. Yo recuerdo ese momento como... nunca había sentido tanto miedo en mi vida, me muero, dije, ya está, empecé a gritar, que alguien venga y me diga que es lo que me estaba pasando y ahí me cuentan que me habían cortado la vejiga y que no podían continuar hasta que no llegue el urólogo y no se pueda suturar. Que me quede tranquila, que no iba a pasar nada, que llegaba, lo suturaba y listo”.*

El relato de la “mujer 7”, resulta muy doloroso, por haber sufrido violencia, por el nivel de desamparo que atravesó cuando se desoyeron sus pedidos, se vulneraron sus derechos y por supuesto que hubo abuso de poder como forma de ejemplificar quien tiene el poder y quien está a cargo de ella, de su cuerpo y de sus hijos.

Claramente no se tuvieron en cuenta recomendaciones a nivel de la O.M.S que datan de la década del ochenta (los activismos en pos del respeto a las mujeres y a los niñxs no son nuevos, ni una moda) ni de la maravillosa Ley N° 25.929/04, conocida como Ley de Parto Respetado. Además hubo mala praxis.

Cuando solo se tienen en cuenta aspectos físicos, al modo máquina, y no se atienden otros aspectos, seguramente vamos a estar en presencia de violencia obstétrica, y lamentablemente sigue sucediendo mucho. Creemos que hace falta aportar y acercar otros relatos y referencias, mujeres protagonistas, tomando decisiones, acompañadas, en intimidad, en un ambiente cuidado y adecuado. Para esto se viene trabajando fuertemente desde los activismos por el parto y nacimiento respetado y desde nuestra disciplina, a partir de la denominada salud mental perinatal (referencias de ello son los trabajos de María Fernanda González, 2019; 2020). Se ha avanzado mucho, cada vez más mujeres toman las riendas, buscando información, conectando con profesionales de la salud empaticxs, sensibles,

³² Inducción, conducción para apurar partos y nacimientos, episiotomías de rutina, rotura artificial de la bolsa, cesáreas innecesarias, por nombrar algunas de las más frecuentes.

actualizadxs en sus formaciones académicas, interesadas en las prácticas del denominado parto humanizado/respetado.

Si bien no aparece así descrito en el documental, nos interesa cerrar este apartado comentando lo que mayormente hemos interiorizado las mujeres: El parto vaginal es de buena madre. Si es un parto rápido (“dos pujos y salió”) y sin anestesia, mejor aún. Una buena madre da la teta, es importante que la lactancia se desarrolle fácilmente (“se prendió enseguida”) y que por supuesto, como ya comentamos sea a demanda (cada vez que pide) y prolongada, a mayor tiempo, mejor madre (más de seis meses y hasta los dos o tres años aproximadamente). La cesárea, en cambio, es de mala madre. Lo mismo ocurre con padecer alguna enfermedad durante la gestación. (diabetes gestacional, presión, alergias, a veces las náuseas también entran en esta categoría).

Dos días antes que mi hijo naciera, tuve un brote de lo que diagnosticaron aproximadamente como rubéola. Me admitieron en el hospital de infecciosos, a fin de aguardar allí el comienzo del parto. Por primera vez sentía un miedo consciente, y culpa ante mi hijo aún no nacido por haberle *fallado* con mi cuerpo de aquella manera (Rich, A. 1976, p.70).

3.3. En torno a la soledad

*Una soledad de habitaciones vacías
en compañía de una criatura que aún no habla,
con un montón de tareas minúsculas y dispersas como único objetivo.
No me acostumbraba.
En aquel interior confortable, menudas dificultades,
vaya triunfos, no estropear la mayonesa
o hacer reír al Renacuajo cuando lloraba.
(J. Lazarre)*

Las madres suelen pasar mucho tiempo solas al cuidado del hijx, más aún cuando es bebé, durante el puerperio temprano, aunque no solamente, y más allá que esté en pareja o no. Esta soledad -que podemos denominar fáctica, objetivable, observable- también ha sido algo que la mayoría de madres que he acompañado douleando la han manifestado, no sin pesar.

En el documental, la “mujer 8”, madre adoptante de Lucas, refiere con relación a este punto: *“Toda aquella cantidad de gente que estaba tan copada, cantidad me refiero al círculo íntimo de amigos, que estaba tan copada con el plan, tan alentando y no se que, “fu” (sonido y gesto que indica que algo desaparece mágica y sorpresivamente)... fade, (...) hay gente que viene, visita y todo, pero no es aquel plan conjunto, yo tampoco pensaba que iba a ser un kibutz y lo íbamos a criar entre todos, pero pensé que por lo menos la gente se iba a copar más en forma presencial. Pasamos mucho tiempo los dos solos, esa es la verdad, y esa parte de la maternidad es como recontra agobiante”*.

Carolina Del Olmo (2013) plantea que, por millones de años, la crianza y los cuidados estuvieron sostenidos por la tribu, que se hacía cargo de manera colectiva y cooperativa de lxs niñxs -de txdxs ellxs- y no solo de los propios, de modo tal que las madres, además de ejercer como tal, también se dedicaban a tareas de distinta índole. En nuestra actualidad, el capitalismo y la economía de mercado sobre los que se erige el entramado social, funcionan negando o invisibilizando, por irreconciliables, la crianza y los cuidados de las personas. Las madres, hoy, se encuentran solas, más que nunca, frente

a la tarea de criar a sus hijxs. La autora califica a esta maternidad individualista como una rareza humana, una anomalía histórica.

“Sola y demandada por los hijos. No hay contradicción en ello. Pienso esto envuelta en la densidad nocturna, que en el momento se presenta como un hallazgo extraordinario, y seguramente me lo voy a olvidar a la mañana” (Bourband, 2017, p.28).

“Una soledad difícil de abordar, que se hace presente como un agujero negro, y por suerte no me llevó a la locura, -dice la “mujer 11”- pero sí sentí a la maternidad como un agujero, como una soledad muy grande, muy profunda. Una desconexión entre mi persona y lo que estaba siendo, entre quien era y lo que estaba siendo. Y no se llegaba, no llegaba a saber donde era la parte de arriba, cuando ibas a salir del agujero, yo no llegaba a verlo. Pero siempre traté de buscar herramientas, o ponerme en contacto con otras mujeres que sean madres, porque en ese momento ninguna de mis amigas era mamá y estaba bastante sola en las primeras experiencias de ser madre, de estar sola con un hijo”.

La maternidad como un “agujero negro”. Este relato habla de una soledad más densa, oscura y profunda, podemos pensar incluso en un estado depresivo por cómo lo describe y esa desconexión de sí misma. Pero sólo es una suposición y no ahondaremos allí. Pero es importante mencionar que los estados depresivos son altamente frecuentes en la maternidad³³. La mujer entrevistada, agrega, en concordancia con Del Olmo (2013) *“siempre traté de buscar herramientas, o ponerme en contacto con otras mujeres que sean madres”*. Y es que como madres, tenemos la imperiosa necesidad de recuperar el sentido de tribu.

Nos interesa considerar a la soledad, ahora ya no desde su cara objetivable, como mencionamos anteriormente, sino otra, más sutil, pero no por eso menos padecida. Laura Freixas (2016) señala la inexistencia de madres simbólicas en nuestra sociedad y sus implicancias. A las mujeres nos falta una genealogía legitimadora, madres simbólicas que nos permitan dialogar con su biografía, su ejemplo, sus obras y reflexiones. Necesitamos referentes, pero concretamente referentes femeninos. Ella, y otras autoras como Rich (1976), expresan que hay sentimientos de soledad, porque hay ausencia de relato. “Siempre hemos sido al menos la mitad, y hoy formamos la mayoría de la especie humana; sin embargo, en los relatos que han quedado escritos, apenas podemos encontrarnos representadas” (p.137). Las mujeres vivimos como algo personal, individual y en soledad, problemas que en realidad son sociales, que afectan al colectivo, que tienen causas y consecuencias económicas, laborales, etc. Pero lo vivimos de forma aislada. Ambas, enuncian desde su lugar de mujeres, madres y escritoras, y destacan que la maternidad como tema ha estado prácticamente ausente en la cultura, lo cual ha ido cambiando, evidentemente. No obstante, persiste una desigualdad en tanto hay unas experiencias y unos puntos de vista que están sobrerrepresentados (los de los hombres) y otras experiencias y opiniones que están infrarepresentadas, que son las de las mujeres (Freixas, 2016). Ellas hablan de la experiencia de la maternidad en la literatura y nosotras consideramos que es bien semejante a lo que ocurre cuando atravesamos la propia experiencia de ser madres. Esa idea de que estamos solas, de

³³ Mabel Burín (2010), señala que los estados depresivos son los modos paradigmáticos de expresar el malestar en las mujeres de las últimas décadas, y puntualmente en la maternidad como forma de protesta silenciosa ante los imperativos de género que exigen entrega y renuncia..

sentirnos solas y aisladas, sin huellas o referencias que nos sirvan. En este punto, ver y escuchar a otras mujeres que han vivido o viven conflictos similares, es algo de mucha ayuda.

A contrapunto de ese padecimiento respecto de maternar en soledad, frecuentemente las madres expresan la necesidad, el deseo, de estar solas. Esto no es contradictorio en absoluto, “es parte de la cuestión”, como dice la mujer 3 -a propósito de la madre que abandona y es considerada mala madre- *“alejarme unos metros, no irme, irme...aunque a veces si pienso en hacer una valija e irme (se sonríe) pero es parte de la cuestión”*.

En la película, la directora -voz en off- expresa *“Una necesidad voraz se apodera de mi: un poco de soledad. Fantaseo con irme a algún lugar con caballos y cabalgar. Nadie a mi alrededor. Nada que hacer con mis brazos y mis piernas más que llevarme a mi misma”*. Recuerdo frases tantas veces escuchadas: tiempo y espacio para mí... recuperar algo de lo mío...volver a conectar conmigo.

“A veces, creo yo que porque yo soy solitaria, también los he dejado solos. Y siempre tengo esa sensación de que tal vez cuando sean grandes tenga que pedirles perdón porque a veces yo quería estar sola. Eso”, comenta la “mujer 9”, con un tono apesadumbrado, casi a modo de confesión de quien hizo o sintió algo indebido.

Se dona, se da, se entrega cuerpo, emocionalidad, tiempo. Después no se sabe muy bien cómo se recupera algo, una parte más no sea. Esto no es sin sentimiento de culpa, por supuesto, al punto que una madre sienta que debe pedir perdón por querer estar sola. Si el mandato de la buena madre que tan interiorizado tenemos en tanto *ideales de género tradicionales* indica que debemos estar 24/7 con lxs hijxs, sintiéndonos plenas a cada minuto, estando subjetivadas en tanto “ser para otrxs”, evidentemente, querer algo *para sí*, querer conectar con una misma, reclamar algo del orden del espacio o tiempo propio, entra en conflicto con nuestro narcisismo de género, diría Emilce Dio Bleichmar (1984). La autora toma como clave para la comprensión de la subjetividad femenina la vertiente narcisista, en lo que se refiere a la estima de sí. Su enfoque se focaliza en la intrasubjetividad, pero atento a que la autoestima deriva en buena medida del reconocimiento del semejante, también se relaciona con la dimensión interpersonal, por tanto, también es visto y juzgado negativamente por el afuera, lo cual se refleja en la frase de la directora, *“propongo tomarme unos días sola. A la cofradía no le gusta la idea”*.

3.4. En torno a la demanda

Varias entrevistadas mencionaron lo *duro, difícil y agridulce* del ejercicio materno, fundamentalmente en los primeros meses de vida del hijx. La alta demanda, el no saber bien cómo responderla, en algunas ocasiones donde se hace todo y sin embargo el llanto no cesa. La mujer 5, es clara en su exposición: *“Me acuerdo una escena en particular donde ella era bebé y lloraba sin parar, muy chiquitita era, recién nacida, y yo caminaba en círculo por la habitación, sin saber qué hacer, más que sostenerla y con ganas de arrojarla por el balcón... y arrojarme atrás por supuesto. Esas escenas eran, bueno, esa escena me acuerdo de mucha desesperación y de encontrarte con estos sentimientos que no están habilitados en la maternidad, no? Que es la rabia, la desesperación, la impotencia. Eso*

de sentir que tenés un bicho ahí que está demandando algo que no sabes de qué se trata, que es. Cuando en el parto, el cuerpo segrega sus propios analgésicos y sus propias sustancias que hacen que atrás del dolor venga el alivio y en general una cuando recuerda el parto no recuerda tanto el dolor, el dolor no lo recordas epidérmicamente, sabés que te dolió pero lo olvidas. Me parece que lo mismo pasa, por lo menos a mí me pasa con la maternidad, digamos, que las partes más amargas o más complicadas están cubiertas por un manto de amnesia, que se agradece (risas) para poder amar a tus hijos, no?”.

Adrienne Rich (1976) expresa que “el amor materno debe ser constante, incondicional. El amor y la cólera son incompatibles. La cólera de la madre amenaza la institución de la maternidad” (p.93). Pero quienes maternamos bien sabemos, gracias a su esclarecedora distinción que la maternidad en tanto *experiencia*, desborda a la maternidad *institución* con sus prescripciones y prohibiciones. Asumimos deliberadamente que así nos sucede, asumimos también con cierto alivio esa posibilidad de “encajar” que habilita la propuesta richiana de la experiencia. Y, asumimos finalmente, el cansancio, la impotencia y la ambivalencia. Aunque cueste.

La “mujer 2”, al ser consultada sobre las significaciones atribuidas a la mala madre (mencionado oportunamente en el apartado 2.3.2.), expresó: *“Cómo reacciono, cómo no me gustaría reaccionar, ante el agotamiento muchas veces, Con amigas decimos que empiezan a salir los pelos, sale el monstruo más temido. Es difícil ser calmo, tener paciencia cuando a veces uno está agotado en esta rutina de criar a hijos, que tiene cosas muy bellas, la verdad, tiene más cosas bellas que malas, pero a veces pasa, aparece ese monstruo, que no, que no es nada grato”.*

Lo volvemos a traer, ahora, en virtud de la importancia que reviste enunciar este tipo de sentimientos y emociones. Reconocer la propia violencia hacia lxs hijxs, el estallido, esto sí es más nuevo. En lo personal, solo empezó a suceder en los últimos dos años de acompañamientos y en un porcentaje bajo de mujeres, una vez lograda mucha cercanía, intimidad y confianza. Esto sigue siendo muy difícil de confesar, de asumir, y es aún un gran tabú. Motivos sobran, docilidad y sometimiento, indicaba Rousseau en su *Emilio*, y claramente implica mucha consciencia y trabajo poder desarmar tales mandatos. Tajer (2022) señala que hemos sido subjetivadas para inhibir nuestra pulsión hostil desde nuestra más tierna infancia, donde solo hay lugar para ser amables, obedecer, aceptar y no protestar. Esto, como ya comentamos anteriormente, genera serios problemas a lo largo de la vida de las mujeres, en virtud de esa falta de entrenamiento en la expresión del descontento, el enojo y la ira. Así las cosas, ya siendo adultas, se expresará en forma diferida, indirecta y explosiva, generando perplejidad en la propia mujer y en el entorno, con una clara tendencia a ser leído como desborde, exageración, incapacidad para manejar las emociones y *locura*.

“El peso físico y psíquico de la responsabilidad de la mujer para con los hijos es con mucho la carga social más pesada. (...) la mujer con hijos es una víctima de sentimientos más complicados y subversivos. El amor y la furia pueden coexistir: esta última, según las condiciones de la maternidad, es susceptible de convertirse en furia hacia el hijo, agravada por el temor de que ya no estemos “amando”. El sufrimiento frente a todo lo que no podemos hacer por nuestros hijos en una sociedad incapacitada para responder a las necesidades humanas, puede convertirse en culpa y autocastigo” (Rich, 1976, p.100)

3.5. En torno a la violencia

La “mujer 8”, madre de Lucas, habiendo reflexionado sobre su sentimiento de soledad en la crianza ya descrito en el apartado correspondiente, y también habiendo, nosotras, recogido su relato en virtud de la temática del trabajo, en relación con la indignación manifiesta que le producía “dejar los hijxs en cadena” continúa diciendo: *“Yo creo que una madre que no puede tomar determinadas decisiones, la agarra en un momento de la vida que está más sola, más complicada y bombardeada por todos lados, lamentablemente, lamentablemente, el hijo es fusible”*.

La noción de *hijo fusible*, la encontramos muy novedosa, precisa y altamente descriptiva. Necesaria, además, en tanto es una recurrencia en las madres, no sólo las incluídas en este documental. A la inequidad en la distribución de las tareas de cuidado, -todo aquello que no se puede ni debe dejar pasar, todo lo que puede hacer una madre y sólo ella está ahí para hacerlo, cuidar la cría como si fuera parte de sí, tareas cotidianas, pequeñas, secundarias que son tan poco relevantes como imprescindibles de atender-, a todo esto, se le suma, la represión de la hostilidad largamente entrenada, y el hecho de que también debido a la subjetivación generizada, en muchos casos, la casa y los hijxs, son los únicos ámbitos donde algo del orden de la autoridad y poderío femenino se despliega, y claro, el hilo se corta por lo más delgado. Culpa garantizada.

“Sufrir con un niño, por él y con él -maternal, egoísta y neuróticamente, y a veces sintiéndome desvalida y otras con la ilusión de estar conociendo la sabiduría-, pero siempre, en todas partes, en el cuerpo y en el alma, con aquel niño porque ese niño es una parte de mí misma. Sentirse atrapada por oleadas de amor y de odio, y hasta de los celos de la infancia del niño, esperar y temer su madurez, desear librarse de la responsabilidad, saber atada por cada una de las fibras de tu propio ser. Aquella curiosa reacción primitiva de protección, la bestia que defiende a su cachorro, cuando alguien lo ataca o critica... y, sin embargo, nadie es con él tan dura como yo!” (Rich, 1976, s/d).

La “mujer 8”, aporta otra mirada respecto de la violencia, en este caso como eso que forma parte del mundo y que las madres frenamos para que no les llegue a lxs hijxs. *“Me da la impresión de que como madre a veces hay que frenar la violencia del mundo porque hay un chico. La madre es una función que -no había pensado- pero es todo el tiempo, eso, poder (hace gesto de frenar con las manos) parar la violencia, desde la de la calle hasta las violencias institucionales, de los sistemas educativos y de salud. Todo está plagado de muchísima violencia y una madre -es un punto muy delicado- tiene que ser muy aguerrida para poder parar ese nivel de violencia, para que no llegue al niño, a los chicos. Por lo menos así lo vivo yo un montón de veces, quizás a veces exagero, viste? Soy medio madre leona, me zarpo a veces, hay cosas que son así, el mundo es así”*.

Defendemos y cuidamos la vida, casi la definición de la madre; protegemos a los hijxs de la violencia, de toda índole. En este mismo sentido, la “mujer 10” comenta: *“Mi mamá a nosotros, no nos podía dar muchos consejos, porque lamentablemente teníamos un padre que la tenía a golpes, y ella lo único que nos decía era que nuestros maridos no nos peguen, que no nos pase lo mismo que a ella”*. En otro momento de la entrevista, a raíz de otra pregunta, esta misma mujer dice *“pero lo bueno es que mis hijas recibieron ese consejo que yo les dí. Yo siempre les enseñaba a ellas que no estén solas con ellos, que cualquier cosa que pase, que si él intentaba tocarlas que me digan”*, refiriéndose a un ex suegro a quien calificó de “mano larga”.

Defendemos y cuidamos la vida, casi la definición de la madre; protegemos a los hijxs de la violencia y también la ejercemos en su contra. Los sentidos de ida y vuelta, la ambigüedad, la ambivalencia.

“Buena parte de lo que falta revisar es cuánta violencia ejercemos las madres contra nuestros hijos, expresa la “mujer 5”: “eso es algo que nadie quiere ver, que se ve solo cuando hay una “mala madre”, cuando se puede señalar a una mala madre. Como si la violencia no fuera parte de la vida cotidiana, como si el hecho de echar hijos al mundo no implicara cierta violencia. Hay violencia que sufrimos las madres, hay violencia que ejercemos las madres, nos guste o no nos guste. Hay violencia que nos produce el hecho de la maternidad, el hecho de tener que poner límites, por ejemplo, el hecho de sentirte expropiada de tu vida, que eso también sucede en algunos tramos, sentirte expropiada porque no podés hacer lo que querés o no sabés cómo”.

La ira o la violencia de una mujer resulta doblemente inadmisibile si además es madre. Al igual que ocurre con el abandono, no se mide con la misma vara que a un padre. Aún en esos extremísimos casos de infanticidio, lo cual resulta evidente en las repercusiones mediáticas.

Respecto de la violencia que sufrimos las madres, Mabel Burín (1989), menciona que en nuestra cultura patriarcal, hay dos supuestos en relación a las mujeres: El supuesto de la *disponibilidad del cuerpo de las mujeres*, especialmente para la violencia física, o la violencia sexo afectiva. Y el supuesto de la *disponibilidad del tiempo y de los afectos de las mujeres*, al servicio de lxs otrxs, incluso para la violencia económica.

3.6. En torno a la decisión (o si es lo mismo tener un hijo que ser madre)

La “mujer 6”, comenta: *“elegir hay que ver desde dónde uno elige, a veces uno tiene -digo uno, hablando de mí- una idea de deber muy grande, muy formada y uno no elegiría ser madre porque es un quilombo, creo que nadie lo elegiría si sabe lo que es. Si sabe el nivel de renuncia que exige muchas veces, el nivel de postergación, especialmente para las mujeres, no? Bueno, todo lo que pasa. Ahora mis hijos están un poquito más grandes, pero me acuerdo los primeros años, los primeros meses y era tipo “esto es una locura”, la locura del amor venía por un lado, pero lo que pasaba en la cabeza con eso nuevo, de decir “no puedo hacer nada”, “esto es imposible”, “esto no es vida”, no dormís, no me bañaba, no, no puede ser, esto no puede ser así, hasta que iba cayendo. Entonces, la sensación es elegir (se ríe) y después sigue la cosa, entonces si uno lo elige, lo elige porque es un inconsciente (risas). En ese sentido”.*

Mujer 4: *“Yo, en primera instancia nunca me identifiqué con el rol de madre. Yo siempre, en el embarazo decía que iba a tener un hijo, no que iba a ser mamá. Una hija, en este caso. Nunca fue un deseo ser madre, previo...Se construyó.*

Señala primeramente una distancia con el mandato, al expresar que no se identificaba con el rol de madre. Habla de un deseo que se fue construyendo, no era previo. Esta entrevistada -también hay otra que lo hace- marca una diferencia entre tener un hijx y ser madre. Tener un hijo y ser una madre son

cuestiones diferentes. Bien sabemos que el pegoteo identitario mujer-madre propuesto por nuestra cultura patriarcal ha naturalizado la maternidad a tal punto de considerarla inherente al cuerpo femenino. Maternar es una construcción subjetiva, a la vez que histórica y culturalmente modelada (Fernandez 1993; Badinter 1981), es algo que va siendo y no alcanza con tener un hijx sea biológico, adoptado o mediante técnicas artificiales, etc.

¿Cómo se desea aquello que no conocemos? Querer tener algo que no se sabe que es. Algunas mujeres dicen “*quiero tener un bebé*”, bueno, eso es un rato nomas, he contestado más de una vez, un hijx es para toda la vida. ¿Qué es lo que se desea exactamente? ¿Es un bebé? ¿un hijo? ¿una familia? ¿la “fotito” completa con casa, marido, hijx, perro? Algunas mujeres, incluso las que han/hemos tenido la suerte de desear/querer tener un hijx, recién cuando ya llevamos un tiempo maternando en “la realidad”, nos damos cuenta que no teníamos idea de lo que estábamos diciendo al expresar “quiero tener un hijo”. No sabíamos lo que queríamos, porque no sabíamos qué era eso, que cosas implicaba. ¿Cómo es que una mujer puede darse cuenta que quiere ser madre (o no) antes de serlo? ¿querer es lo mismo que desear? En el discurso común, para referirse a los hijos, se suele usar desear como sinónimo de querer. Luego, esa idea del hijx deseado porque fue buscado y lxs otrxs, que llegamos “accidentalmente”.

El deseo, inconsciente, para el psicoanálisis, resulta muchas veces difícil de pesquisar, indescifrable, ambivalente, desconocido, incluso para la propia madre. Desear un hijx desde el respeto de su subjetividad en tanto otrx, o un hijx que complete la lista de mandatos, o unx que “salve” la pareja, etc. Esto resulta complejo también, según Levinton (2000) debido a la configuración de nuestra subjetividad en tanto generizada, donde resulta difícil discriminar entre genuinos deseos e imperativos categóricos. “Yo no tenía idea de qué deseaba, de qué podía elegir o no. Sabía tan solo que tener un hijo presumía asumir plenamente la feminidad adulta, que era “demostrarme a mí misma” que yo era “como las demás mujeres” (Rich, 1976, p.69).

Maternar, criar, procesos que llevan tiempo e implican conocimiento mutuo. En la “cancha” habrá que aceptar esa discordancia, esa distancia entre el hijx de la fantasía previa, de la ilusión y ese ser humano que está siendo en la realidad concreta del cotidiano, siempre cambiante. Y, por supuesto, reacomodar esas ideas previas sobre nuestro propio rol materno y lo que vamos pudiendo y siendo, como madres de carne y hueso, aunque con mandatos de santa.

Mujer 9: “*Primero yo me imaginaba que todo era un idilio. El embarazo era un idilio, el parto era un idilio. Todo para mí era una idea rosa que tenía de la maternidad. Y no, no. Empezando por el embarazo, no fue rosa, ni el parto tampoco, ni la maternidad es color de rosa siempre. Si, hubo gente que me lo dijo pero yo no escuchaba, no escuchaba. Para mí era como, no se, son señoras amargadas que no han vivido su maternidad a plenitud y yo voy a ser la super madre y voy a amar a mi hijo y va a ser todo divino, perfecto y no. No es así. Pero sí, si me dijeron, no escuché*”.

Quizás, simplemente, es que no hay anticipación posible.

3.7. En torno a la culpa

“Mi primer contacto con la maternidad es a través de la culpa”. Esta frase es dicha por la directora del documental -voz en off-. No creo exagerar si asevero que es la palabra más utilizada en el vocabulario materno, me atrevo a insistir en ello, a partir de mi experiencia acompañando madres y redoblo la apuesta si me pienso en tanto “oreja” de amigas madres culpabilizadas y por último, desde mi experiencia como madre de mi hijx, claro.

Antes comentamos que estos ideales de género tradicionales están introyectados en términos del narcisismo (narcisismo de género femenino) y ahora agregamos que también lo están en términos del super yo. Este concepto es trabajado por Nora Levinton (2000) quien recoge a modo de referencia la obra de Emilce Dio Bleichmar, en este caso para elaborar la especificidad de los fundamentos de la estructura normativa femenina. Según la autora, el super yo en tanto organizador intrapsíquico funciona como una instancia reguladora que, a través de mecanismos de restricción, mandato e idealización, organiza el entramado simbólico que orienta la relación de la mujer consigo misma y con su entorno. Dicha instancia configura un modelo ideal frente al cual se debatirá en permanentes comparaciones que revelarán fallos entre lo idealizado y lo percibido, y que será causa de dolorosos conflictos. Y, sobre todo, generador del casi omnipresente sentimiento de culpa (Levinton 2000).

3.8. En torno a la ambivalencia

La maternidad, concebida como una experiencia intrínsecamente ambivalente, constituye un eje constante en la obra de Julia Kristeva. En *Historias de amor*, la autora la aborda como un espacio de tránsito entre lo corporal y lo simbólico, donde se manifiestan las tensiones entre la identidad, el deseo y la alteridad. A través de esta perspectiva, Kristeva evidencia las afinidades entre los procesos de transformación corporal (del cuerpo materno) y las dinámicas del desarrollo psíquico (Kristeva, 1987).

“Experimentamos no sólo cambios físicos, carnales, sino también de carácter. Aprendemos, a menudo mediante una autodisciplina dolorosa y una autocauterización, aquellas cualidades que se nos suponen “innatas”: paciencia, sacrificio, voluntad para repetir sin fin las pequeñas tareas rutinarias de socializar al ser humano. Estamos también, muchas veces para nuestro asombro, poseídas por sentimientos tanto de amor como de una extrema violencia, más furiosa que cualquiera de las que antes hayamos conocido” (Rich, 2019, p.82)

La ambivalencia también está dada en relación a pensar en una madre con deseos. Rápidamente se lee y a veces se siente como polaridad deseo/deber ser. *“Me parecía que tener deseos propios, imaginar una vida con cierta libertad y frescura e independencia, fundamentalmente, era incompatible con poder ejercer una buena maternidad”*, expresaba la directora; *“Su libertad era leída como crueldad y quizás lo era. No supo o no pudo encontrar el equilibrio”*, cuando se refería a su abuela.

Histórica, social y políticamente, está todo dado para que la labor materna quede del lado del deber, del sacrificio, la maternidad queda así en contraposición a deseo, en tanto el deseo es leído como autonomía, proyectos, libertad. Claro que hay cosas y proyectos que postergamos, pausamos o abandonamos, frecuentemente ante la llegada de un hijx, pero también, afortunadamente hay deseo

puesto en esa crianza, en esa trascendencia, en ese cuidado, tiempo y energía allí “invertido”. Hay pugna, y hay ambivalencia también. Tajer (2022) explicita que se da una pugna entre representaciones deseantes, que podemos figurar del siguiente modo: “no quiero ser madre por el costo en mi autonomía y quiero serlo por el valor del ideal”

3.8.1. En torno a la relación madre-hija

Respecto de la relación madre hija, Dio Bleichmar (1984), relee en clave de género al complejo de edipo freudiano. Plantea que la niña se enfrenta a la particular situación de que el modelo identificador que ha sido su ideal (su madre) integra una categoría social devaluada, es un sujeto subalterno en el ordenamiento de los géneros. Así las cosas, la valoración subalterna y la inferiorización de lo femenino en relación a lo masculino, supone que la identificación de la niña con el ser mujer implica un conflicto de tipo narcisista. La ambivalencia -entre idealización y devaluación- será por tanto, parte del vínculo entre madres e hijas. Querer dejar atrás, superar el legado materno, hacerse de unas elecciones y una vida diferenciada, en definitiva, no parecerse a la madre, será algo importante y bastante frecuente, aun cuando genere cierto vacío. Sin embargo, a pesar del alejamiento, y en la contrariedad, la madre constituye una figura de presencia fuerte y profunda.

Al momento de convertirnos en madres, aparecen -por primera vez o se reavivan- los cuestionamientos o reclamos a nuestra propia madre. La “mujer 7” menciona: *“la maternidad revivió muchísimas heridas mías que no hubieran aparecido si yo no hubiera sido madre. Ay...es difícilísimo atravesar eso, porque también, uno si pudiera elegir(...)en un hipotético mundo feliz uno diría bueno, voy a ser madre cuando yo ya no tenga heridas como hija, porque uno entra a la maternidad con un montón de heridas abiertas, en mi caso”*.

En la relación madre-hija, los consejos a veces son explícitos, al estilo de “no hagas lo que yo hice”, como comenta la mujer 10: *“Ella, -refiriéndose a su madre- lo único que nos decía era que nuestros maridos no nos peguen, que no nos pase lo mismo que a ella”*; *“lo bueno es que mis hijas recibieron ese consejo que yo les dí: que no estén solas con ellos, que cualquier cosa que pase, que si él intentaba tocarlas que me digan”*. Otras veces, son legados mudos, implícitos, pero que se transmiten al fin. La figura de la *madresposa* (Lagarde, 2011) en tanto mujer confinada al mundo doméstico produce una suerte de dispositivo vincular de encierro -cautiverio- , lo cual no siempre es sin resistencias, ni resentimientos, y tiene profundas repercusiones en la subjetividad de las madres y de las hijas. Lombardi (1986), considera que, en estos contextos, las madres se encontraban inmersas en una tensión entre la obediencia al mandato social y la presencia de deseos que eran reprimidos o subordinados. En esta disputa entre mandato y deseo, la autora sostiene que las madres habrían legado a sus hijas no solo los valores tradicionales, sino también su cuestionamiento, transmitiéndoles la posibilidad de anhelar y proyectar vidas que a ellas mismas les habían sido negadas. Ana María Fernández (1993), retomando el análisis de Lombardi (1986), señala que estas madres transmitieron en sus quejas una ambivalencia profunda hacia la maternidad. Lo cual consideramos es una buena

advertencia, cierta, por otra parte. Implica tanto proseguir el mandato como evidenciar los malestares que implica o puede implicar.

“Tú no has de ver consumida,
cómo la vida pasó de largo,
maltratada y mal querida, sin ver cumplida ni una promesa,
le dice mientras cepilla el pelo de su princesa.
Tú no, princesa, tú no.
Tú no has nacido para pasar las fatigas que yo pasé
sacándole el dobladillo a un miserable salario que no alcanza a fin de mes.
Tú no, princesa, tú no.
Por Dios lo juro: tú no andarás de rodillas fregando pisos,
no acabarás hecha un zarrio como tu madre,
cansada de quitar mierda y de parir hijos”
-Extracto de la canción *Princesa* (Joan Manuel Serrat)

La relación entre madres e hijas ha tenido un especial tratamiento por parte de las feministas de la diferencia. Muraro (1994) reflexiona respecto de estos vínculos conflictivos y ambivalentes, situando estas experiencias en el ordenamiento patriarcal, que por un lado escinde a las madres de las hijas y también a las mujeres entre sí, sentando las bases para la supremacía patriarcal y su orden simbólico. Consideramos de gran valor la propuesta de Muraro, ya que señala la falta de reconocimiento hacia la madre, y la necesidad de reconciliación con la misma.

Hasta aquí hemos desarrollado nuestro abordaje analítico respecto de las experiencias vertidas en el documental, a la luz de un puñado de recurrencias que ponen sobre el tapete aristas necesarias de seguir observando, indagando e incorporando en la urgente tarea de colectivizar -en el sentido de *desprivatizar*- no sólo el sentir sino también el hacer de las mujeres devenidas madres.

“La recuperación de nuestros cuerpos, por parte de las mujeres, posibilitará cambios más esenciales en la sociedad humana que la toma de los medios de producción por los obreros. El cuerpo de la mujer ha sido máquina y territorio, desierto virgen para explotar y cadena de montaje que produce vida. Necesitamos imaginar un mundo en el cual cada mujer sea el genio que presida su propio cuerpo. En un mundo semejante, las mujeres crearán de verdad la nueva vida, dando a luz no solo niños (según nuestra elección), sino visiones y pensamientos imprescindibles para apoyar, consolar y transformar la existencia humana: en suma, una nueva relación con el universo. La sexualidad, la política, la inteligencia, el poder, el trabajo, la comunidad y la intimidad cobrarán significados nuevos, y el pensamiento mismo se transformará. Por aquí debemos comenzar” (Rich, 1976, p.362).

CONSIDERACIONES FINALES



*“Es bueno escribir; dejar a la lengua intentar,
como se intenta una caricia,
tardar el tiempo necesario para una frase,
un pensamiento para hacerse amar; para resonar.
Al escribir, desde y hacia la mujer,
y aceptando el desafío del discurso regido por el falo,
la mujer asentará a la mujer en un lugar distinto
de aquel reservado para ella en y por lo simbólico, es decir, el silencio.
Que salga de la trampa del silencio.
Que no se deje endosar al margen”*
Hélène Cixous - “La risa de la medusa. Ensayo sobre la escritura”

La película *Malamadre* es acerca de qué cosas dicen y qué cosas hacen las que matenan. No es de madres e hijxs, tampoco es de madres y padres. Este es el recorte. Tampoco es relativo a cualquier decir y hacer, pues hay unas representaciones -las hegemónicas- las interiorizadas y arraigadas desde que el mundo es mundo, que no están invitadas a participar. En términos históricos, es muy reciente el hecho de que nosotras tomemos la palabra para hablar de nosotras y dejar de ser “habladas” por discursos hegemónicos, creados por varones o incluso por mujeres, pero en términos patriarcales.

Hasta ahora un intelecto y un espíritu principalmente masculinos han predominado en la interpretación de la sociedad y la cultura, aún cuando esta interpretación la llevarán a cabo hombres y mujeres, las teorías masculinas han conformado toda nuestra historia intelectual y moral (Brigitte Berger, 1973, p.16).

Ahora, o al menos en este recorte, somos nosotras y respecto de nosotras mismas. No hay tantas respuestas, tampoco certezas, que en el mejor de los casos deberemos relanzarlas para iniciar nuevas preguntas. Así las cosas: paciencia; también me lo digo a mi misma, que vengo hace más de diez años refunfuñando porque nos nombramos así. “Va a durar un rato”, pensé, pues no. No para de crecer y no va a durar un rato. ¿Seré pretenciosa?, ¿fantasiosa?. Quizás. A la paciencia, le sumo insistencia, como forma de ¿tolerar?, ¿asimilar? esta nominación. Intento, entonces, ver lo bueno que trae, lo beneficioso que hay detrás, las habilitaciones que permite. No la elijo, creo que nos juega en contra, pero estamos caminando. Así como estamos *balbuceando* y *en pañales*, estamos dando unos pasos. Nosotras, mujeres, madres y nuestro ejercicio de matenar en sus diversas formas. Y es con otras, hay que seguir hablando, compartiendo, escuchando, registrando qué nos pasa.

Entendemos que con esta impronta se ha construido el documental aquí analizado. Las mujeres, madres entrevistadas, están ahí para decir *otras cosas*: lo que más nos cuesta asumir, admitir, expresar y compartir. La ambivalencia, las ganas de “rajar”, la ira, la violencia que podemos llegar a ejercer nosotras. Esto está menos dicho, apenas enunciado y buena falta (nos) hace ponerlo sobre la mesa. Si algo nos interesa de sobremanera, es reflexionar respecto de que no es una cosa o la otra. A lo mejor son las dos cosas a la vez, a lo mejor no son tan distintas ni opuestas como parece. No es un juego de suma cero, ni una moneda que cae o de un lado o del otro. O a lo mejor sí, pero cae de canto. Quizás conviene pensar en otro tipo de objeto, más serpenteante, más dinámico y cambiante. Una montaña rusa: estás arriba, y al momento, estás abajo, también hay lugar para la calma -aunque sea aparente-.

“Hay algo de enajenación en la maternidad. No es todo el tiempo que una puede estar controlando cómo es, es como una enajenación y un tratar de volver a tu centro, permanentemente”, dice Marta Dillon, la “mujer 5” en el documental. La noción de ambivalencia es fundamental, por lo importante y

esclarecedora, es la invitada especial, la primera de la lista, que por supuesto viene acompañada, bien sabemos, por la culpa. Podemos pensar a la ambivalencia, -parafraseando a Ulloa pero en otro sentido- como un tercer término que ordena. Ordena y permite salir de la *encerrona*³⁴ buena madre/mala madre.

“Me despierto abrazada a mi hijo, enredados los dos, piernas, brazos, su respiración constante sobre mi pecho, mi nariz sobre su pelo. Así dormía con mi hija mientras fue una niña; así crecimos las dos, entrelazadas. Mi maternidad es cuerpo a cuerpo. El aliento de las mañanas, el sudor de las noches, sus babas en los bocados que no engullen, la sangre en las rodillas, las migas entre las sábanas, las lagañas, los mocos, la sal de sus ojos; las cosquillas y las luchas. El lenguaje del amor no se habla, se inscribe. Esa poesía material es la que aprendí de mi madre” (Marta Dillon, 2015, p.49).

La ambivalencia es parte. El amor, ese “derretimiento” para con los hijos, eso que releendo este trabajo se me queda un poco atragantado -porque esa parte es hermosa y la dejé afuera- y porque amo desde las “tripas” a ese niño que es mi hijo. Ese amor, “*esa dimensión del amor que no conocía... inmediata y total. Una cosa increíble*”, eso que narra la “mujer 6” respecto del encuentro con su hijo, eso, no es sin esto otro. Y *esto otro* tiene que tener un lugar, tenemos que poder decirlo -decirlo para no hacerlo-. Decir que lo quiero “rifar” a veces, para no hacerlo. Decir que queremos “rajar”, sea a caballo o a pie, para poder quedarnos. Y para reírnos también, de nosotras, entre nosotras, porque así es más liviano. Ayuda, alivia y la culpa afloja. Poder decir “nos pasa a todas”, para nosotras, como colectivo, vale mucho, porque entre otras cosas, batallamos con el asunto de mirarnos entre nosotras con ojos patriarcales, entrenadas en la envidia y la competencia,

“hemos sido despojadas de una conciencia histórica de la colectividad, de una genealogía de mujeres que nos devuelva la posibilidad de actuar sobre la realidad y que nos sitúe en otros tiempos y espacios no intervenidos por el sistema-mundo que conocemos” (Gaviola, 2018, p. 25).

Aunque parece algo evidente, no lo es, a lo mejor es como *la carta robada*, que está en nuestras narices y no la vemos. Nos sigue costando ese registro, ese darnos cuenta de que la otra no es tan distinta, o mejor aún, de que yo no soy tan diferente.

En este sentido, consideramos a los feminismos como aliados, esos *feminismos espontáneos* (Tajer, 2022), los *de la multitud*, al decir de Fernández (2022); juveniles, populares, de las calles y las redes sociales. Y a los feminismos académicos, transdisciplinarios y plurales, que nos invitan a pensar y pensarnos. Hemos ido viendo a lo largo del presente trabajo, que la maternidad ha sido -y es- un tema tan espinoso como recurrente dentro de los feminismos. La tarea inicial y clave es desanudarla de lo biológico e instintivo, la desnaturalización de la maternidad y el “desabroche” mujer-madre. El develamiento de los mandatos con la concomitante interpelación de la figura de la buena madre. Esa denuncia que nos abrió los ojos, más considero que Beauvoir llevada al extremo, leída o interpretada de un modo fundamentalista, nos vuelve a entrapar en polaridades infructuosas, en las que evidentemente derivamos con demasiada facilidad los seres humanos³⁵. Aún hay resabios de ese feminismo, que probablemente se traduce en la ambivalencia con la que las madres feministas

³⁴ La encerrona trágica es una noción de Ulloa para explicar el desamparo cruel en el contexto de la apropiación de personas, durante la Dictadura cívico militar. Una situación de dos lugares, sin tercero de apelación, sin Ley, donde la víctima, para dejar de sufrir o no morir, depende de alguien a quien rechaza totalmente y por quien es totalmente rechazado (Ulloa, 1998).

³⁵ Ni siquiera es que Beauvoir rechaza a la maternidad, más bien condena esa ideología que subyace y que se traduce en un empuje a la mujer a convertirse en madre e impone unas determinadas condiciones.

vivencian, con mucha frecuencia, la maternidad. “*Me siento mala feminista*”, -por tener un hijo- ; “*estoy haciendo todo lo que el feminismo me dijo que no haga*”³⁶. Las mujeres, históricamente hemos estado en lugares donde alguien nos dice qué es lo que tenemos que hacer y/o ser. Siempre en situaciones donde se supone tenemos que estar obedeciendo algún discurso, mandato, movimiento, sea el Gobierno, la Iglesia, el marido, el patrón, el médico. Así las cosas, considero que tenemos que estar bien atentas para que el mismo feminismo que nos abrió los ojos, no se convierta paradójicamente, en un discurso que nos vuelva a encorsetar. Por supuesto que el feminismo no “dice” qué es lo que hay que hacer, pero evidentemente podemos llegar a “alienarnos” con algún supuesto ideal, en este caso, uno considerado feminista. También se han dado enfrentamientos, infértiles, insensatos, donde algunas madres sienten que han caído en la trampa del patriarcado por tener un hijx, otras denunciando violencia obstétrica y viendo cómo se minimizaba su padecimiento o dolor, ya sea comparado con la clandestinidad del aborto o con otras mujeres de menores recursos que los padecían más a menudo en Hospitales que en Clínicas. Parto en casa versus Hospital. Y podemos seguir.

La maternidad no estaba en la agenda, dice Dillon. Esto, claramente, se ha ido modificando y la existencia del documental y de todas las creaciones que ponen en el centro a la maternidad como tema, lo demuestran, pues las autorías son femeninas y en clave feminista. Suponemos que cada “lucha” encuentra su momento de expresión, su tiempo de abordarla, y bien sabemos también que los intereses de las mujeres, nuestros derechos y “ganar” ciertos lugares no es algo que sucede de la noche a la mañana. Lleva su tiempo reconocer y recordar (nos/les) que somos seres humanxs y sobre todo sujetxs de derechos. El feminismo ha estado abocado a “pelear” por nuestros espacios laborales, denunciar la brecha salarial, pues cobramos menos por trabajar lo mismo o más que los hombres. O que ciertamente, al ser las cuidadoras por excelencia de lxs hijxs, trabajamos doble jornada y por un solo sueldo (trabajo invisible, no remunerado) o casi en explotación. O en que no ocupamos casi espacios de poder, o de la academia, o de la cultura, espacios todos ellos en los cuales seguimos estando subrepresentadas. *Yo te creo hermana*, codo a codo, acompañando a mujeres a denunciar a sus abusadores. O *Ni una menos*, ante los feminicidios que siguen siendo moneda corriente y cotidiana. Diversas y absolutamente necesarias luchas compartidas. Estuvimos muy unidas, también, por décadas, por aquello tan vital que implica poder decidir qué hacer con nuestra vida y nuestros proyectos -*Mi cuerpo, mi decisión*-; por el derecho a decidir, por el derecho al aborto, legal, seguro y gratuito, recientemente conquistado.

Aquí, probablemente se notó aún más que estaba (o se creía que estaba) reñida la maternidad y los feminismos, reñido el *deseo de maternar* con el *derecho a decidir*. De hecho, acompañando maternidades, me he visto más de una vez enjuiciada por participar en aquel momento de las marchas, o por llevar “pañuelo verde”. Como si no se tratara de lo mismo: de libertades y derechos. Entonces, ahora que se han despejado varios “frentes” y hemos saldado esa enorme deuda, bajo la conquista del derecho al aborto, a lo mejor podemos pensar juntas, como mujeres, madres, como colectivo, respecto

³⁶ Expresiones vertidas en un audiovisual llamado “Vivir maternidades feministas” (Vilardebó, L.2021).

ya no sólo del lugar que tenemos y ocupamos en el histórico social, pasado y presente, sino de qué manera podemos acompañar, -acompañarnos- a las que maternan, a quienes maternamos. “¿Es que no vamos a pensar en las madres con deseos?”, exclama con vehemencia la directora. Ojalá ahora sí. Ahora, al menos, pareciese que estamos más cerca. Más cerca de que entren en la agenda feminista los debates sobre la forma tradicional de familia, la feminización de las tareas de cuidado, el lugar de las infancias en la sociedad. Éstos y otros temas piden agenda, reflexión, tratamiento, herramientas, propuestas concretas y, por supuesto, ser pensadas en tanto tareas colectivas y comunitarias con políticas públicas acordes. Visibilizar la tarea titánica de maternar es imperioso, visibilizar también en tanto diversa y heterogénea. ¿Cómo cuida la comunidad a las madres? ¿Qué recursos se les brinda? ¿Quién mira y cuida junto a nosotras a las infancias? Si hay algo que los movimientos feministas nos han enseñado es que no es solas: la salida es colectiva y colaborativa.

“Mientras se siga creyendo que la maternidad es algo que solamente corresponde a las mujeres y no se logre verla como una función simbólica y social, no habrá solución a los conflictos que presenta este fenómeno” (Palomar Vereá, 2004, p.15).

Desde aquí es que nos animamos a ensayar la necesidad de seguir profundizando en dos direcciones trazadas a lo largo de este trabajo. En primer lugar, respecto del encuentro entre feminismos y psicoanálisis, reconociendo sus “deudas”. Se trata, a nuestro entender, de dos discursos que le “deben” a las madres, a las que maternamos. De alguna manera son dos discursos potentes, cuestionadores, ya que toman y revisan lo complejo, lo imbricado, son cuestionadores, irreverentes y contestatarios, al menos de nacimiento, de raíz, de base. A partir de reconocer estos encuentros es que consideramos que si hay esperanza en salir de las polaridades, puede ser por ahí.

Sumado a ello, y en segundo lugar, consideramos que para salir de la encerrona buena madre/mala madre, es preciso que la cultura deje de ser un ámbito donde la autoría y la autoridad sean exclusivamente masculinas, o más bien, patriarcales. Este poder simbólico ha sido y es una pieza crucial del poder, desde donde se ha contribuido a reforzar y diseminar figuras, discursos y mandatos patriarcales, alimentando y legitimando esa “mirada masculina” sobre los cuerpos y vivencias de las mujeres, que potencia estereotipos e ideales irreconciliables con la diversa y compleja trama que implica maternar. Hemos de reconocer que esto ha empezado a cambiar, y seguirá cambiando a medida que más mujeres pensadoras, creadoras, artistas -además de las intelectuales de la academia-, sigan abriendo paso, aportando una (¿nueva?) visión de la maternidad, tal como consideramos sucede con el documental y con tantas creaciones en notable crecimiento, algunas mencionadas en el apartado 2.2.

Finalmente, la realización de este trabajo nos llevó a reflexionar, también, sobre la posibilidad de intersectar la mirada sobre la maternidad, además de con la perspectiva feminista, con un abordaje decolonial. ¿Cuánto sabemos acerca de formas no occidentales de organizar la vida familiar y comunitaria a partir de la llegada de unx hijx? ¿Existen, acaso, culturas donde no se imponga la división sexual del trabajo tal como ocurre en las sociedades moderno-capitalistas? ¿Hay formas de organización social que permiten no vivir la maternidad desde la sobrecarga y la soledad que tan recurrentemente aparecen en el documental? Estas preguntas nos han acercado a los planteamientos de

Del Olmo (2013), al tiempo que entendemos que, probablemente, se vinculen más con los campos de estudio de otras ciencias sociales. Consideramos que ese encuentro podría aportar en la construcción de lo que Federici (2020) da por llamar *vidas vivibles* y que, tranquilamente, podríamos adaptar a su homónimo para las maternidades.

Así, trazamos estos esbozos en tanto cambios que si bien deseamos que ocurran, entendemos que no serán de inmediato ni velozmente. Incluso es probable que por un tiempo más adoptemos modelos, formas, ropajes y palabras existentes³⁷, porque llevará su tiempo ganar seguridad, hablar con voz propia, proponer otras cosas e incorporar nuevos tópicos. Pero consideramos que se trata de un camino necesario para todas las *madres reales*, no estereotipadas. Ni buenas ni malas, ambivalentes.

Y, como ha dicho la querida Laura Freixas: Ni buenas ni malas, humanas.

³⁷ Quizás ese “lado b” que intenta nombrar maternidades contrahegemónicas, al igual que el mismísimo “mala madre” sean parte de estos ropajes viejos, aún resabios mientras terminamos de dar forma a nuevas maneras de nombrar y nombrarnos.

Bibliografía Consultada³⁸

- ALCALÁ GARCÍA, Inmaculada. (2015). *Feminismos y maternidades en el siglo XXI*. Dilemata, (18), 63–81. Recuperado a partir de [centrohttps://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/372](https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/372)
- ARIÈS, Philippe. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, Taurus.
- BADANO, Ma. Del Rosario; DIAZ, R. (2012) *Análisis de entrevistas – Frases significativas*. Seminario Apoyo Tesistas. Facultad de Trabajo Social. UNER.
- BADINTER, Élisabeth. (1981). *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal (siglos XVII al XX)*. Barcelona. Paidós.
- _____ (2017). *La mujer y la madre*. Madrid: La Esfera de los libros.
- BEAUVOIR, Simone de (1949) *El Segundo Sexo. La experiencia vivida*.
- BOURBAND, Luisina. (2017). *Maternidad intratable*. Le Pecore Nere.
- BOWLBY, Jhon. (1998). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Ed. Paidós. Barcelona.
- BURIN, Mabel. (1987). *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*. Editorial GEL. Buenos Aires.
- _____ (1989) Familia y subjetividad femenina: la madre y su hija adolescente. En E. Giberti y A. M. Fernández (Comps.), *La mujer y la violencia invisible* (p.215-228) Editorial Sudamericana.
- _____ (2010). *El malestar de las mujeres: la tranquilidad recetada*. Editorial Paidós.
- CID, Rosa María. (2019, 20 de julio). *Mujeres, maternidad y ciudadanía en la Roma Antigua*. (Video). YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=NgwDYcmr3WY>
- CHODOROW, Nancy. (1984). *El ejercicio de la maternidad: psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona. Gedisa.
- DEL OLMO, Carolina. (2013). *¿Dónde está mi tribu? Maternidad y crianza en una sociedad individualista*. Traficante de sueños.
- DERRIDA, Jacques. (1994). *Tímpano*, en márgenes de la filosofía.
- DILLON, Marta. (2015). *Aparecida*. Sudamericana.
- DIO BLEICHMAR, Emilce. (1984). *El feminismo espontáneo de la histérica. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Adotraf.
- DOMINGUEZ MONDEDERO, Adolfo. (2019,20 de julio) *Mujer y maternidad en la Grecia antigua* (Video). YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=YH7EQVcvVto>
- FEDERICI, Silvia (2004). *Calibán y la bruja: Mujeres cuerpo y acumulación originaria*. Madrid. Traficantes de Sueños.
- FERNÁNDEZ, Ana María. (1993). *La mujer de la ilusión: Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Paidós.

³⁸ Sin ánimos de contrariar las indicaciones formales requeridas para la realización del presente, se ha optado por incluir el nombre completo en las autorías a los fines de dar visibilidad a las contribuciones realizadas por mujeres.

- _____ (2021). *Psicoanálisis. De los lapsus fundacionales a los feminismos del siglo XXI*. Paidós Psi.
- FERNANDEZ PUJANA, Irati. (2014). *Feminismo y maternidad. Una relación incómoda*. Certámenes Emakunde.
- FLOYD, Robby Davis. (2001). *Los tres paradigmas de salud y nacimiento. Modelos de atención: tecnocrático, humanista y holístico. en* https://aesmatronas.com/wp-content/uploads/2017/12/05_TRES_PARADIGMAS.pdf
- FREIXAS, Laura. (2016). “Madres nuestras que estáis en los libros o ¿dónde están las madres simbólicas?” en <https://minerva.cbamadrid.es/madres-nuestras-que-estais-en-los-libros-o-donde-estan-las-madres-simbolicas/>
- _____ (Canal UNED). (2017,22 de mayo). *Buenas y malas madres en el patriarcado*. (Video). Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=SfeDvopVKhI>.
- FREUD, Sigmund. (1932-1936). 33 conferencia. *La feminidad*. En Freud. Obras Completas XXII. (pp. 104-125). Buenos Aires. Amorrortu.
- _____ (1923). *La organización genital infantil*. Amorrortu.
- _____ (1908). *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*. Amorrortu.
- GALEOTE, Teresa. (2017, 13 de junio) *De filósofos que no amaban a las mujeres*. <https://laicismo.org/de-filosofos-que-no-amaban-a-las-mujeres/>
- GAVIOLA, Edda. (2018). *Apuntes sobre la amistad política entre mujeres*. En E. Gaviola & C.Korol, A nuestras amigas. Sobre la amistad política entre mujeres. Pensaré cartoneras.
- GONZÁLEZ, María Fernanda. (2019). *Narrativas de mujeres activistas: participación y transformación entre lo personal y lo político. Avances en Psicología Latinoamericana*, 37(3), 277-291. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/apl/a.7949>
- _____ (2020). Constituting Childbirth Activism in Argentina. Study of Place, Identity, and Emotions. F. van Alphen y S. Normann (eds.). *Cultural Psychology in Communities: Tensions and Transformations*, pp. 23–41. Information Age Publishing
- GONZÁLEZ, María Fernanda; GARCÍA Presas, A.L. y MATTIOLI, M. (2020). Activismos por el parto respetado: prácticas, apropiaciones y disputas en Entre Ríos, Argentina. En P. Quattrocchi y N. Magnone (Eds.) *Violencia obstétrica en América Latina: conceptualización, experiencias, medición y estrategias*. UNLA – Universidad Nacional de Lanús. ISBN 978-987-4937-50-6.
- HAY, Sharon. (1998) *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Paidós.
- IMAZ, Elixabete. (2010). *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación*. Ediciones Cátedra.
- IZQUIERDO, María Jesús. (1988) *20 años después de las Women's Lib*, en Women's Lib, Centro de Documentación de la Dona, Barcelona.
- KRISTEVA, Julia. (1983) *Historias de amor*. Siglo XXI Editores.

- LA BIBLIA (1960). *Santa Biblia*: Reina-Valera 1960. Sociedades bíblicas en América Latina en <https://www.biblegateway.com/passage/?search=G%C3%A9nesis%203&version=RVR1960#es-RVR1960-72>
- LAGARDE y de los RIOS, Marcela. (1990) *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Editorial HORAS y HORAS.
- LARA VILARDEBÓ. (14 agosto 2021) Desmadre. Episodio 7. Vivir maternidades feministas. (Video) YouTube. URL: <https://www.youtube.com/watch?v=3qYcIyzJFPc>
- LERNER, Gerda. (2019) *La creación de la consciencia feminista*. Ed.Katrakak Luburuak. España.
- LOMBARDI, Alicia. (1986).*Entre madres e hijas: acerca de la opresión psicológica*. Noé.
- MATEUCCI, N. (2013) *Estrategias para comprender y producir ensayos*. Análisis y escritura de un género discursivo. Cap 1-El Ensayo como género discursivo. Cap 2-Lectura crítica de ensayos. Cap 5- Ensayos: Para escribirlos mejor.
- MEDINA, Pilar, FIGUERAS, Mónica, GÓMEZ, Lorena. (2013). *El ideal de madre en el siglo XXI. la representación de la maternidad en las revistas de familia*. Estudios sobre el Mensaje Periodístico. Vol. 20, Núm 1 (enero-junio) Págs.487-504. Madrid. Servicio de publicaciones de la Universidad Complutense.
- MILLER, Jacques Alain (2005) *El niño entre la mujer y la madre*. Revista Virtualia. Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana. Año IV. Número 13. <https://www.revistavirtualia.com/articulos/562/virtualia-13/el-nino-entre-la-mujer-y-la-madre>
- MORENO HERNANDEZ, Amparo. (2020). *La maternidad es personal y política. Construyendo un nuevo discurso en torno a las maternidades*. Ediciones Complutenses.
- MURARO, Luisa. (1994). *El orden simbólico de la madre*. Colección cuadernos inacabados. Editorial HORAS y HORAS. Madrid.
- OLZA, Ibone. (2022). *Palabra de madre. El poder de la maternidad*. Ed.Vergara. España.
- PALOMAR VERA, Cristina. (2004). *Malas madres: la construcción social de la maternidad*. México.
- PATÍÑO VERA, María Verónica. (2020). *Aproximación sociohistórica a la Psicología Perinatal en España: estudio de dos casos*.
- REID, Graciela. (2015). *Mujeres, deseo de hijo/a y ejercicio de la maternidad*. (UBA)
- RICH, Adrienne. (1976). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Traficante de sueños. Madrid.
- ROMERO GUZMAN, María Lizet; TAPIA TOVAR Evangelina Y MEZA MARQUEZ, Consuelo. (2020). *Abanico de maternidades. Un estado del arte desde los aportes feministas*. México.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques. (1979). *Emilio o de la educación*. Barcelona-Buenos Aires:Bruguera- Edición especial.
- SOLER, Colette. (2013). *Lo que Lacan dijo de las mujeres. Estudio de psicoanálisis*. Paidós.
- SHIVA, Vandana. (1988). *Abrazar la vida: Mujer, ecología y desarrollo*. Madrid. Editorial HORAS Y HORAS. Madrid

- TAJER, Débora. (2022). *Psicoanálisis para todxs. Por una clínica pospatriarcal, posheteronormativa y poscolonial*. Topía Editorial.
- TORT, Michel. (2008). *Fin del dogma paterno*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- TUBERT, Silvia. (1996). *Figuras de la madre*. Ediciones Cátedra. Instituto de la mujer.
- ULLOA, Fernando. (1998). *La ternura como fundamento de los Derechos Humanos*.
<https://es.scribd.com/document/395910774/Ulloa-La-Ternura-Como-Fundamento-de-Los-Derechos-Humanos>
- VARELA, Julia. (1986). *Aproximación genealógica a la moderna percepción social de los niños*.
 Revista de Educación, 281. 155-175
- VISA BARBOSA, Mariona. (2015). *El papel de la blogosfera en la construcción social de la maternidad: De la Virgen María a las #malasmadres*”, (Madrid, España.). Revista de comunicación de la SEECI.
- ZAMBRANO, Juan David.(2012). *El Ensayo*. Concepto, características, composición. Universidad La Gran Colombia. Colombia.
- ZEMELMAN, Hugo. (2001). *Pensar teórico y pensar epistémico. Los retos de las Ciencias Sociales latinoamericanas*. Instituto Pensamiento y Cultura en América A.C.